

LA NOTA POLÍTICA DE LA SEMANA

Dimite el Sr. Yanguas Messía, y el Marqués de Estella se encarga del Ministerio de Estado

LA nota oficiosa publicada el día 21, con motivo de esta crisis parcial, dice así:

«Diferencias surgidas entre el ministro de Estado y el Presidente del Consejo respecto á la norma á seguir en sus respectivas intervenciones en los asuntos relativos á Marruecos, señaladamente en los que son inevitablemente objeto de tratos ó gestiones internacionales, y sobre las que no ha podido recaer acuerdo entre ambos, han motivado la dimisión del ministro de Estado, después de una conferencia tenida ayer mañana con el Presidente, el que, como consecuencia de ella, ha reunido el Consejo de ministros en el Ministerio de la Guerra, á las siete y media, y á las ocho ha sido recibido por Su Majestad, que ha resuelto admitir la dimisión del ministro de Estado y honrar al Presidente con



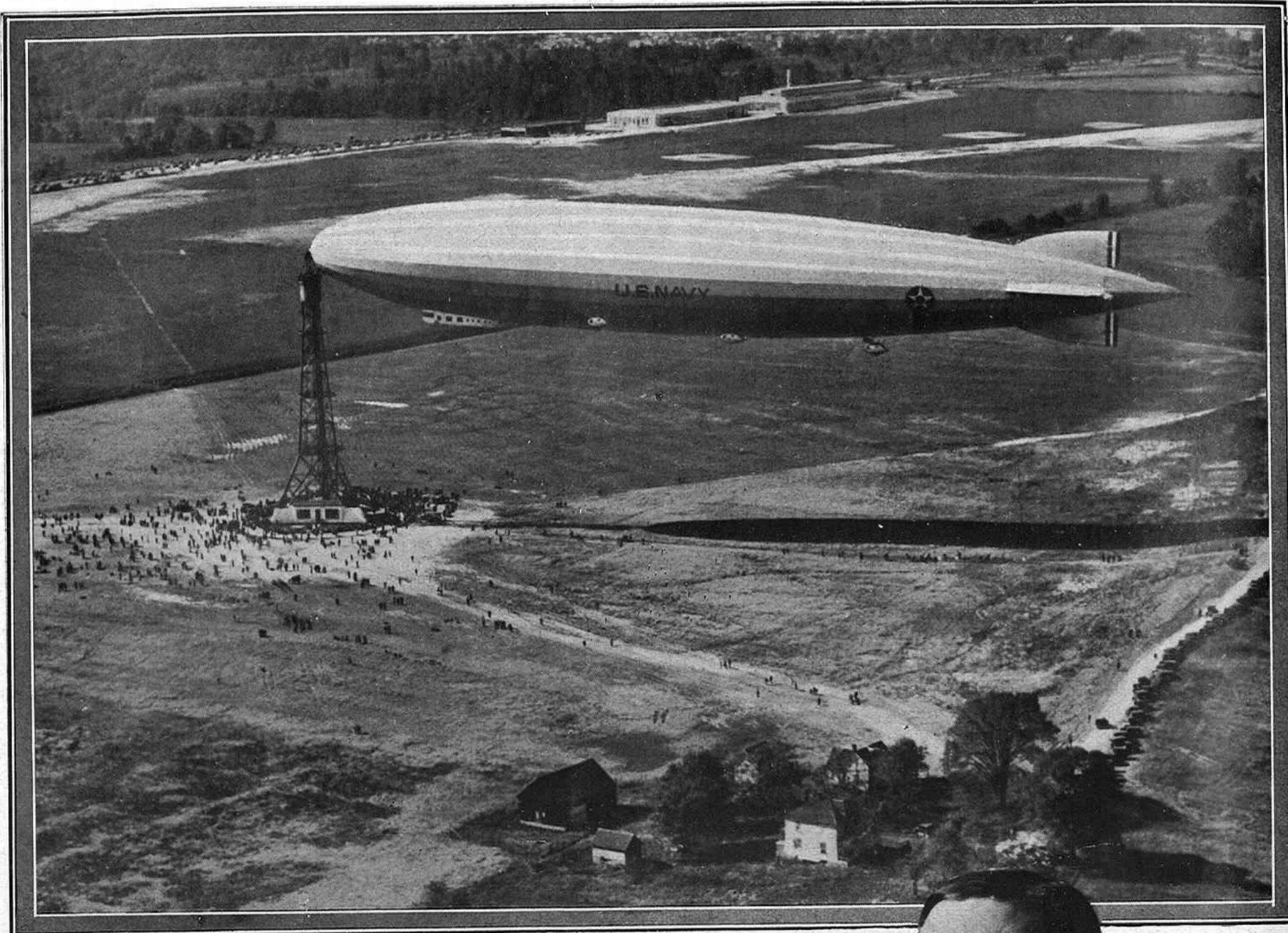
Arriba: Vista general de Tánger, tomada desde la playa. Abajo: El Sr. Yanguas Messía, ministro de Estado dimisionario

el encargo de esta cartera, firmando los correspondientes decretos, que aparecerán en la «Gaceta» de hoy.

Es de justicia consignar en esta nota el sentimiento del Presidente y sus compañeros por el apartamiento del señor Yanguas de una actuación á que ha contribuido eficazmente con su gran laboriosidad, clarísimo entendimiento y vasta cultura, que seguirá aportando á la obra general del régimen; pero como la unidad de doctrina y dirección, en cuanto á Marruecos se refiere, es principio fundamental del Gobierno, que la experiencia ha consagrado como bueno, ninguna consideración y afecto, con ser tan extremados los que el señor Yanguas merece, podrán modificar un criterio firme, y menos en los momentos precisos de desenvolverse la aludida negociación.

El Gobierno se anticipa á dar conocimiento de este suceso á la opinión pública, merecedora, por su ecuanimidad y sensatez, de estar al corriente de cuanto tiene verdadero interés nacional, cortando con la divulgación de la verdad la posible insidia ó empujamiento del asunto, por medio de comentarios infundados ó tendenciosos.»

CÁMARA FOTO



LA LÍNEA DE DIRIGIBLES ENTRE SEVILLA Y BUENOS AIRES

*Artículos más interesantes del Real decreto
relativo á la
« Sociedad Colón Transaérea Española »*

HA aparecido en la *Gaceta* el Real decreto que establece las condiciones en que ha de funcionar, en breve plazo, la línea de dirigibles de la « Sociedad Colón Transaérea Española », encargada del servicio de comunicaciones rápidas, por medio de aeronaves, entre Sevilla y Buenos Aires.

Por tratarse de un asunto de enorme interés nacional, ofrecemos á nuestros lectores el siguiente extracto de lo más saliente de esta disposición trascendental.

Dice así la notable exposición preliminar, firmada por D. Eduardo Aunós, ministro de Trabajo, Comercio é Industria:

«SEÑOR: Hace más de cuatro siglos que un puñado de españoles, seducidos por las ideas de un sabio y animado con la fe que en el éxito tenían y manifestaban espiritual y materialmente sus Reyes, se lanzaba á la magna empresa de dar la vuelta á la Tierra, buscando en una navegación con rumbo á Occidente las costas orientales del Mundo conocido hasta entonces.

Y tal era la magnitud de la empresa y tan pocos los medios de llevarla á cabo, que la creyeron realizada cuando apenas llevaban nave-

El dirigible «Z. R. III», de construcción alemana, que llevó á cabo la travesía de Europa á América, mandado por el doctor Eckener, y que ahora figura en la flota aérea de los Estados Unidos con el nombre de «Los Angeles». De tipo parecido al del «Z. R. III» serán los dirigibles empleados para el servicio de la línea Sevilla-Buenos Aires

El ilustre teniente coronel señor Herrera, autor del proyecto de la línea de dirigibles Sevilla-Buenos Aires, proyecto iniciado por S. M. el Rey y en el que el Sr. Herrera ha empleado el trabajo de varios años, triunfando al fin de las inercias y las resistencias administrativas merced á la resuelta ayuda del Gobierno actual. En el proyecto del Sr. Herrera, la duración de la travesía será de 88 horas para la ida y de 96 para la vuelta. El Sr. Herrera hará un viaje de ensayo, de España á la Argentina, en Zeppelin, á fines del año actual. Se espera que la línea funcione normalmente dentro de tres ó cuatro años



gada la tercera parte del camino que deseaban recorrer.

No contaban ellos con la barrera terrestre que separa el Atlántico del Pacífico, y, desconocedores de esa solución de continuidad, creyeron recorrido su camino cuando llegaban á la tierra que luego se llamó América. Este fué el primer contacto material de aquel país con España, é insensiblemente, por ley natural, el espíritu español que vivía en aquellas gloriosas carabelas dejó en la nueva tierra raíces que han ido creciendo y ahondando, sin que movimientos materiales habidos después fueran capaces de romperlas.

A ese arraigo se debe, sin duda alguna, Señor, el hecho de que se repita la historia al cabo de cuatro siglos, y fueran ayer aviadores españoles los que salvaban, en vuelo arriesgado, el Atlántico, y sea hoy de una empresa también española la que trata de establecer una relación regular y sistemática entre nuestra España y la de América, permitiendo la comunicación espiritual y material de dos países por los medios que el progreso humano pone á nuestro alcance.

Grande era en aquellos tiempos la influencia española de todo orden en el Mundo: la Ciencia, el Arte y la Literatura de España irradiaban por todo el orbe, y españoles fueron los intrépidos navegantes que llevaron á América la bandera de Castilla, como española fué la Reina que afirmó las bases de la civilización americana; y esta fuerza perenne de la potencia creadora de la raza sigue llevando hoy al continente americano raudales de energía vivificadora del suelo y del espíritu, y es, finalmente, un Rey español el que aprueba el primer proyecto de línea aérea regular entre la vieja España y el nuevo continente americano.

Si estas razones históricas, de valor espiritual tan grande, no empuñaban y casi anulaban las de orden material que la realización del proyecto lleva consigo, bastaría para ponderarle decir que con él se acorta en tiempo la distancia que separa Sevilla de Buenos Aires, hasta el punto de reducirla á poco más de tres días, y asimismo se logra el anhelo de comunicarnos en horas con nuestras islas Canarias, aparte del progreso industrial que para España supone el establecimiento del aeropuerto que se proyecta, con las dependencias de talleres y fábricas necesarias para la construcción y reparación de las aeronaves, y de todas aquellas otras que requiere el sostenimiento técnico y administrativo de la nueva línea. Incluida la consignación en la ley de Presupuestos sancionada por V. M. el 26 de Julio de 1922 del primer artículo adicional que autorizaba al Gobierno para concertar con una Empresa legalmente constituida el establecimiento de una línea de dirigibles, de servicio regular, entre Sevilla y Buenos Aires, dicha autorización ha tomado forma en el proyecto de Real decreto que el Ministro que suscribe tiene el honor de someter á V. M., de acuerdo con el Consejo de Ministros.

Madrid, 12 de Enero de 1927.

He aquí ahora los artículos fundamentales del Real decreto:

Artículo 1.º Se autoriza á la Sociedad Colón Transaérea Española para implantar una línea de dirigibles entre Sevilla y Buenos Aires, con aeronaves de una capacidad mínima de 40 pasajeros y 10 toneladas de carga general, de la que se reservará dos pasajes y 500 kilogramos de carga para servicios oficiales del Estado en cada viaje y con la obligación de establecer, en un día, en las condiciones que se convengan, una comunicación de servicio, por lo menos semanal, entre Sevilla y Canarias, con dirigibles para 16 pasajeros y una tonelada de carga general. En caso de no efectuar esta Sociedad la comunicación Sevilla-Canarias en la forma dispuesta por el Estado, éste podrá establecerla ó contratarla libremente con quien crea conveniente, utilizando el aeropuerto que en Sevilla tenga la Compañía Colón.

Art. 2.º La Sociedad Colón Transaérea Española tendrá la exclusiva del servicio aéreo entre España y la República Argentina durante un período de cuarenta años, prorrogable por la



El conde Zeppelin, inventor y constructor de los famosos dirigibles alemanes que llevan su nombre, y á cuyo lado llevó á cabo el Sr. Herrera los estudios que hicieron de él la primera autoridad española en cuanto se refiere á la navegación aérea con «menos pesados que el aire»

(Fot. Marin)

tácita de diez en diez años. La no concesión de estas prórrogas por una de las partes deberá comunicarse á la otra con un año de anticipación á la expiración del plazo.

Art. 3.º El Estado podrá acordar el establecimiento de otras líneas aéreas transatlánticas, y en las que afecten al resto de América, partiendo de Sevilla, tendrá la Colón Transaérea Española el derecho de tanteo durante el tiempo de duración de la concesión.

Art. 4.º La Compañía concesionaria construirá por su cuenta y sin auxilio alguno, en el plazo máximo de cuatro años, y en terrenos cuyo pleno dominio adquirirá previamente en legal forma y en la extensión necesaria para el total desarrollo del servicio, un puerto aéreo completo, con hangares, fábricas de hidrógeno ú otro gas que la técnica aconsejase como más conveniente; gasómetro, talleres, almacenes, estaciones radio-telegráficas y meteorológicas, elementos de aterrizaje, dependencias auxiliares, etc., en Sevilla, con sujeción al proyecto y presupuesto general aprobados por el Ministerio de Trabajo, Comercio é Industria, que deberán ser presentados en dicho Departamento en el plazo de cuatro meses, á partir de la fecha de este Real decreto. Las obras deberán comenzar dentro de los tres meses siguientes á la mencionada aprobación del proyecto.

Art. 5.º El emplazamiento del aeropuerto referido habrá de distar, por lo menos, dos kilómetros de los límites de los terrenos de la base aeronáutica militar.

Art. 6.º El Estado español contrata y se obliga única y exclusivamente con la Sociedad Colón



El doctor Eckener, actual director de los talleres Zeppelin, colaborador del teniente coronel Herrera en la preparación de la línea Sevilla-Buenos Aires, y, probablemente, también en su futura dirección. El doctor Eckener fué comandante del dirigible «Z. R. III», durante la travesía de Europa á América llevada á cabo felizmente por esta aeronave

(Fot. Agencia Gráfica)

Transaérea Española, sin que tengan personalidad ni acción para dirigirse á él cualesquiera otras Sociedades con quienes la Sociedad Colón suscriba pactos ó convenios.

Art. 11. La línea aérea Sevilla-Buenos Aires deberá inaugurarse con dirigibles en un plazo que no excederá de cuatro años, á contar desde la aprobación del proyecto á que se refiere el artículo 4.º, debiendo establecer un servicio regular mensual de ida y vuelta, que se convertirá en quincenal ó semanal cuando el tráfico postal exceda de las diez toneladas previstas en el artículo 1.º

Si, acordada por el Estado la nueva frecuencia en que hayan de efectuarse los viajes, la Compañía Colón Transaérea Española no hiciese el servicio en dicha forma, el Estado quedaría en libertad de hacer por su cuenta ó de contratar con otra entidad este suplemento de servicio, utilizando libremente el aeropuerto.

Art. 13. Por cada viaje realizado con éxito abonará el Estado á la Compañía concesionaria 500.000 pesetas, sin que dicho abono pueda nunca exceder de seis millones de pesetas en un año.

Cuando por el concepto á que se refiere el párrafo anterior las cantidades percibidas por la Compañía alcancen la cifra de 30 millones de pesetas, el Estado quedará exento de nuevos pagos y propietario de los terrenos, instalaciones y construcciones efectuadas en Sevilla por la Compañía con arreglo al proyecto aprobado, que quedarán arrendadas á la Compañía hasta el término de la concesión, mediante el pago de un canon anual.

Art. 14. La obligación adquirida por el Estado y expresada en el artículo anterior cesará en el caso de no tener éxito el servicio, á juicio del Ministerio de Trabajo, Comercio é Industria; y si por tal causa fuera rescindido el contrato, el Estado adquirirá los terrenos, instalaciones y construcciones efectuadas en Sevilla, previa valoración detallada, pero sin que en ningún caso tenga que abonar mayor cantidad de 30 millones de pesetas, formando parte de esta cifra las entregas hechas por cuenta de los viajes realizados. Dicha adquisición la hará el Estado, en caso de rescisión del contrato, abonando á la Compañía concesionaria la cantidad calculada, como antes se indica, en cinco anualidades, con un 5 por 100 de interés anual, debiendo consignar dicha cantidad en los Presupuestos generales.

Art. 15. Los dirigibles que emplee la Compañía deberán estar matriculados en España y ser su funcionamiento autorizado por la Superioridad, en la forma que establezcan las disposiciones vigentes sobre la materia.

Art. 16. El 30 por 100 del personal fijo ó navegante, permanente ó eventual, técnico, facultativo ó administrativo de la Empresa podrá ser de nacionalidad distinta á la española y argentina durante los cuatro primeros años de su funcionamiento, y un 90 por 100, al menos, será procedente de dichas dos nacionalidades á partir de dicho plazo, debiendo el navegante estar especialmente autorizado por el Ministerio de Trabajo, Comercio é Industria.

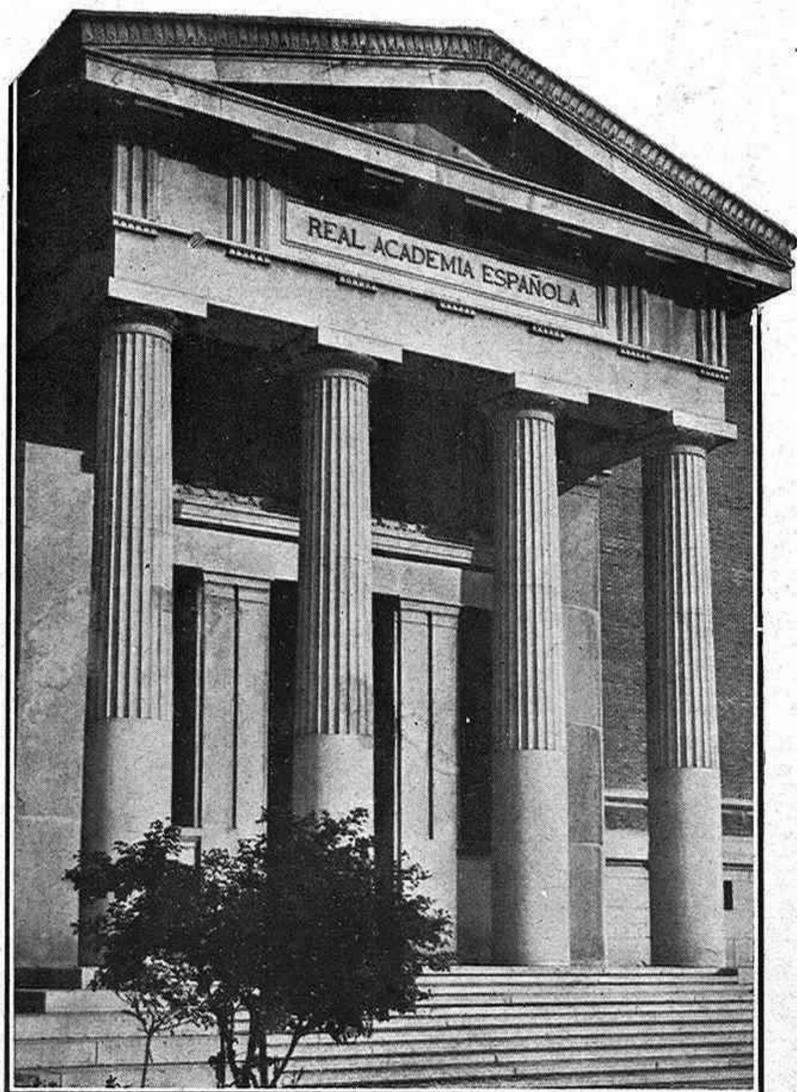
Art. 20. El concesionario se obliga al cumplimiento de la ley de Protección á la industria nacional, del Reglamento para su aplicación, de la ley relativa al contrato del trabajo obrero y de cuantas disposiciones hay vigentes aplicables á este caso y puedan dictarse en lo sucesivo.

Art. 26. En caso de guerra, el aeropuerto de Sevilla, los dirigibles y el material de la Compañía podrán ser incautados por el Estado con arreglo á las disposiciones vigentes sobre movilización.

Art. 29. La concesión que se otorga por este Real decreto queda supeditada á la condición de que los concesionarios obtengan la correlativa del Gobierno de la República Argentina y, en todo caso, sujeta á las normas que de común acuerdo convengan dicho Gobierno y el de España para regular el nuevo servicio en su aspecto internacional.

Art. 30. El Estado se reserva el derecho de rescate de la línea en todo tiempo, mediante la indemnización que se determine por medio de Peritos, en relación con el valor de la misma y el tiempo que faltare para el término de la concesión.

PANORAMA ACADÉMICO



LOS PROBABLES ACADÉMICOS DE LAS REGIONES

LOS CANDIDATOS Á LOS DOS SILLONES VACANTES

Es ahora, seguramente, cuando los ojos de España miran con más atención la vida de la Academia. El plácido ambiente académico—aburguesado, confortable, conservador—parece removido por un aire de inquietud y de renovación. La entrada de *Andrenio* y de *Azorín* llevó hacia la *docta casa* las miradas, acaso por primera vez realmente interesadas, del público. Después, el decreto señalando ocho plazas de académicos regionales y dando entrada a la mujer encontró un eco verdaderamente cordial y alentador en los ambientes de España. Si en las futuras elecciones preside el acierto, el espíritu de la Academia ya no será algo divorciado de la vida española, sino que tendrá en ella vibración, inspiración e influencia. Aquel aire de renovación y de inquietud, removedor de las rutinas tradicionales, habrá sido paletada de olvido sobre el sabido verso con que Rubén condenó las Academias...

En el tiempo que siguió a la publicación del decreto que reformaba la constitución de la Academia, el horizonte se presentaba obscuro y denso. Muchos nombres saltaron a la liza. Quedó—ante esa reforma que daba entrada a ocho académicos regionales—aplazado el pleito de los académicos que habían de cubrir las dos plazas entonces vacantes. Estos dos sillones, más los seis de nueva creación, se destinaban a las lenguas regionales: dos para Cataluña, uno para Valencia, uno para Baleares, dos para Galicia, dos para Vasconia...

Los nombres que entonces sonaban para ocupar esos dos sillones—Gimeno, Alcalá Zamora, Pérez de Ayala...—quedaron en un segundo plano. En primer término, aparecieron nuevos nombres: los de los posibles candidatos a aquellas ocho plazas. La lucha prometía presentarse encarnizada. Se barajaban muchos nombres de escritores y filólogos regionales. Se hacían cába-

las, y en torno a los sillones vacantes se levantaba la polvareda de siempre... Y, sin embargo, el horizonte se ha ido aclarando y la lucha apenas lo va a ser. Muy pronto se nombrarán ya los ocho académicos regionales. Se nombrarán sin aquel ambiente de revuelo y de combate que al principio se creyó...

Recordemos los nombres que se han barajado como posibles ocupantes de los sillones regionales.

Cataluña: Antonio Rubió y Lluch, Pompeyo Fabra, Eugenio D'Ors, Manuel de Montolú, Francisco Carreras Candi, Francisco Garriga Palau...

El eminentísimo Rubió y Lluch, hijo de otra gran figura de la investigación literaria, el insigne Rubió y Ors, fué discípulo de Milá y Fontanals, a quien sucedió en su cátedra de la Universidad de Barcelona. Su larga vida (Rubió y Lluch es septuagenario) es un continuo fervor hacia el estudio, la investigación y la enseñanza...

Pompeyo Fabra es la primera figura de la filología catalana. Cuando Prat de la Riba era Presidente de la Diputación Provincial de Barcelona en 1912, lo llamó para que se encargara de la cátedra de Lengua Catalana, creada por la Diputación, y de la dirección de las Oficinas Lexicográficas del Institut d'Estudis Catalans, que había creado también la Corporación citada. Pompeyo Fabra ha estudiado profundísimamente el catalán.

La figura y la obra de Eugenio d'Ors son las que están más en directo contacto con el público.

Manuel de Montolú ha estudiado certeramente el renacimiento literario regional. Ha traducido al catalán, entre otras obras de importancia, la *Vita Nova*, del Dante.

Francisco Carreras Candi es presidente de la Academia de Buenas Letras de Barcelona. Ha trabajado mucho sobre temas de historia y arte

catalanes, en diarios y revistas. Fundó la *Geografía general de Cataluña*, que empezó a publicarse en 1908...

Francisco Garriga Palau, catedrático de Literatura en el Instituto barcelonés, ha hecho una larga y profunda labor de historia y crítica literaria.

En Valencia, los nombres recordados han sido los del padre Luis Fullana, Rafael Alvarez Seix, Bernardo Morales San Martín...

El Padre Fullana es una autoridad, unánimemente acatada, en el idioma valenciano. Ha escrito varias obras fundamentales para el estudio de la filología levantina...

En las Baleares se han barajado los nombres de Mosén Lorenzo Riber, Gabriel Llabrés y Mosén Antonio Alcover.

Mosén Lorenzo Riber, sacerdote mallorquín que firma sus colaboraciones periodísticas con el pseudónimo de *Roque Guinart*, ha obtenido muchos premios en concursos y juegos florales. Es autor de las obras *Lliris del camp*, *A sol ixent*, *Els camins del paradís perdut*, *Els sants de Catalunya*...

Gabriel Llabrés ha trabajado intensamente en bibliografía y paleografía.

Mosén Antonio Alcover, una gran figura de las letras mallorquinas, es un partidario fervoroso del renacimiento de las lenguas regionales.

Para ocupar las dos plazas de académicos gallegos, se han recordado los nombres de Armando Cotarelo Valledor, Ramón Cabanillas, Marcelo Macías, Angel Amor Ruibal, Eladio Rodríguez González... Un diario vigués hizo una encuesta sobre quiénes debían ser esos dos académicos, y entre los nombres que se recordaron, además de los citados, figuró el de Antonio Villar Ponte, un excelente escritor gallego...

Finalmente, para las dos plazas de Vasconia se habló de D. Resurrección Azcué, D. Julio de Urquijo y el marqués de Dosfuentes.

Muy pronto serán ya nombrados los nuevos académicos. Parece ser que entrarán en la *docta casa*, por Cataluña, Rubió y Lluch y Eugenio d'Ors; por Valencia, el padre Luis Fullana; por Baleares, mosén Lorenzo Riber; por Galicia, Armando Cotarelo y Ramón Cabanillas; por las Vascongadas, Azcué y Urquijo.

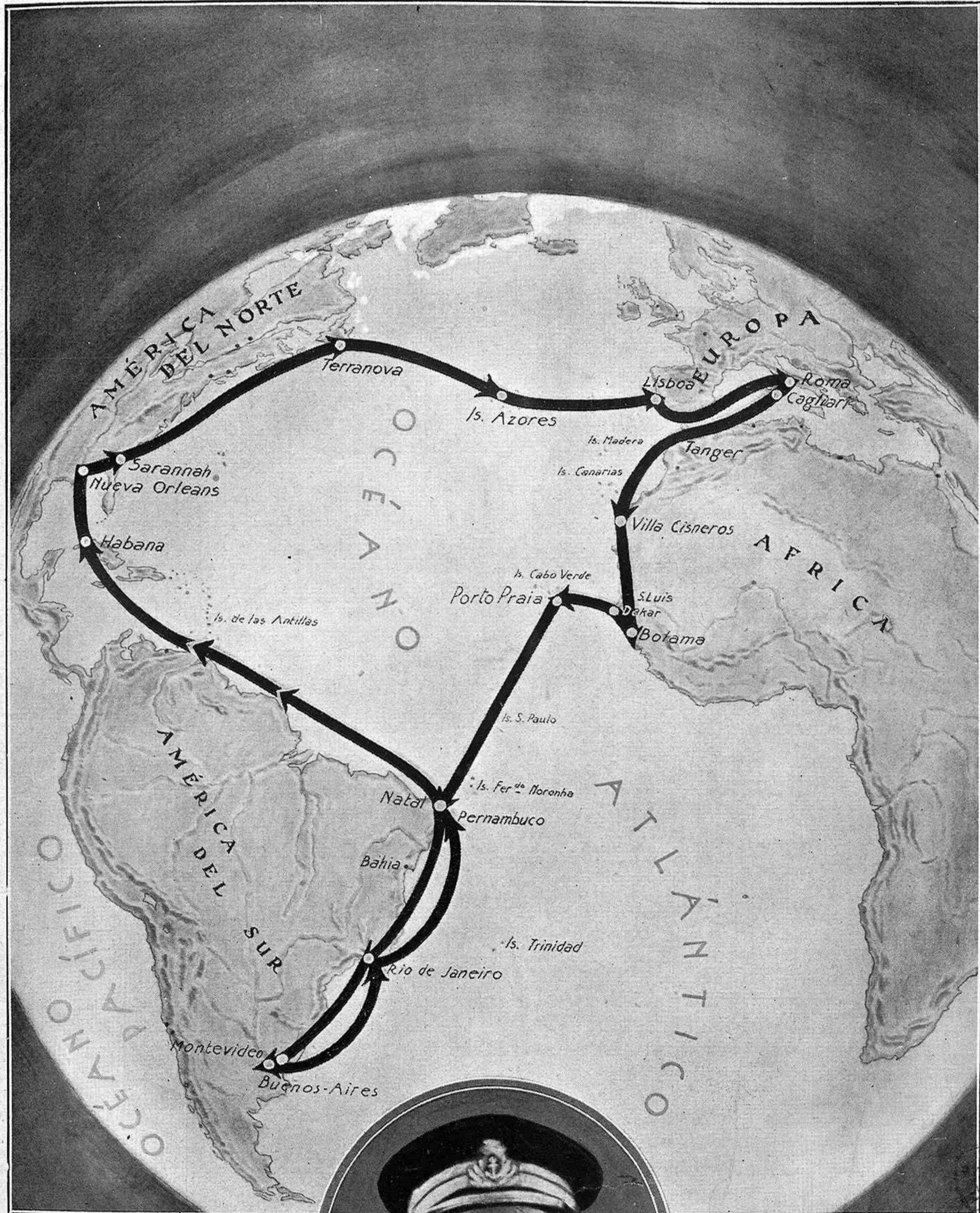
Y está ahora, de nuevo, en el retablillo de la actualidad, la elección de dos nuevos académicos, como cuando se publicó el decreto reformando la constitución de la Academia. En el tiempo que desde entonces hasta ahora ha mediado, han fallecido D. Miguel Echegaray y D. Daniel Cortázar. Para los dos sillones vacantes vuelven a sonar los nombres de entonces. Y alguno nuevo también...

Los actuales candidatos son el conde de Gimeno, Alcalá Zamora, Rafael Altamira, el conde de López Muñoz, Antonio Goicoechea, Pérez de Ayala, Eduardo Marquina... Las mayores probabilidades de entrada están a favor de los dos primeros...

Unas últimas palabras. Una mirada al paisaje literario español. En él, los escritores de labor y de prestigio que no son académicos: Blasco Ibáñez, Valle Inclán, Machado, Unamuno, Martínez Sierra, Baroja, Salaverría...

JOSÉ MONTERO ALONSO

P. S. Escrito y compuesto ya este artículo, en la sesión celebrada en la Academia Española el jueves 17 del actual, tres escritores del alto prestigio de D. Armando Palacio Valdés, Ricardo León y *Azorín* presentaron una propuesta de ingreso a favor de Antonio Machado, el gran poeta. La propuesta, primero en la Academia, después en la Prensa y el público, ha tenido una acogida unánime y mercedamente cordial. Se cree, a juzgar por este favorable ambiente, que el admirable Antonio Machado ocupará uno de los dos sillones hoy vacantes. La elección no puede ser de más estricta justicia.



El gigantesco raid aéreo proyectado por el Marqués de Pinedo

(Diseño de Helios.—Fots. Marín)

He aquí el «circuito del Atlántico» en hidroavión, comenzado ya por el ilustre aviador italiano Marqués de Pinedo. Se propone el famoso navegante del aire salvar dos veces el Atlántico y cerrar el circuito en torno a las costas de Europa, África, América del Sur y América del Norte. Después de la gloriosa hazaña de nuestro Franco, el viaje de Pinedo, si éste logra realizar su itinerario, habrá marcado un gran paso hacia adelante en el campo de las posibilidades de la aviación



CRÓNICA

UN verdadero acontecimiento artístico y social ha constituido la fiesta organizada por la Princesa de Hohenlohe á beneficio de la Catacumba de Pretextato. El teatro presentaba un aspecto verdaderamente deslumbrador; revistió esta fiesta caracteres de gran gala.

Después de la conferencia leída por el Sr. Llanos y Torriglia, principió la función con arreglo al siguiente programa:

«CUADROS RUSOS»

La algazara, el colorido intenso y armonioso nos recuerda la feria de «Petrouka», uno de los bailables rusos más interesantes. Se destaca la Princesa de Hohenlohe, luciendo suntuoso traje eslavo.

La embajadora de Francia, condesa Peretti, lleva un tocado muy original.

Un anciano de luengas barbas toca el acordeón: el conde de Berlanga.

Pasa una vendedora de globos: la señora de Ortiz Echagüe.

El marqués de Soriana y la señorita Africa Carvajal ejecutan con maestría una danza del Cáucaso...

Always es un vals romántico, exquisitamente interpretado por la señorita Belén Morenés, hija de los marqueses de Argüeso, y su hermano Hernando.

«PORCELANAS»

Sobre un fondo convencional de jardín versallesco se destacan varios personajes de la época de Luis XV.

El pintor Sr. Martínez Cubells, que dirige este cuadro, se ha inspirado en esos grupos de frágil porcelana que vemos en los escaparates de los anticuarios ó sobre la chimenea de casas vetustas, entre los muebles de nuestros antepasados...

Al marcar un reloj las doce se animan las figuras de porcelana: una pareja (el marqués de Pico de Velasco y la señorita Africa Carvajal) baila una gavota de suave cadencia, y el balancín que ocupan

Una escena de «Palmira», zarzuela en un acto, de ambiente andaluz, libro de D. Santiago Aguilar y don Fernando Ballester, y música de doña Joaquina Or-



Cuadro plástico representando el famoso lienzo de Winterhalter, «La Emperatriz Eugenia rodeada de sus damas», compuesto por damas de la aristocracia, en la fiesta organizada por la Princesa de Hohenlohe en el Teatro Fontalba, á beneficio de la Catacumba de Pretextato (Fot. Díaz Casariego)



Agustín de Figueroa, en el «Cuadro Veneciano» dirigido por Moreno Carbonero, que constituyó uno de los éxitos de la fiesta aristocrática celebrada en el Teatro Fontalba á beneficio de la Catacumba de Pretextato



MUNDANA

la bellísima marquesa de Villanueva y Agustín de Figueroa se mueve levemente...

En otro grupo, las duquesas de Santangelo y de Santa Cristina.

La marquesa de los blancos cabellos, como llama un cronista á la de Villanueva, no ha tenido que recurrir á la peluca para lucir una cabeza digna de la más bella marquesa del Triánón...

«CUADRO VENECIANO»

Bajo la dirección del insigne Moreno Carbonero. En la plaza de San Marcos, y alrededor de las figuras centrales que son la duquesa de Lerma y Agustín Figueroa, se agrupan muchas bellas figuras, fielmente copiadas de los cuadros de Van Loo y del Longhi: señora de Santos Suárez, señorita de Luna, condesa de Santa Isabel, condesa de Vega de Ren, señorita de Cárcer, señores Primo de Rivera, San Millán, etc.

Al levantarse de nuevo el telón, cuando todavía no cesaron los aplausos, han cambiado las figuras de actitud, y una luz de luna ilumina la escena.

A los acordes de la orquesta que dirige el maestro Benedito, la señora de Creus, que posee una voz de bellísimo timbre, y la señora de Benjumea, entonan la *berceuse* de los *Cuentos de Hoffmann*, que precisamente acaban de estrenarse en la Zarzuela.

Belle nuit, oh, nuit d'amour...

Y por último:

La *Emperatriz Eugenia rodeada de sus damas*, el cuadro que se esperaba acaso con más expectación. La duquesa de Arión, de imponderable belleza, encarna la figura de Eugenia de Montijo.

En torno suyo, la Princesa de Hohenlohe, la condesa de Yebes, luciendo precioso vestido amarillo pálido; la vizcondesa de Bahía-Honda, la marquesa de Triano, de blanco; la señora de Laiglesia, de malva; la condesa de Orizaba y las señoras de Valdés y de Benjumea, todas radiantes de hermosa, copian fielmente las figuras del célebre cuadro de Winterhalter.

DANCENY

tiz, estrenada con éxito excelente durante una fiesta benéfica celebrada en el Teatro de la Comedia

(Fot. Cortés)

*El Ayuntamiento y
el Museo de Pintura
Moderna de Bilbao*

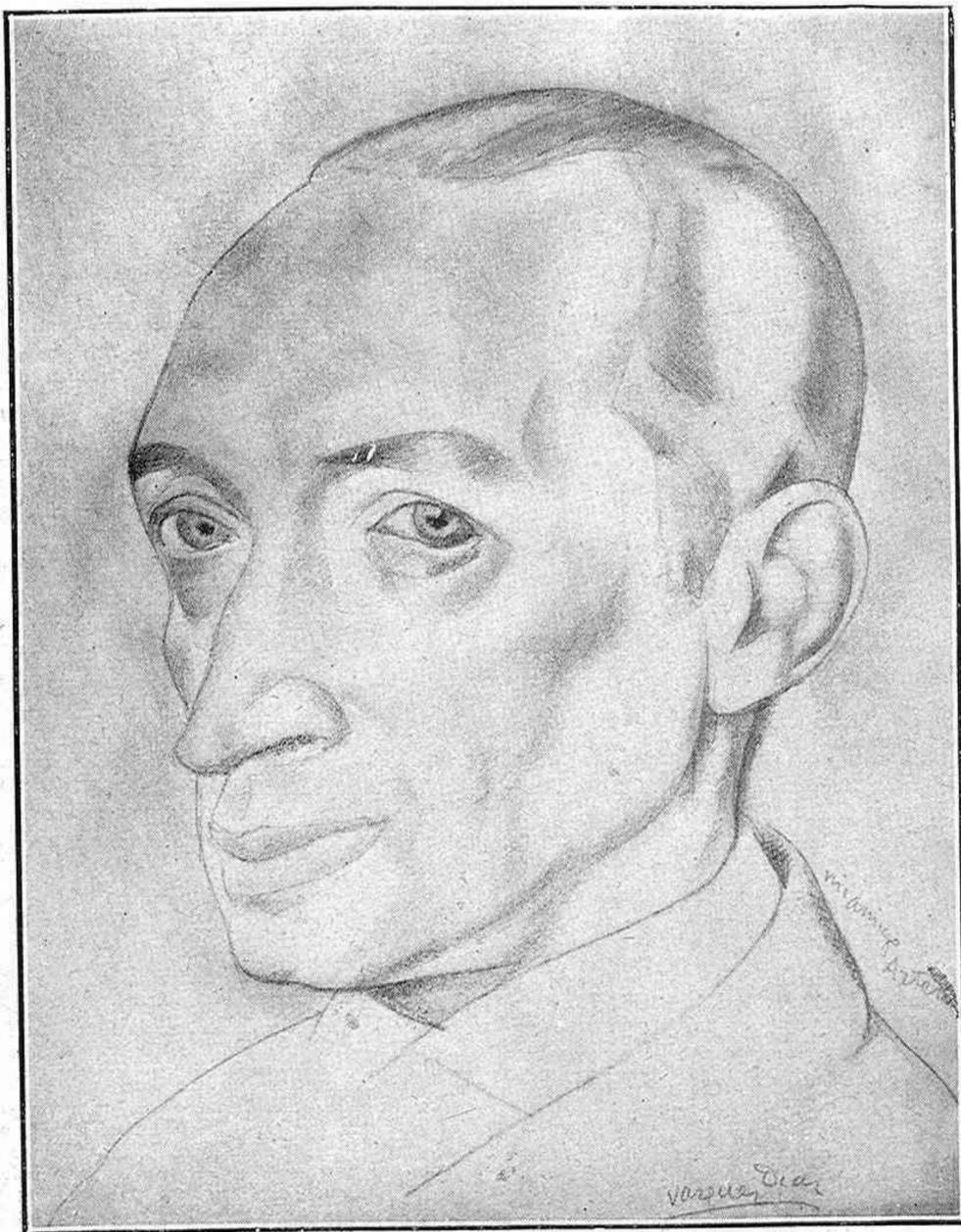
EL insigne pintor vascongado Aurelio Arteta, director, hasta hace pocos días, del Museo de Pintura Moderna de Bilbao, se ha visto obligado á dimitir su cargo como consecuencia de las censuras injustificadas y del trato descortés de que fué objeto por parte de algunos ediles del Ayuntamiento bilbaíno.

Con Arteta han dimitido, igualmente, los vocales de la Junta del Museo, delegados de dicho Ayuntamiento, que se hicieron solidarios de la gestión llevada á cabo por el admirado artista. Bilbao, la gran ciudad culta y laboriosa, ha querido desagrar á Arteta ofreciéndole un homenaje en el que tomaron parte todas las personas representativas de las actividades espirituales ó del esfuerzo material de la región.

Durante este acto, el ilustre escritor Pedro Mourlane Michelena pronunció una oración que transcribimos, recogiendo de la Prensa bilbaína, por entender que nada más bello ni más exacto podría decirse acerca de Aurelio Arteta, de su figura y de su obra.

Dijo Mourlane:

«Nos reune aquí esta noche el respeto á una vida y á una obra. Vida que, una vez al menos, no es ni de hombre de presa ni de hombre de deliquio. Es de las del linaje que el Vasari amó y narró en el mediodía de la Italia renaciente; linaje de artesanos que recibe en un segundo Pentecostés del mundo el don de la belleza. He aludido antes de ahora á esas otras vidas de caballeros que nos atraen aún desde los solios en que el pintor los retuvo. Ved en el fondo de esos retratos la alusión á las fundaciones: una torre, un colegio mayor ó un retiro de penitentes, ó una ciudad en su torno y, á lo mejor, tendida en el ultramar de aztecas ó araucanos. Esos son españoles que han vivido con el mismo ardor con que las piedras del fondo se contuercen en aspavientos barrocos. Han amado el exceso, y, como Séneca el cordobés diría, han sabido saltar sobre su sombra. Pero pasan pronto de la proeza á la renuncia de los bienes de sustancia perecedera. Tienden sus vidas primero como ballestas y se disparan en acciones súbitas. Van tras del renombre en un cerrar los ojos, para ver, que dijo Góngora; pero se descorazonan pronto. A la gana, á la real gana que tenía á la voluntad tirante, siguen el desasimiento y la acedia. A los treinta y tres años ya han acabado, al menos para el mundo. Me ha preocupado siempre ese resquebrajarse de las vidas de España. Hablo de hombres de calidad, de los que ansían alternativamente el todo y la nada. Y hay que hacerles, sin duda, un reproche violento, porque para almas tales, si no es violento no es reproche. Bien está



El gran pintor vascongado Aurelio Arteta, visto por Vázquez Díaz

que jueguen de una vez á una sola carta el entusiasmo. Hay batallas, hay viajes y algún que otro amor que no se logran sino con el despilfarro. Bien está después abdicar el cuerpo y rehuir complacencias temporales; bien descolgar al ajusticiado para apretarle contra el pecho; bien, en suma, morir desnudo sobre la cruz de ceniza y ser llevado en las andas de la caridad. Pero reducir estas condensaciones de señorío á doctrina es desvariar.

Esa opción entre la presa ó el deliquio, entre el campamento ó la celda, ha cuarteado ya bastante el pecho español.

Cuando se viene de esas vidas, ¡cómo se descansa en la de artesanos que el Vasari narró! «Era—dice de Andrés del Sarto—de una gran sencillez; horas y horas se daba con recogimiento á su tarea. Cuando yo le decía que su pintura era bella, él replicaba: «Todavía no.» ¡Qué bien dicho! «Todavía no.» La belleza es un don del Santo Espíritu; pero no se da como el don de sabiduría, don de lenguas de fuego, por virtud infusa, como un presente del cielo. El don de belleza hay que ganarlo hora á hora, día á día, recomenzando obstinadamente al terminar. En la carta 16 del Epistolario de Miguel Angel Buonarroti, dirigida al Vasari, se lee: «Non vi meravigliate se no respondo subito per non parere mercante.» La prisa; ese es el mal para los creadores de belleza. La prisa es para el trato y el contrato; la prisa es genovesa; la prisa es mercante. Los artesanos saben esperar. No hay para ellos deleite tan profundo como el de la paciencia. La necesitan para añadir perfección á las cosas, tras de recrearse amorosamente en ellas. Esa leyenda del enamorado que vivió un estío del canto de la cigarra presupone un arte de amar como el del artesano. Las cosas que hacen, una carabela, una espada, una palma de altar, una copa, una armadura, un libro, un camafeo, han recibido el toque de la gracia incorrup-

*Un homenaje
á
Aurelio Arteta*

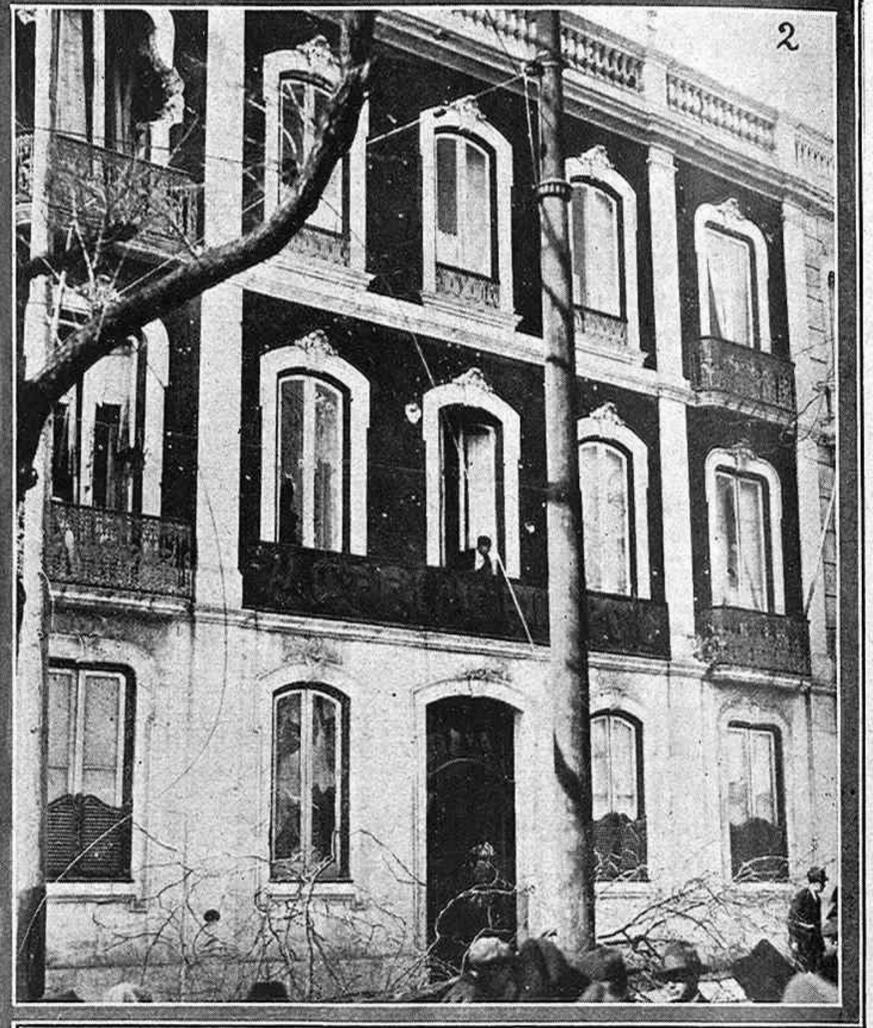
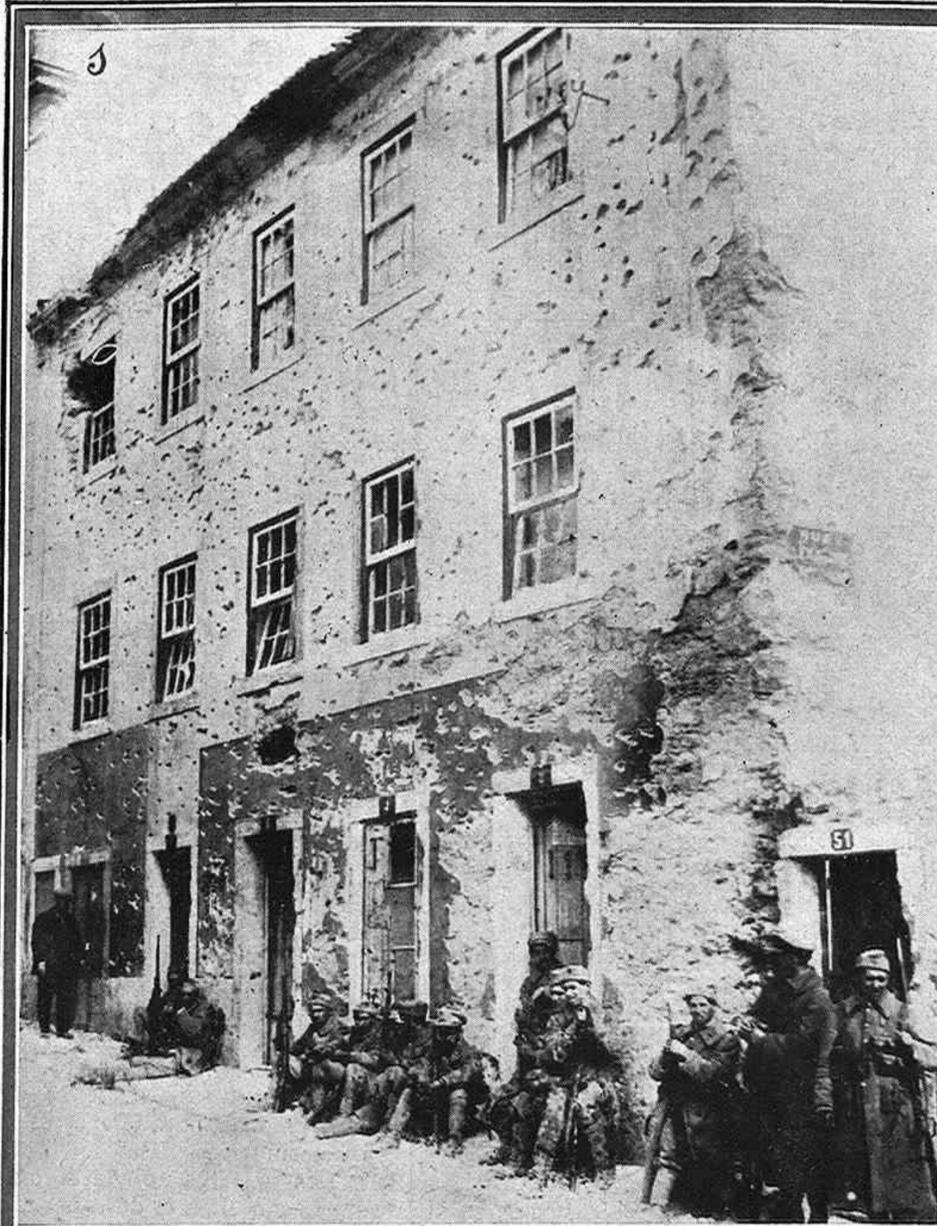
tible. Porque el taller es, ante todo, el santuario de la paciencia exquisita. La vocación preside el esfuerzo; la vocación, que es irresistible y es irrenunciable, y, como la fe, repuebla hasta el desierto. La vida no es sino el precio de la obra, y por eso la vida pasa y la obra queda. Recordad la obra de los artistas á quienes evocamos. El Policiano dirá que no es el fruto de la flor, sino la flor del fruto, la segunda gran sonrisa de la Creación alborozada. Pero es más que eso.

Los artistas no son sólo artesanos con el amor desesperado de la forma. No se contentan con ganar el estilo con el sudor de la frente. Conviven con humanistas y contraen la voracidad en llamas de la época. La pasión de saber se

les junta como «uomos universali» que son, con la pasión de sabresalir. Ayudan á aquella «codicia del alma», que dijo Montaigne, de infundir un sentido al Universo. La pintura remoja entonces los ritos del amor y de la musa de la guerra, y hasta de la paz, que erige en el mismo sol las ciudades blancas de la utopía. Y perpetúa tan pronto triunfos ó cortejos civiles á lo Mantegna como disputas sacramentales á lo Rafaele. La pintura, enseñan, es, antes que nada, obra del espíritu. Y ya sabéis que también las obras del espíritu son en el territorio del Estado fortificaciones. No tuvo la cristiandad castillos como las cabezas de sus moralistas, de sus teólogos, de sus jurisconsultos, de sus poetas ó de sus pintores y escultores. Y bien, es hora de decirlo: existen aún vidas como las que el Vasari narra, con la ufanía que robó del aire soleado de Arezzo. El «todavía» no ha volado de la boca de Andrés del Sarto á la boca de Arteta. El vizcaíno hereda de aquellos italianos la paciencia abnegada y el descontento. El amor irreparable á la forma y el designio de poner cada obra que engendre bajo la vocación melodiosa del Santo Espíritu.

Si queremos y admiramos á Arteta es porque de su pintura y de su vida se desprende una gracia encantadora; es un maestro de cordura. No se relega la cordura, como se relegó aguileñamente en nuestro siglo de oro, al haz de virtudes menores.

Hay una cordura de fuegos recatados, una cordura ardiente, que combate con sólo sonreír; esa es la de Arteta. Yo brindo por Arteta y por los intereses morales de Bilbao, que son, después de todo, los más altos. La estrella es anterior al rumbo de la proa. Son conceptos estelares los que gobiernan la dirección de la Historia. De nuestros sueños, más que de las previsiones del buen sentido, penden las realidades más vivas de mañana.»



*En Lisboa,
después de la revolución*



1. Una de las calles de Lisboa, donde tuvieron lugar los combates entre revolucionarios y tropas del Gobierno. En la fachada de las casas se ven las incontables huellas de los proyectiles.—2. El Hotel Bristol, de Lisboa, donde establecieron los sublevados su cuartel general.—3. Una habitación del Hotel Bristol destruída por la metralla.—4. Un quiosco de periódicos, acribillado á balazos, que da idea del encono con que se sostuvo la lucha durante las trágicas jornadas revolucionarias

(Fots. Agencia Gráfica)

ÁUREA, LA GRAN RÍTMICA ESPAÑOLA

Al cabo de siete años de ausencia, vuelve al solar patrio una artista que necesitó salir de él para conseguir el triunfo de su vocación. Se trata de Aurea, la danzarina intérprete de los grandes poemas sinfónicos, que allá por 1919 se presentó al público de Madrid en el Teatro Eslava, donde Martínez Sierra y Catalina Bárcena le brindaron su generosa y clarividente hospitalidad.

Posteriormente, en 1921, Aurea consiguió destacar su personalidad en París, obteniendo en el *Salon d'Automne*, y durante una fiesta de arte, los aplausos de la *élite* cosmopolita.

A la conquista de París siguió la de Berlín en 1922.

En 1923, nuestra gran rítmica pasó a Londres, y allí fué presentada durante una fiesta dada en la Embajada de España, fiesta á la que asistieron los Soberanos de Inglaterra.

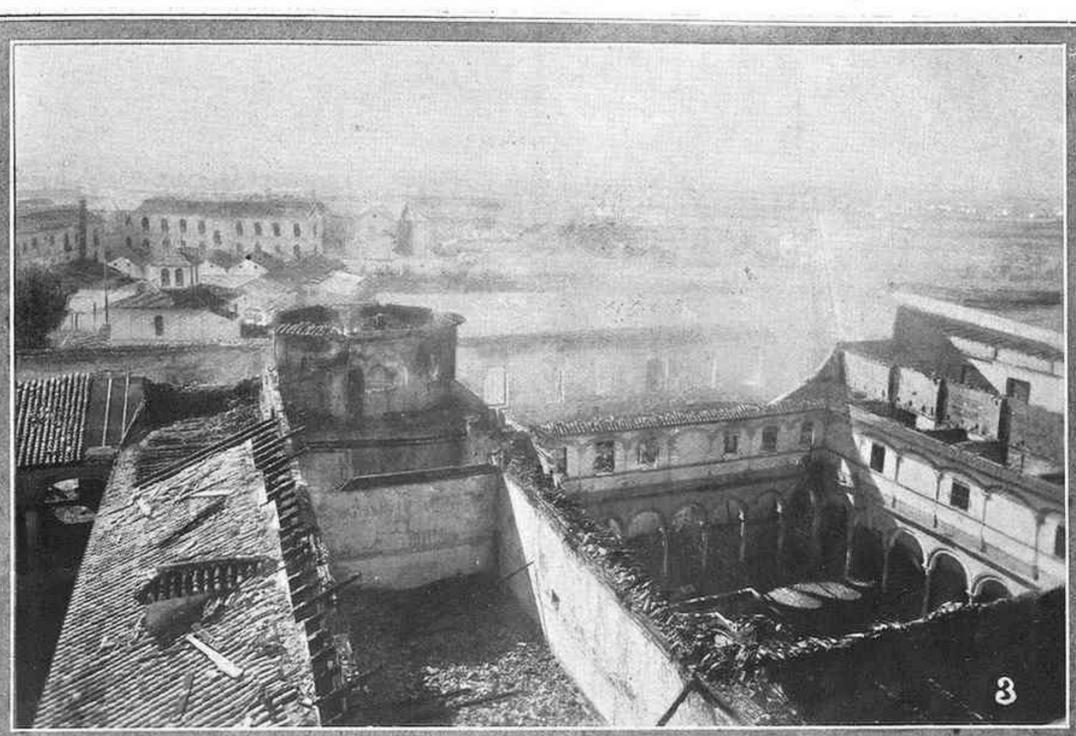


Aurea, durante una de sus geniales evocaciones, en el Acrópolis de Atenas



Aurea dió, con éxito extraordinario, una serie de exhibiciones en el *London Coliseum*, y algún crítico la llamó, en esta ocasión, *la duze de la danza*. En 1924, Aurea regresó á Europa, visitó Italia y danzó en el Foro Romano y en el Coliseo, ante los reyes. El año 1925 lo consagró la artista á Egipto, donde estudió las danzas y los poéticos mitos de las tierras del Nilo. En 1926,

Aurea pasó á Grecia, y entre las ruinas sacrosantas de una civilización inmortal, evocó las femeninas deidades que animaron, con sus figuras mitológicas, aquellos santuarios. Aurea ha sido contratada para actuar en Nueva York, y de paso por España dará en Barcelona y en Madrid varias exhibiciones.



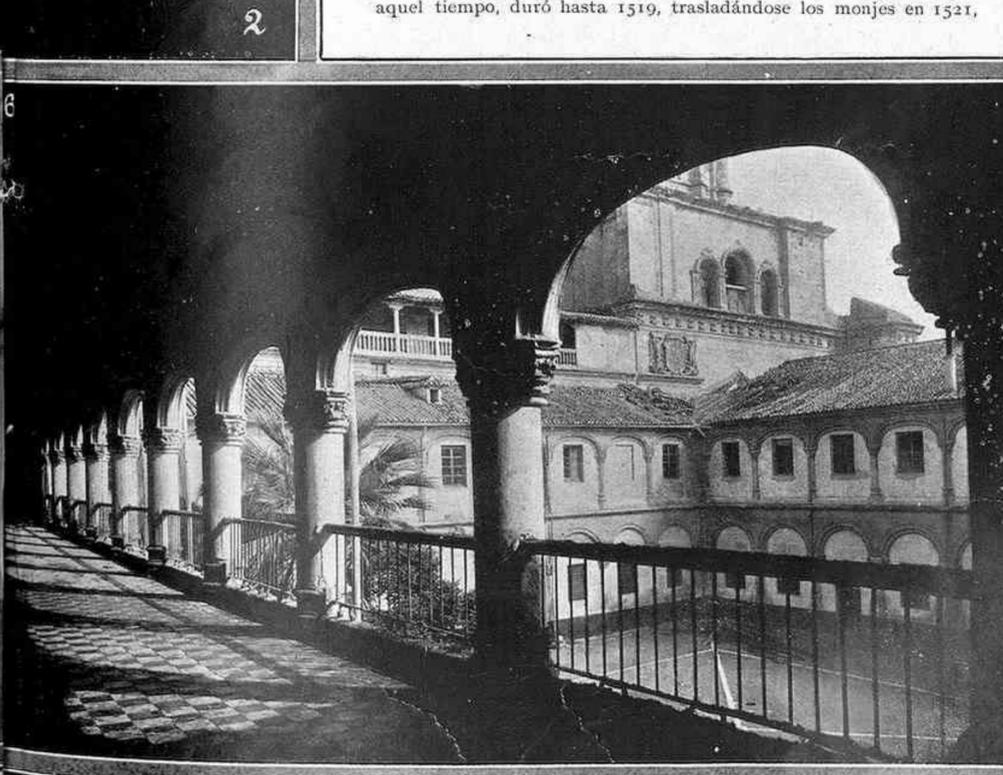
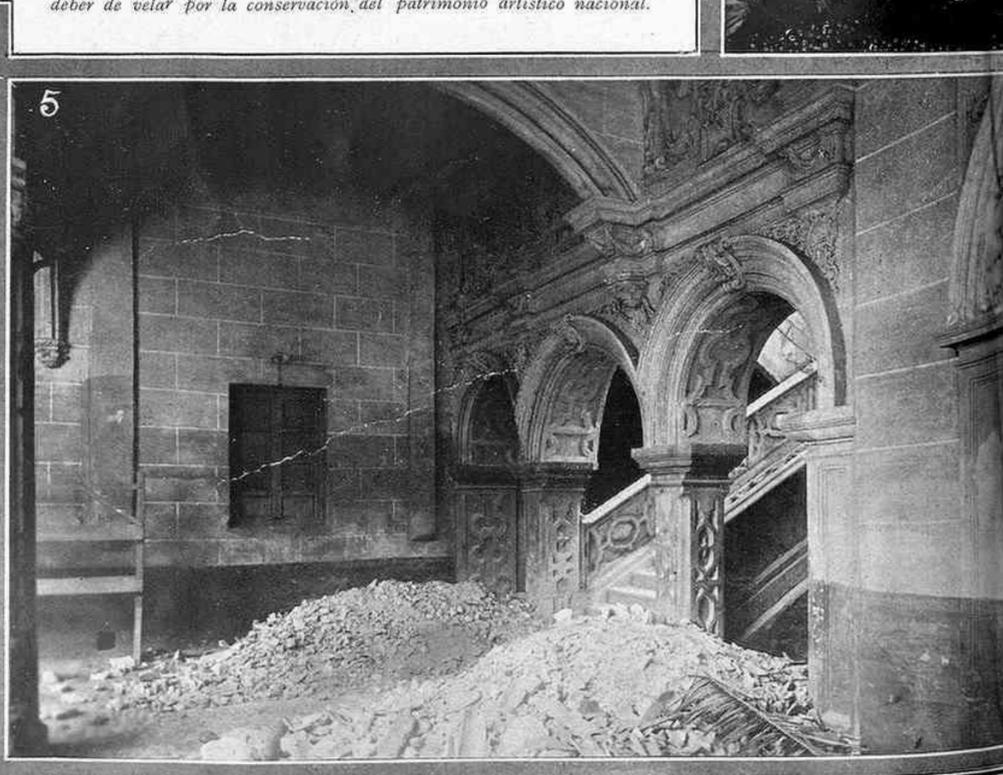
COSAS DE ESPAÑA

El Monasterio de San Jerónimo, joya del arte cristiano de Granada, es utilizado como cuartel y destruido en parte por un incendio

Publicamos en estas páginas la interesante información que nuestro corresponsal en Granada, Sr. Torres Molina, nos remite acerca del incendio que ha destruido en parte el magnífico edificio que fué Monasterio de San Jerónimo y se utiliza, en la actualidad, como cuartel de caballería. Que una joya arquitectónica del valor incalculable de este edificio—el más bello que el arte cristiano legó á Granada—, y en la que existen tesoros artísticos como el maravilloso retablo de la Iglesia de San Jerónimo, haya podido ser abandonada hasta el punto de convertirla en cuartel y exponerla sacrílegamente á la destrucción que ha sufrido, es hecho verdaderamente escandaloso que merece un examen de responsabilidad y la aplicación de las justas sanciones á quienes tienen misión y deber de velar por la conservación del patrimonio artístico nacional.

ORGULLOSO de poseer los restos del glorioso caudillo el Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba, álzase en formidable conjunto de austeridad y grandeza el Monasterio de San Jerónimo, la más preciada joya que el arte cristiano dejó á Granada. Fué fundado este convento en la ciudad de Santafé por los Reyes Católicos en el año 1492; mas los monjes, en sus deseos de instalarse en la bella ciudad morisca, consiguieron que al trasladarse los Reyes Católicos á Granada se comenzara la construcción del convento, edificándose en el sitio conocido por la Almoraba. Con gran rapidez se sucedieron las obras; y su construcción, que revelaba el gusto que iban adquiriendo los arquitectos españoles por aquel tiempo, duró hasta 1519, trasladándose los monjes en 1521,

1. Estado en que quedó el Patio de los Novicios después del incendio.—2. Galería del Patio de los Novicios, de estilo mezcla de Renacimiento gótico y mudéjar, destrozada por el incendio.—3. Aspecto general del Monasterio, de San Jerónimo, después del siniestro.—4. Estatua orante del Gran Capitán D. Gonzalo Fernández de Córdoba, obra de Siloe que figura en la Capilla Mayor del Monasterio.—5. Portada plateresca del patio principal de San Jerónimo.—6. Galería superior del patio principal del Monasterio.—7. Estatua orante de doña María Manrique, duquesa de Terranova esposa del Gran Capitán. Es también obra de Siloe, y se halla igualmente en la Capilla Mayor del Monasterio (Fots. Torres Molina)





Maravilloso coro de la Iglesia de San Jerónimo, con la admirable sillería de Siloe, y los notables frescos que decoran los muros
(Fot. Torres Molina)

una vez terminado el claustro grande. La Iglesia, de estilo Renacimiento, sobresale por su magnificencia, en la que se distinguen sorprendentes rasgos de estilo gótico. Cuatro columnas dóricas y esculturas de San Jerónimo, San Pedro y San Pablo, con las iniciales y armas de los Reyes Católicos, constituyen la portada.

El interior, con ricos y elegantes adornos, consta de ocho capillas, seis que fueron despojadas por los soldados franceses y dos con hermosos frescos de Martín de Pineda. Un grupo escultórico del entierro de Jesús, relieves de santos y santas, medallones, figuras del Salvador y de los apóstoles, piastras con capiteles, frescos de

Juan de Medina representando la bendición de la espada del Gran Capitán por el Papa Alejandro VI, sillería tallada por Diego de Siloe y un soberbio retablo de gran extensión, son las obras que logran destacar entre tan esplendorosa colección de arte.

El Monasterio consta de dos preciosos patios;



Torre de la Iglesia y parte superior del patio principal del Convento de San Jerónimo

(Fot. Torres Molina)

cedida la petición por el Emperador, el arquitecto Diego Siloe, el mejor de España en aquellos tiempos. Murió la duquesa de Terranova, viuda del Gran Capitán, y años después de terminar Siloe su obra era trasladado el cadáver del malogrado guerrero á la bóveda del suntuoso templo de San Jerónimo, poniendo á su lado el de su ilustre esposa, y rodeado de los trofeos de gloria que conquistó por su indomable valor y audacia. Un tarjetón sostenido por dos estatuas de piedra en la parte exterior, hacia Oriente, representando la fortaleza y la justicia, que dice así: «Gonzalo Ferdinando á Corduba, magno Hispanorum duci Francorum at Turcarum terrori», y una losa de mármol que hay en el crucero con el siguiente epitafio: «Los huesos de Fernando González de Córdoba, que con su valor apropióse el sobrenombre de Gran Capitán, están confiados á esta sepultura hasta que al fin sean restituidos á la luz perpetua. Su gloria no quedó sepultada con él», han indicado durante siglos que aquella ha sido la tumba del glorioso héroe andaluz.

Durante la invasión napoleónica desmantelaron los franceses varias capillas, despojándolas de pinturas, verjas platerescas, estatuas y relicarios. Profanando igualmente la cripta que conservaba los restos del Gran Capitán, llevándose la espada y algunos huesos, que recogidos por la Academia de Bellas Artes, volvieron años después á su primitiva sepultura.

Indigna pensar que esta tumba haya sido violada en los tiempos modernos por el general del ejército francés de una manera tan sacrílega é impía... Ahora, el fuego de un terrible incendio ha puesto en inminente peligro de perecer destruidos, con el monumento más preciado del arte cristiano que posee Granada, los sagrados restos de tan glorioso caudillo.

TORRES MOLINA

el principal es grandísimo y de estilo gótico. Treinta y seis arcos semicirculares parten de gruesos capiteles; en el segundo piso, arcos pinnacles sostenidos por columnas muy cortas, y sobre los arcos centrales se distinguen escudos y divisas de los fundadores, sobresaliendo en sitio alto bien visible el escudo de la viuda del Gran Capitán, oriundo de la casa Medinaceli; es, sin duda, lo más notable las riquísimas portadas que enriquecen el patio. El segundo patio, mezcla de Renacimiento, gótico y mudéjar, tiene siete arcos en cada frente, sostenidos por columnas blancas. El cuerpo alto tiene columnas semejantes y arcos escarzos con molduras góticas, siendo lo más bello la escalera con artesonado mudéjar, y que desembocaba en el corredor por una portadilla plateresca. La portada del ex Monasterio, convertido en cuartel de Caballería, y hecha por Martín Díaz Navarrete en 1594, se descubre formando ángulo con la fachada de la Iglesia.

Al embajador Navajero le causó profunda admiración el Monasterio, expresándolo al escribir durante la visita del Emperador á Granada: «También está sepultado en Granada el gran capitán, y sus herederos construyen en la Iglesia de San Jerónimo para colocar en ella el sepulcro, como él dejó mandado...; la iglesia es muy hermosa; el Monasterio tiene jardines y fuentes y dos claustros hermosísimos, tales como no los he visto en ninguna parte; pero el uno es más grande y magnífico que el otro, y su centro está lleno de naranjos y otras plantas.»

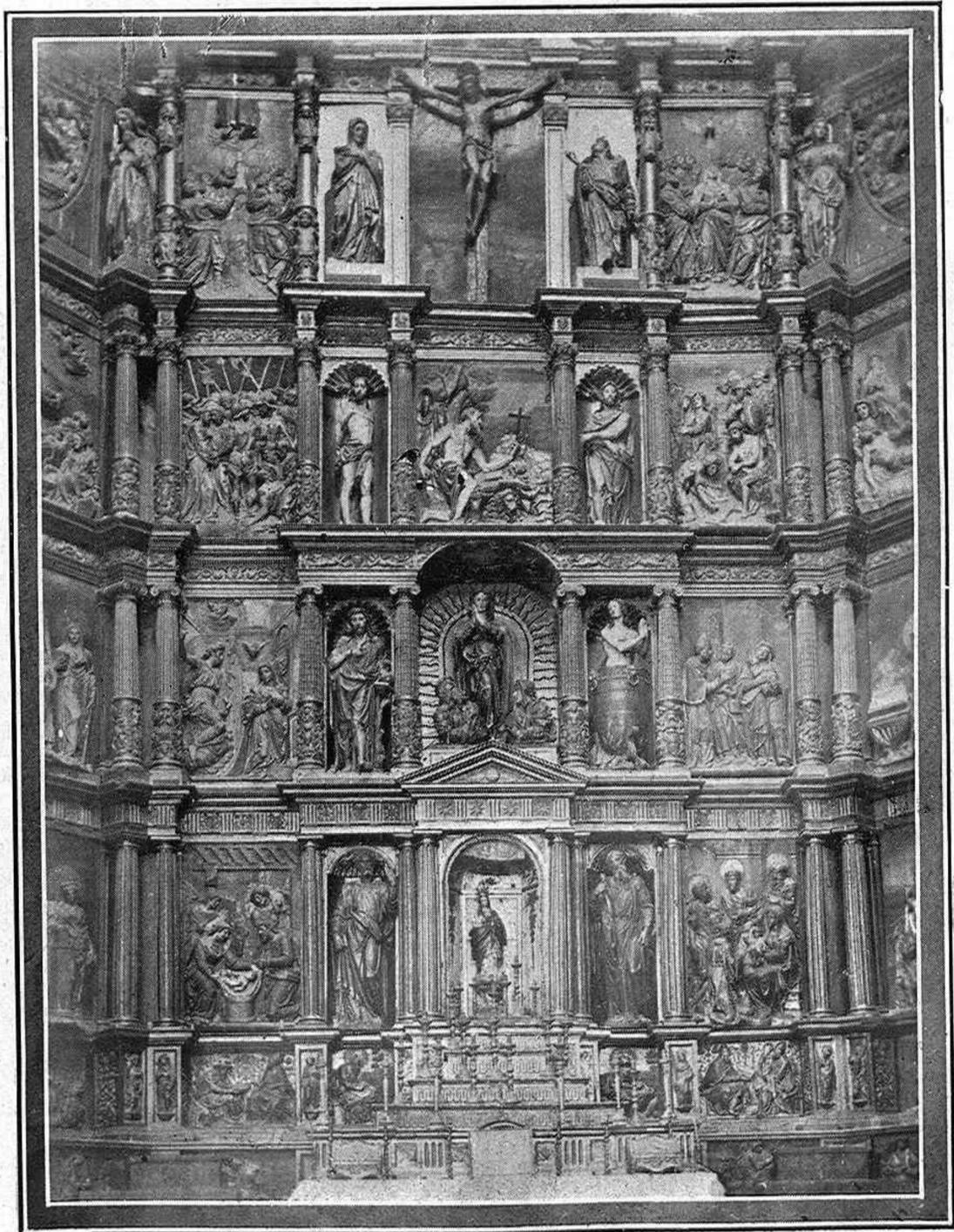
•••••

Muerto el Gran Capitán en 1515 asistido de su esposa é hija, púsose de manifiesto el acendrado cariño que todos le tenían. El Rey católico recibió con doloroso pesar la noticia de la muerte de tan valeroso soldado, vistiendo de luto y disponiendo celebrar honras en su propia capilla, pendiendo alrededor del túmulo en que estaba el cadáver—que fué depositado en la capilla de San Francisco—doscientos estandartes y banderas que había ganado á los franceses y turcos.

D.^a María Manrique, viuda del Gran Capitán, solicitó de Carlos I la capilla mayor para enterramiento de su marido, de ella y de su descendencia, obligándose á concluir su edificación y engalanarla con retablo, reja y túmulo de mármol. Fué llamado á dirigir la obra, una vez con-

Retablo que ocupa el frente del ábside, llegando hasta la bóveda, y que es la mejor obra de arte que posee la Iglesia de San Jerónimo

(Fot. Torres Molina)



RECO
MADRID

VIAJANDO POR ITALIA

PAVÍA, LA CIUDAD DE LAS CIEN TORRES

Yo no sé si serán más ó menos; lo que sé es que con tal nombre se denomina Pavía en la lombarda llanura, y que, en efecto, desde la altura de cualquier campanario se ven surgir entre las casas, á modo de un desparramamiento de obeliscos. Lo extraño es que semejantes torres no lo son ni de iglesia, exornadas por el buril de diestros artistas ó labradas por la ciencia de la arquitectura; ni robustas atalayas, con almenas, como las belgas comunales; ni de homenaje, con cubos y garitones, cual las que dominan las feudales Castillas. En toda población histórica evoca esas siluetas la torre; el viajero se la imagina monumental, gallarda, medioeva ó renaciente, gala de un palacio ó de un templo.



Las de Pavía carecen en absoluto de semejantes condiciones; ni son estratégicas ni son bellas, ni la ciencia militar las reforzó con garitas, ni la estética las adornó con labores de cincel. Realmente resultan muy extrañas. Son de ladrillo, altas, altísimas, derechas, cuadradas, enteramente lisas, horadadas por algunas ventanucas y cerradas, en su cúspide, por un tejadillo; resultan verdaderos pilares gigantescos, con una completa desnudez de muros. Su elevación es tal, que asombra que no las derribe el viento de un manotazo, dada su delgadez, su aparente fragilidad, su poca base. Vistas desde una cima, diríase que se mueven con una ligera oscilación de péndulo. Por regla general, donde más abundan es en los



barrios populares, en los suburbios, en los paseos de ronda. De lejos, cualquiera las tomaría por ciclópeas chimeneas, apagadas, de fábricas industriales que no funcionan.

Claro es que en seguida se excita la curiosidad del turista, y, en realidad, no hay sólido fundamento para ello. ¡Preocuparse de unas construcciones inexpresivas y feas allí donde reclaman la admiración del viajero un San Michele del siglo XI, con su fachada de ladrillo cruzada de viejísimos bajorrelieves; un castillo medioevo con un magnífico patio con arquerías del XIV, y una Universidad del XV, con otros patios no menos bellos, concederle más atención que la de una mirada á esas torres *desangeladas*, como diría un andaluz, es tal vez inferir un agravio á la Pavía monumental é histórica!

A pesar de ello, y conociéndolo así y brujuleando por la ciudad en busca de rincones, no obstante acabar de dar cabida en la retina de los ojos y en la de la mente á los monumentos concluidos de ver, no cesaba yo de pensar en las torres, preguntándome, sin responderme, cuál sería la finalidad de su creación. No podían obedecer al amor á los panoramas, porque ni tienen terrazas, ni tales gustos se hallan hasta ese extremo divulgados, que determinen todo un sistema de construcciones; ni su edificación, desnuda hasta del menor asomo bélico, podía hacer sospechar propósitos de defensa, como sucedía en Bélgica ó en Italia en los tiempos de sus revueltas de los gremios ó de sus contiendas políticas entre las repúblicas.

Y al fin salí de Pavía libre de la abrumadora preocupación. Según la voz tradicional, esas torres se construían por cada familia al casarse su primer hijo, teniendo á gala y cifrando en ello su orgullo: en levantarla más alta que la de su vecino. Todo lo esperaba menos que aquellos mogotes inexpresivos encerraran una suprema expresión. Y la encerraban, y cada uno se convertía en una ejecutoria y en un símbolo. Porque no ya significaba un testimonio de felicidad, sino una prueba de

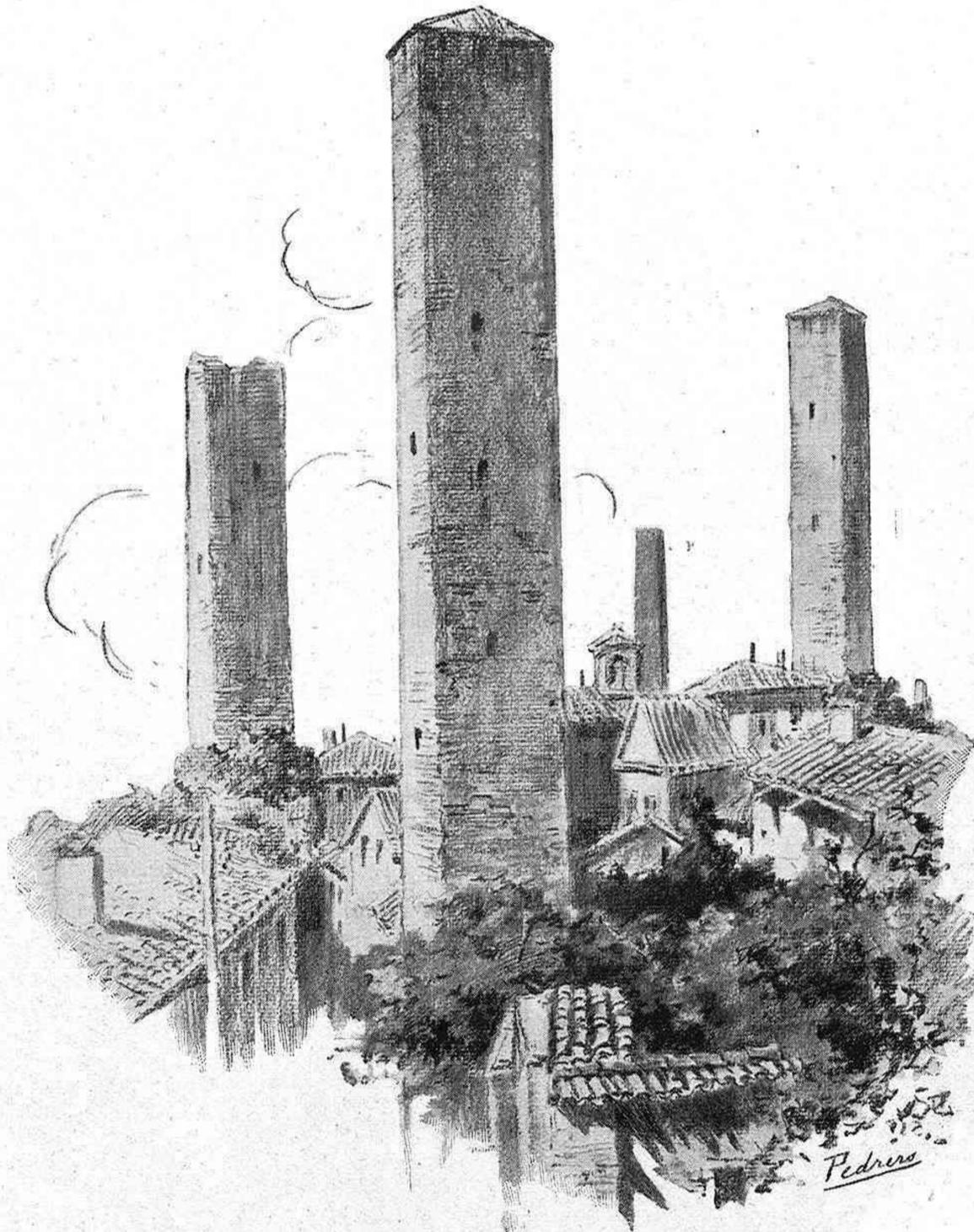
fortaleza. Las había erigido la dicha de un hogar, manifestada en lo que el hogar tiene de más tierno, en lo que constituye la íntima aspiración del enlace de dos almas: cristalizar el amor en un hijo y verlo vástago robusto, á su vez, para continuar la obra generadora de los padres, perpetuando su apellido. Esas torres eran otros tantos primogénitos emancipados. Pero eran algo más: eran una manifestación del individualismo italiano, eterna voráGINE de sus turbulentas repúblicas en la Edad Media, y en sus principados después. Porque no ya se levantaban, no ya se habían alzado para conmemorar una boda, un cambio en la vida hogareña, sino que perseguían otra finalidad humana, pero menos noble: el que la propia torre fuera más alta que las restantes; jugaban la vanidad y quizá la bandera. Desde luego, esas torres habían surgido del calor del pueblo: eran plebeyas. Se me antojaron, por ende, revelación material de aquellas luchas, á veces sangrientas, entre las hermandades y corporaciones de una misma ciudad. El maese orfebre se enorgullece con una torre de ochenta pies que erigió al matrimoniar su hijo. En cuanto al maese sedero le conceda Dios la misma bendición, construirá otra que exceda en veinte más á la de su colega. Equivalía la torre á un sello de orgullo gremial, no incompatible con la revelación de una ventura, y entrañaba una patente de poderío. ¡Perdurable influjo de la imaginación, la inmortal «loca de la casa», que hermosea cuanto entra en su recinto de cristal!... Conocido su emblema, ya no me parecieron tan feas las torres.

EN LA CARTUJA

Al par que viajero era español, y, encaminándome á pie desde la estación al monasterio, vino á mi mente la memorable batalla que dió origen á la vulgarizada y no muy exacta frase de Francisco I: «todo se ha perdido, menos el honor». Bordeaba yo un largo tapial, el del parque de Mirabello, tras del que se asomaban venerables olivos y alegres frutales, siguiendo por un sendero acariciado por los murmullos de un arroyo contiguo. Estaba en el campo del combate, que se desarrolló más allá de esa cerca de cal y ladrillo de «mayor altura que una pica», dice el culto historiador D. Felipe Picatoste. También fué en una espléndida y plácida mañana de Febrero, como la que ahora me cabía en suerte.

El campo, silencioso y florido, se anima de pronto con el cuadro de la batalla, evocada por mi mente. Veo á los franceses arremetiendo con tanto brío, que en pocos minutos se apoderan de toda nuestra artillería y nos destrozan un escuadrón entero. Y oigo gritar: «Victoire! ¡Victoire!» Veo nuestra veterana infantería que penetra por el portillo que dos de sus capitanes han abierto en esa misma tapia, que ataca y deshace á los suizos; que mata á su bravo jefe Diesbach; que desbarata las dos alas del ejército francés, obligando á huir á Alençon y á sucumbir á la Pa-

lisse; que responde á sus voces de triunfo gritando á su vez: «¡Aquí están los arcabuceros españoles! ¡Aquí está Pescara!» Veo á las compañías vizcaínas y guipuzcoanas haciendo añicos el frente enemigo, metiéndose por entre las patas de los caballos en un singular combate de espada contra lanza. Y veo, en fin, cuantos magnates rodeaban á Francisco I: Bonnavet, Guisa, Claiette, Suffort, Boys, aquellos ilustres caballeros de coraza incrustada de oro y fino airón en el casco, cayendo muertos y quedando solo y aislado el monarca, sin saber morir, cubierta de sangre la morada veste, apresado por los soldados Juan de Orbieta, Avila y Aldana, y presentado á Pescara, que le recibe con la dignidad á que es acreedora toda majestad caída.



Desvaneciése lo que mi mente tomaba por el humo de la pólvora, y que no era sino la niebla de la mañana. Había llegado al convento.

Mi primera impresión cuando doblé la interminable tapia del huerto, sobre el portalón coronado, bajo el alero de viejos frescos, y avisté el patio, fué acordarme de nuestro monasterio de El Escorial, y me trajo el recuerdo las líneas de ventanas de los costados, la disposición de la iglesia en el fondo, y la amplitud del inmenso y luminoso rectángulo, en que como se reconcentra la luz, y que yo atravesé atraído por la fulguración de oro de la fachada principal, en aquella hora bañada de sol.

Goza fama este frente del templo de ser el más rico de toda Italia, como si el siglo xv hubiera querido echar allí el resto, diciéndolo con la frase vulgar. Ya el gusto lombardo de la fachada es de suyo gallardísimo; pero lo que en ella asom-

bra es la fastuosidad de la decoración. No hay espacio que pudiera aprovecharse que no se haya ornamentado, ni hueco en que no se acomode una escultura, todo dispuesto sin confusión, sin recargamiento, sin desorden, dentro de una justeza y de una armonía admirables, que, no disminuyendo el atractivo de los adornos, da una esplendidez inmensa al conjunto. Hay filas de estatuas de santos, de medallones con bustos de emperadores romanos, de bajorrelieves con escenas evangélicas y de la vida del fundador; y por dondequiera, cabezas de ángeles, floraciones pomposas, figuritas refugiadas en nichos, mil detalles de cincel. Los ojos se cansan de seguir su huella. Produce un efecto tan hondo lo que pudiéramos llamar la sinfonía del edificio,

que quizá perjudica, por su grandiosidad, al resto de la visita. Es una orquestación de un tono muy alto, que hace palidecer los motivos que siguen, aun siendo hermosísimos.

Dos horas se tardan en recorrer el interior del monasterio, su iglesia sus pórticos, sus galerías; son dos horas de apoteosis, de deslumbramiento, en que se pasa de una á otra joya, de jaspes á bronce, de artesones á estofados, de mosaicos á frescos. Pinturas murales, verjas áureas, columnas esbeltas, altares, cuadros, bóvedas, puertas. Las tallas de las sillas del coro, las estatuas en *terra cotta* del gran claustro, las figuras y el tabernáculo del retablo mayor... Yo no sé cuántas riquezas se van anotando en el memorándum del viaje. El guía reseña las cosas, ensalza sus magnificencias, dice nombres. Es una cascada de suntuosidades que cae de su boca, que llega á abrumar con sus evocaciones de fausto, de lujo, de arte; es como un gotear de oro que concluye por causar estrabismo en los ojos. Juan Galeazzo Visconti, el erector del convento, fué un gran criminal, pero fué un gran artista. Y bruscamente, de pronto, en medio de este desfile de joyas y de próceres, de este ondear de siglos acumulando aquí tesoros y más tesoros, precisamente en el ámbito más hermoso del convento, que rojea con sus intensas tierras cocidas, como

una racha glacial de brisa de estepa que viniera á helar las blanduras de un clima meridional y un día estivo, surgen las celdas cartujas, austeras, secas, desnudas, desabridas, humildes, miserables, desamuebladas, con su patinillo y su arbolito, hablando de ascetismo, de penitencia, de aislamiento, evocando la nada de toda esa ornamentación espléndida, lo baladí de toda esa florecencia artística que ha ido abriendo en la santa casa sus capullos inmortales.

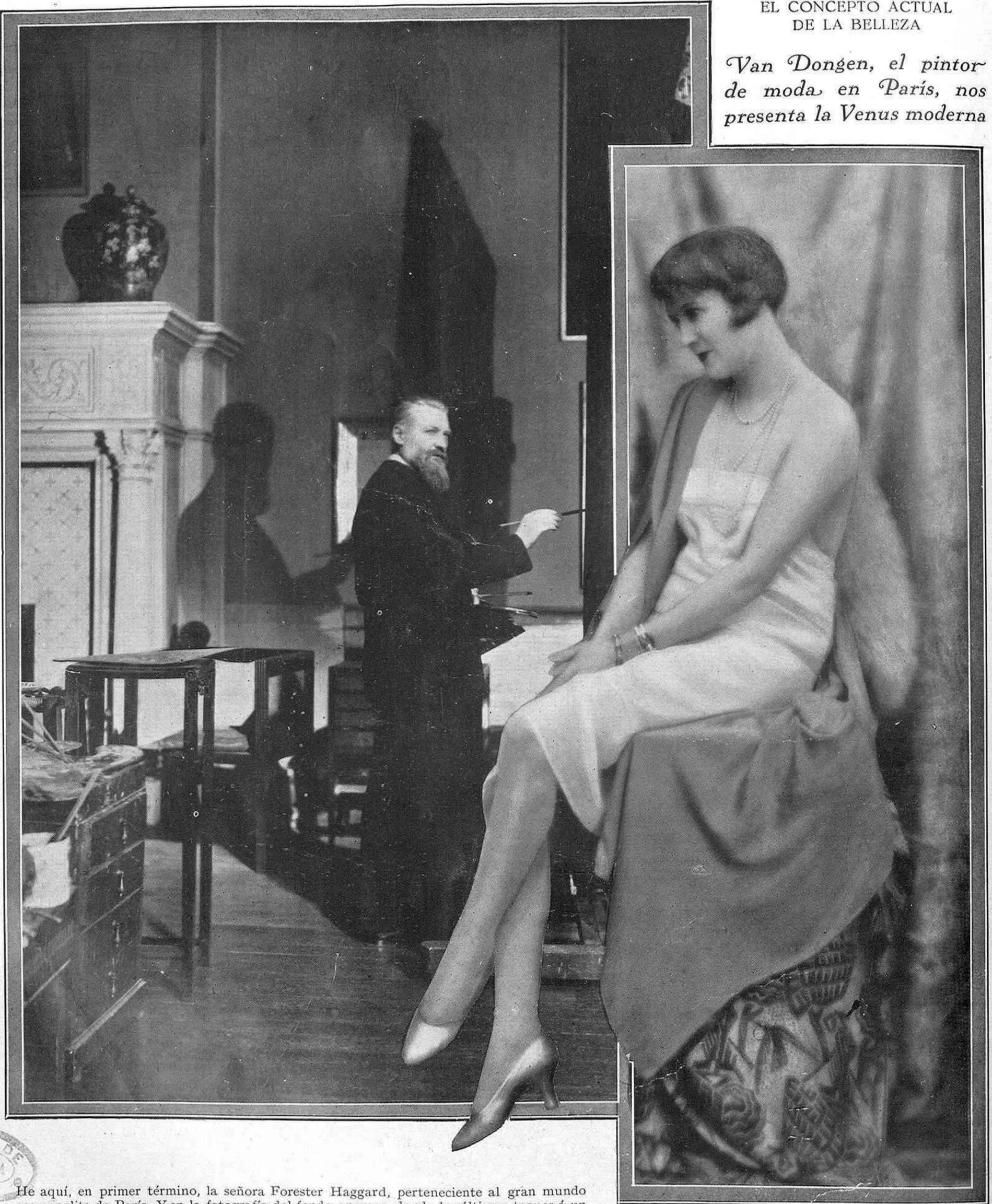
La Certosa es hoy un cuerpo sin alma; ya no hay en ella frailes; faltan allí las siluetas monásticas. Pero el licor que las pías manos fabricaban no fué expulsado por el Gobierno, y es de rigor turístico beber una copita al marcharse. Yo no sé cómo sería el religioso, pero el laico es digno del asombroso monumento.

ALFONSO PEREZ NIEVA

(Dibujos de Pedrero)

EL CONCEPTO ACTUAL
DE LA BELLEZA

*Van Dongen, el pintor
de moda en París, nos
presenta la Venus moderna*



He aquí, en primer término, la señora Forester Haggard, perteneciente al gran mundo cosmopolita de París. Y en la fotografía del fondo aparece, dando los últimos toques á un retrato, el pintor Van Dongen, hombre de moda en la Villa Luz, á pesar de ser artista muy discutible y discutido. Van Dongen pretende haber hallado en la señora Forester Haggard lo que él llama *la expresión más sintética de la mujer de hoy*: la Venus andrógina, de cabello corto y de relieves apenas esbozados, y la antigua, fecunda y espléndida Afrodita, hay en el concepto humano de la belleza una distancia mucho mayor que la marcada en el tiempo con el transcurso de los siglos. Pero lo más triste no es esto, sino la interpretación dada por Van Dongen, en sus cuadros, á esa supuesta perfección de la señora Forester Haggard. Pese á todo, los lienzos del «maestro» y la figura de su modelo, recogidos por las cámaras fotográficas, están dando la vuelta al mundo sobre las páginas de los grandes ilustrados

(Fot. G. L. Manuel Frères)





LA PINTURA CLÁSICA

«Retrato de doña María Josefa Amalia», pintado por Vicente López, que se conserva en el Museo del Prado

Este retrato de Vicente López es no sólo una bella obra pictórica, sino una romántica evocación de los días en que fué pintado, días lejanos, envueltos en el polvo de la historia del siglo XIX... Pintaba Esquivel, en las novelescas horas de aquel siglo, su grupo célebre de escritores y artistas. Las mujeres se aprendían de memoria los versos, trémulos de pasión, de Espronceda, y en los escenarios vibraban, encendidas, estrofas de Zorrilla y de García Gutiérrez... Barricadas, rebeldías, versos, talles estrechos y faldas pomposas, próceres que sentían la alta inquietud del arte... A todo esto va unido el nombre y la obra de este excelente pintor que fué Vicente López.



Sonigotito

POR

VICTOR GABIRONDO

(CUENTOS ESPAÑOLES)

ME conoces, ¿verdad? Pues arrojemos la careta del disimulo. Soy Mariano, sí, Mariano, que soñó en este momento de su vida, que lo hizo razón de su existir, móvil de sus acciones. Soy Mariano, ¡tu novio!...

Sonrió sarcástico, y prosiguió friamente:

—Comprendo tu olvido de muchos años—¡es tan olvidadiza esta vida de esplendores!—y con un gesto señaló, desde el ventanal donde se hallaban, de cara á la obscuridad, el aristocrático salón, magnífico de luz, de joyas, de sedas y de bellezas—; comprendo tu olvido, como comprendo tu juego de esta noche. Quiéres seducirme con tus gracias, subyugarme con tu belleza... Soy el hombre del momento, el poeta triunfador, el ídolo... Y tu vanidad de mujer bella necesita este triunfo. Has pensado que no sería difícil reconquistar al antiguo juguete, al juguete de tu infancia.

—¡No!—negó rotunda, enérgicamente, mirándole sin miedo. Tenía los ojos empañados por las lágrimas y pálido el rostro—He querido lo que tú no te mereces—continuó—: volver á ti como fui, como soy, á pesar de esta frivolidad aparente.

—¡Mientes!—silbó mordiendo las sílabas. Nerviosamente se pasó las manos—que aletearon trágicas en la negrura de la noche como un reflejo marfileño y macabro—por su frente, ahuyentando una confusión de pensamientos que lo enloquecían.—Finges como fingiste, como fingirás siempre. Tienes por alma, una mentira; por sentimientos, vanidades; por corazón, una perversidad. No me has amado; amas las joyas, las sedas, el triunfo. La belleza ha matado tu corazón.

—¡Qué mal me conoces!—se quejó ella en un suspiro.

—Me basta recordarte—agredió él rápidamente—. Y aunque son muchos diez años, no he olvidado. Viven dentro de mí unas promesas de amor que querían ser eternas; llevo en el alma un ensueño juvenil que rompió una mujer casándose con otro; me amargan en los labios unos besos falsos...

—¡Mariano! Tú no viste mis luchas, mis dolores, mis llantos; tú no asististe á mi desesperación; nada supiste de mi agonía.

—Yo sólo sé que mi novia, la mujer que adoraba, la única ilusión de mi existencia, me abandonó; sólo sé que un día, después de muchos sueños que eran esperanzas, quedé solo y sin alma, hundido en mi desgracia, alimentándome de amarguras. Y entonces supe que los desgraciados no tienen derecho á la felicidad... Yo lo era. ¿Cómo quejarme? ¿Para qué? Se hubieran reído del bohemio que quería disputarle una mujer al opulentísimo magnate. ¿Qué pedía yo? Y ella misma, que yo creía humilde y buena, ¿qué pedía contra su vanidad? El magnate la ofrecía una vida fastuosa, joyas y sedas... Y á ella le gustaba el esplendor. Su belleza, entre las piedras preciosas, resaltaría deslumbrante en los grandes salones... Nada pedíamos, como no fuera triunfar ella y sufrir yo. Pero yo también he triunfado... El dolor se hizo deseo, y el deseo fuerza impulsiva, y la fuerza, voluntad. Quise ser, no por mí, sino por llegar á aquella que despreció el amor... Quería demostrarle que éste, entre sus ternuras, oculta tesoros que la vanidad no puede ver.

—Perdono al dolor todas sus acusaciones, y te perdono á ti tus crueldades. Me juzgas mal porque no conoces mis sufrimientos.

¿Qué podía yo, niña débil, contra la voluntad de mis padres? Me casaron, matando los sueños de mi alma, y lloré mi felicidad muerta... Luego, al quedar libre, esperé tu perdón con el corazón herido y el alma doliente. Y tú huiste; huiste como ahora, que te abro el alma con un deseo infinito de piedad. He puesto el corazón ante tus ojos, y no me has comprendido—terminó sollozando.

—Te comprendo tanto—contestó él mordiendo las palabras en una rabia—, que amor ú odio, sea cual fuere el sentimiento que me inspiras, ha de morir dentro de mí como murió tu recuerdo.

Y haciendo un gesto con la mano, un gesto breve, de adiós, intentó separarse.

—¡No!...—gimió ella—¡Mariano!—Y tembló en una pausa, sin palabras para expresar sus pensamientos.—Quiero que hablemos; necesito que hablemos—prosiguió nerviosamente—. Tengo que decirte mis sentimientos, que viven en tumulto dentro de mí.

Calló, llorando en silencio, las manos en las maderas del ventanal, el rostro en las manos, caída, vencida, tronchada. Los sollozos convulsionaban su cuerpo todo, y el pecho tenía un respirar rápido y agitado.

—Mira—se agitó él nervioso—; es mejor que no hablemos más. Me hacen daño tus palabras; me hace daño tu dolor—falso ó verdadero, no lo sé—; me hace daño el recuerdo. Vivamos como hasta aquí, indiferentes, ajenos... Tú conseguiste lo que ambicionabas. Eres la bella y riquísima viuda... Yo, yo también...

—Tienes razón—se alzó ella secándose los ojos—. Habíamos de martirizarnos inútilmente. Nuestras vidas se han roto.

—Las rompiste tú—acusó seco.



—Yo, sí—afirmó con dulzura—. No me disculpo, ni lo niego. La vida me hizo su instrumento, destrozándome y destrozándote. Nuestros corazones doloridos no tienen más que amarguras.

—El mío; sólo el mío; el tuyo es feliz.

—Mucho—hizo como un oco.

—Ese dolor que crees hondo é irreparable es un reflejo de mi dolor—arguyó él—. Desaparecerá cuando olvides este momento en que los recuerdos nos han hundido en el pasado. Y volverás á ser lo que eres. La influencia del ambiente te ganará.

—¿Y hablas así?...—ahogó en un sollozo el grito de su indignación—. ¡Mariano! Tú eres, tú, el que no me has querido; tú, el que me olvidaste... ¡Y aún te complaces en martirizarme!

—Si no finges en este momento—se acercó á ella buscándole los ojos con sus ojos—; es mejor que nos separemos; es mejor...—Y

nerviosamente, con palabras silbantes, vibrátiles, continuó:

—Un día, un día hace mucho tiempo, te dije que ignoraba cómo ni cuánto te quería; que el sentimiento que me dominaba sólo un Dios podía expresarlo, porque dentro de toda su pequeñez humana conservaba toda la grandeza divina; y ese sentimiento, aumentado con dolores que se hicieron lágrimas; con celos, que fueron iras; con tormentos, con odios, me llena el pecho y me ahoga; me asfixia... No me mata porque es mi vida misma; no me acaba porque él mismo me sostiene; no sé si para este instante, en que te puedo escupir mi amor hecho palabras, ó para otro, en que pueda aprisionar tu cuello, ahogándote...

—¡Mátame!...—se ofreció ella.

—¡Deja, deja...; vete!—rechazó él, dominándose—. Sepárate... Sepárate, que no sé si mis palabras se van á convertir en besos

para mi vergüenza, ó mis dedos, al acariciarte, se van á transformar en garras para estrangularte.

—¡Mariano!

—Vete... Mira que no te puedo mirar sin sentir el martirio de unos pensamientos que me impulsan á buscar tu boca; no sé si para besarte ó para morderte. Vete, que no quiero quererte, que no quiero llorar y te quiero y lloro para que tú te burles...

—¡Mariano!—se abrazó é él en un transporte.

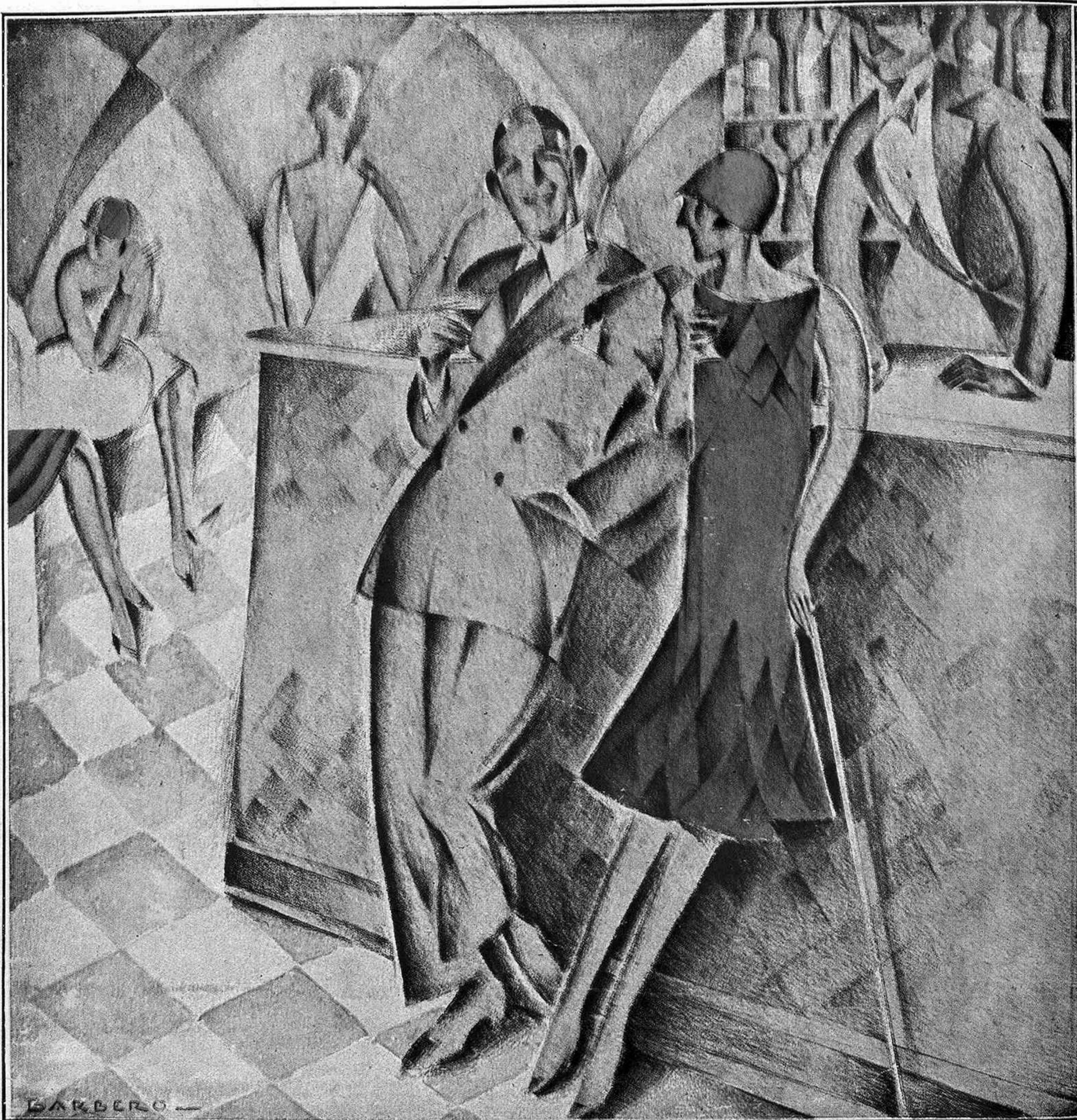
—¡Para que te burles!..

—¡Almita mía!

—¡Calla!...

—Te quiero, te quiero... Acuérdate de la niña humilde, de la señorita tímida, que antes te hablaba así: «¡Monigotito..., te quiero!.. ¡Te quiero mucho, Monigotito, mucho!...»

(Dibujos de Aristo Téllez)



SILUETAS DE «BAR» Y DE «DANCING»

EL era un hombre serio, y todas las noches, al atravesar la puerta del rojo letrero chillón, llevaba el propósito de quedarse en el *bar*. Y allí estaba un buen rato, en esa hora primera y discreta del *cabaret*.

El no concebía entonces más baile que el chotis, reposado y severo, ni más alegría que aquella del *bar*, con gente escasa y con la apagada música que llegaba del *dancing* frontero. Cuando sonaban aquellos compases—seriedad burlona—del chotis, él—su juventud conoció el Madrid de *l'avant-guerre*—iba desde el *bar* al *dancing*. Y bailaba. Y volvía pronto del *dancing* al *bar* con la amiga menuda y rubia...

De nuevo en el *bar*, en su ambiente correcto.

La pareja charlaba, mientras el *barman* ejercía su alquimia maravillosa. Nuevas mujeres—siluetas de opereta y de revista, de dibujo y de novela galante—llegaban, cruzaban el *bar*, dejaban caer tras su paso una cortina espesa.

Y aunque él era un hombre serio—¡aquella zumbonería grave del chotis!—, bailaba también el pasodoble al oír su música en el *dancing* inmediato. Pero volvía al *bar*... Las amigas aumentaban. La alquimia del *barman* era cada vez más complicada. Se complicaba al ir cambiando la cara del *cabaret*...

El era un hombre serio. Pero su seriedad iba disolviéndose en el agua maravillosa de las nuevas mujeres que llegaban, de las nuevas alegrías

de la música, de las nuevas alquimias del *barman*... Abandonaba definitivamente el *bar*, para reír sobre el *dancing*. El *dancing*, que estaba entonces—las tres de la madrugada—en el punto más alto de su salto de gritos y de músicas.

Y bailaba entonces todo: la española alegría del pasodoble, y la pausada tristeza del tango, y el estremecimiento nervioso del *shimmy*. Sus ojos estaban como ante una niebla de colorines, y su alma como ante una niebla de músicas. Y en los instantes últimos del *cabaret*, cuando ya no tardarían en atenuarse las luces, el hombre serio, borracho de *jazz-band*, bailaba el *charleston*...

(Dibujo de Barbero)



(Dibujo de Penagos)

LLORAN, claman y maldicen
las cuerdas de una guitarra;
la prima, como un suspiro;
el bordón, como una lágrima.
Tal que un corazón en ellas
—sangrante, hirviente, dramática—
late Andalucía entera,
sortilega y musulmana.
Misteriosos fatalismos
de amor y de puñaladas
—olor de sangre y de nardo—,
sollozan las mismas ansias.
Y á veces suena á suspiros,
y otras á celos y á lágrimas
y á maldición, el torrente
de emoción de la guitarra...
Es Ramón Montoya el hombre
que tanta belleza arranca,
hecha latido, á las cuerdas

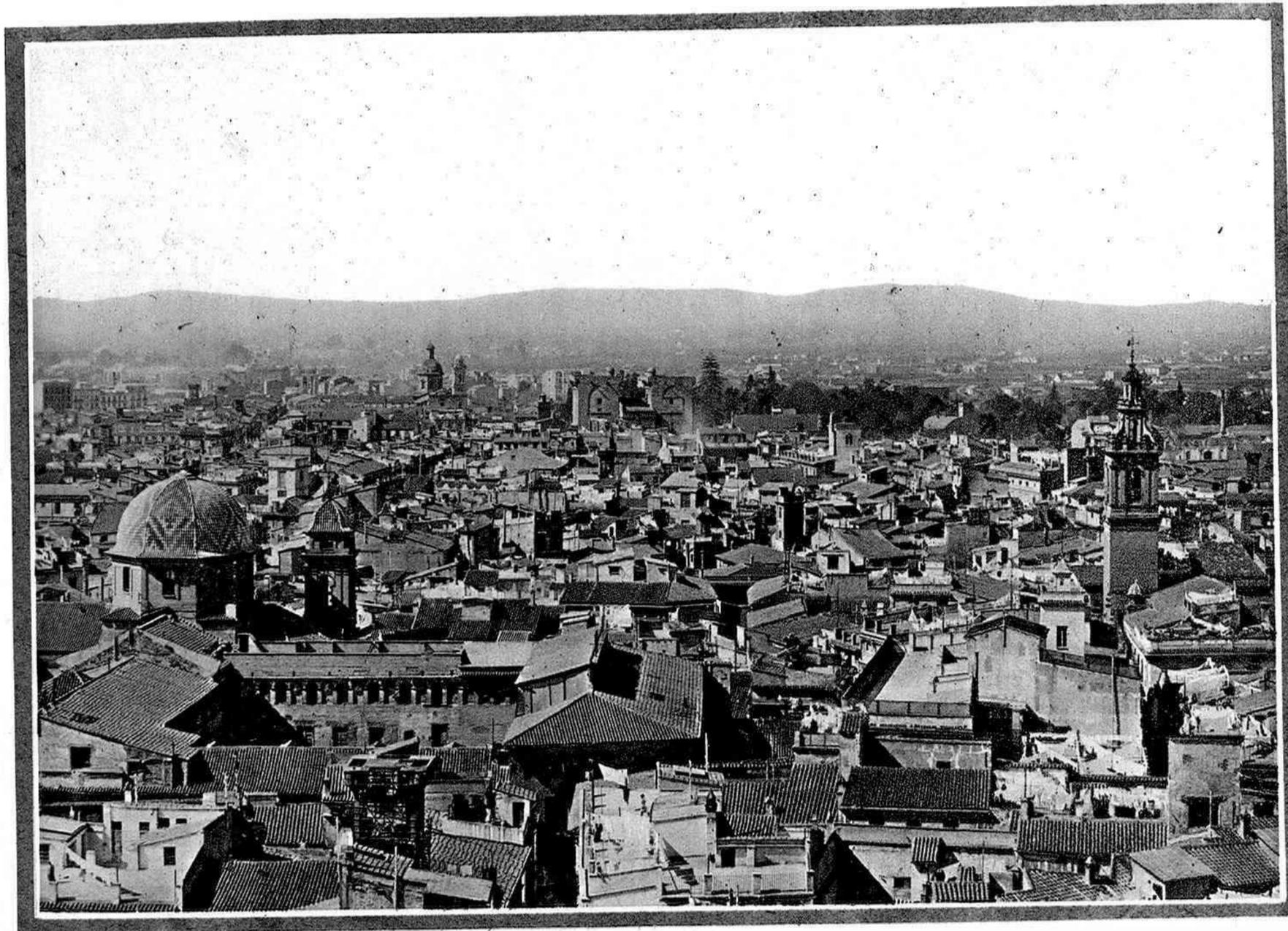
sensibles y apasionadas...
¡Oh, guitarra de Montoya,
tú—honda, grave y enigmática—
y la del pobre Molina
—ya para siempre callada—
sois las guitarras flamencas
mejores de toda España!
... De pronto, bajo la luna,
que brilla como de plata,
y en la alta noche fragante
de jazmines y de albahacas,
suena ardorosa la copla
sugeridora y gitana.
Es el grande y admirable
Antonio Chacón quien canta,
y suena la voz, henchida,
lo mismo que la guitarra,
de una emoción que al henchirse
palpita como una entraña...

«Llevas una cruz al cuello
engarzada en oro y marfil.
¡Déjame morir en ella
y crucifícame allí!»

Con los versos de la copla,
las lágrimas del bordón
riman una sola angustia
y un solo y hondo dolor.
Y cuando se apaga el hálito
sollozante de la voz,
llora aún la guitarra el eco
del gran sollozo de amor...

¡Toque de Ramón Montoya!
¡Cante de Antonio Chacón!
¡Qué bien llegáis al latido
más hondo del corazón!...

ALBERTO VALERO MARTIN



Vista parcial de Valencia, la bella ciudad deslumbrante de sol y de matices
(Fots. Barberá Masip)

Las bellas ciudades de España

Es objeto de la presente información Valencia, la bella ciudad deslumbrante de sol y de matices apresados por el mágico pincel de Sorolla, la del benigno clima é hiriente azul en lo alto; la genuina región de las mujeres hermosas, las de talle esbelto y porte jarifo, fervorosas y abnegadas para el hombre que consigue despertar sus corazones...

El territorio valenciano, ocupado aproximadamente por unos 10.750 kilómetros cuadrados, de forma irregular, debido á la especie de apéndice que representa el Rincón de Ademuz, lindante al Norte con Teruel, es desigual y quebrado, á excepción de las llanuras extendidas á lo largo de las costas y otros elevados llanos en los confines del S. O. Hállase cuajado de lomas, sierras y cerros, con barrancos muy sinuosos é intrincados, algunos muy profundos.

La temperatura media, la isoterma de Valencia, es de 18 á 19 grados, á un lado los accidentes orográficos que le caracterizan.

Comunica la ciudad con su puerto por medio de dos líneas férreas, dos tranvías y una ancha calle de majestuosos árboles, y desde el mar se reconoce por sus elevadas y numerosas torres, entre las que descuella la del Miguelete, torre octagonal que constituye el campanario de la



Una pareja de huertanos de Valencia, ataviados con sus trajes típicos de día de fiesta

Catedral. El interior de la ciudad conserva el cachet de la antigua población morisca, y en lo angosto de muchas de sus calles, en la construcción y emplazamiento de sus edificios, apiñados y fuera de toda rasante, y en el severo aspecto de las añejas casas solariegas ó señoriales, adviértese la huella que dejó la dominación sarracena, abatida por las armas cristianas.

Valencia

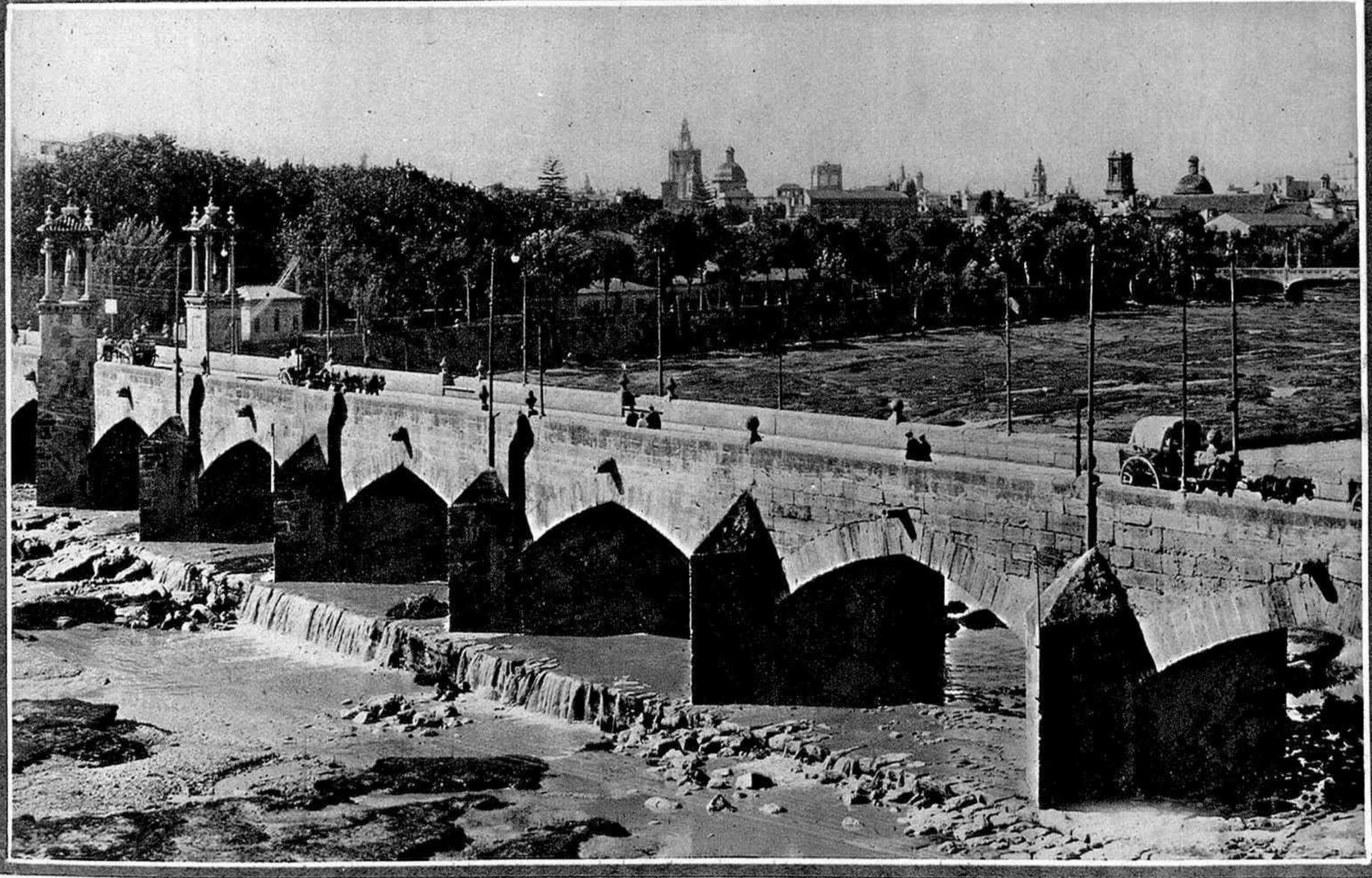
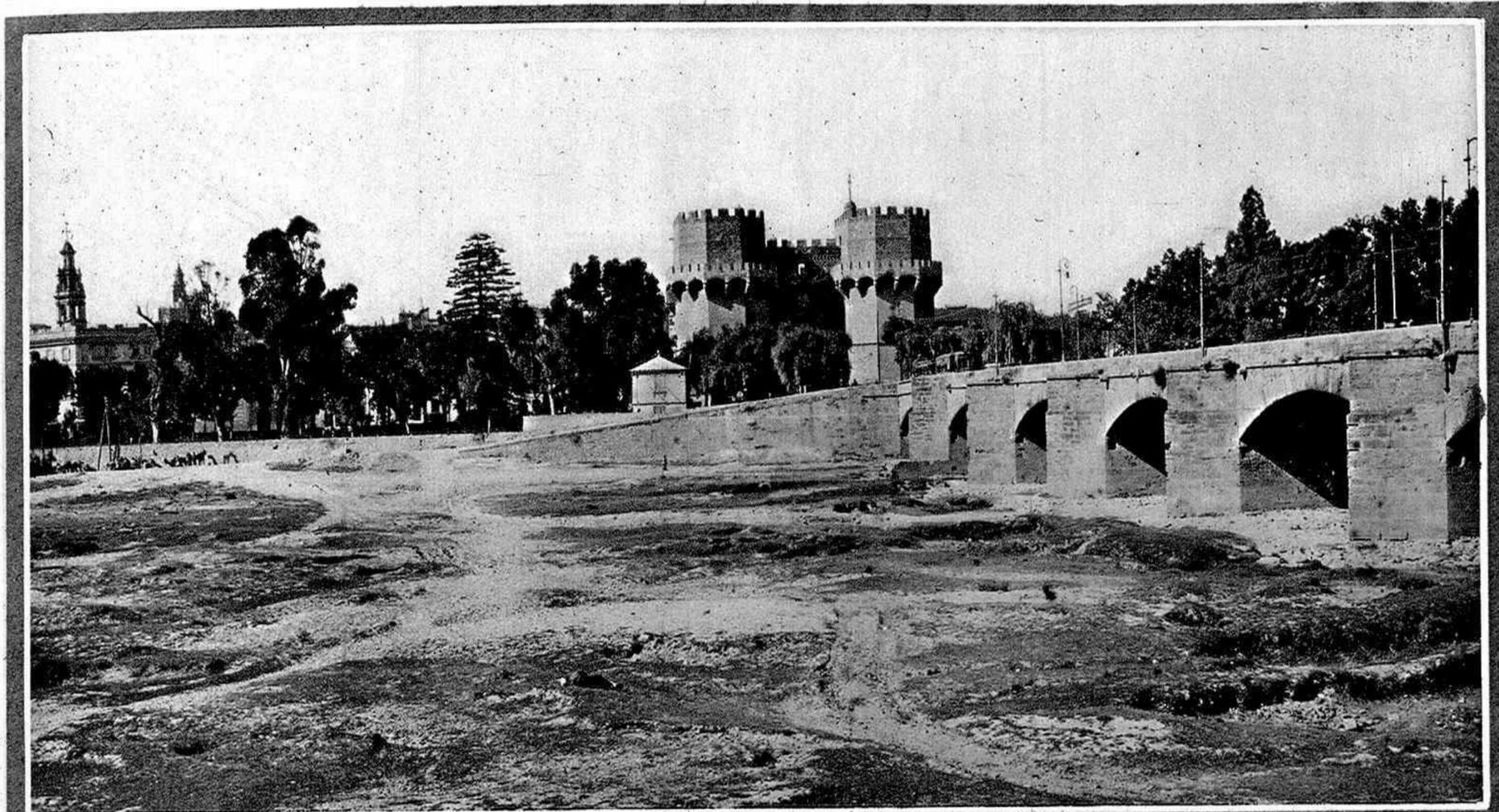
De aspecto completamente distinto al corazón de la ciudad es el ensanche, que comienza donde existieron las murallas y se extiende en luengo perímetro ocupado por largas y anchurosas vías, con frondosos árboles y soberbios edificios de aspecto moderno y lujosas fachadas.

Completando esta obra de saneamiento, inicióse, con otras más recientes, que han contribuido al adelanto y al progreso, encaminadas al embellecimiento de la ciudad, la mejora urbana de las calles centrales, particularmente las de la Paz y San Vicente.

Las plazas más notables son la de la Constitución, vulgarmente de la Virgen, en cuyo perímetro se hallan la Catedral, Casa-Vestuario y Capilla de Nuestra Señora de los Desamparados; la del Príncipe Alfonso, con un lindo parterre rodeado de bancos de piedra, y en ella los edificios de la Aduana (Fábrica de Tabacos), y las de la Reina, la del Temple, la del Mercado...

De entre los muchos edificios de que justamente se enorgullece Valencia, merece citarse en primer término la Santa Iglesia Catedral, con tres puertas, llamadas del Miguelete, de los Apóstoles y del Palau.

El interior de la Catedral fué en su origen de estilo gótico; pero luego de la gran reforma lle-



Los puentes de Valencia.—Arriba: el puente y las torres de Serranos. Abajo: el puente del mar, sobre el Turia (Fots. Barberá Masip)

vada á cabo en el siglo pasado, es grecorromano, y sólo conserva gótico el ábside.

Son de admirar los lienzos antiguos que posee la iglesia, y su completísima colección de reliquias.

Otro de los mejores edificios es la Lonja, que se utiliza como centro de contratación para todos los productos del país. Sigamos citando so-

meramente los principales edificios que engalanan la capital de la región valenciana.

La Aduana, el Hospital Provincial, la Universidad—una de las mejores de España—, el Penal de San Miguel de los Reyes, á un kilómetro de la población; la iglesia de Santo Domingo, el Temple, así nominado por pertenecer un tiempo á los caballeros Templarios, está situado don-

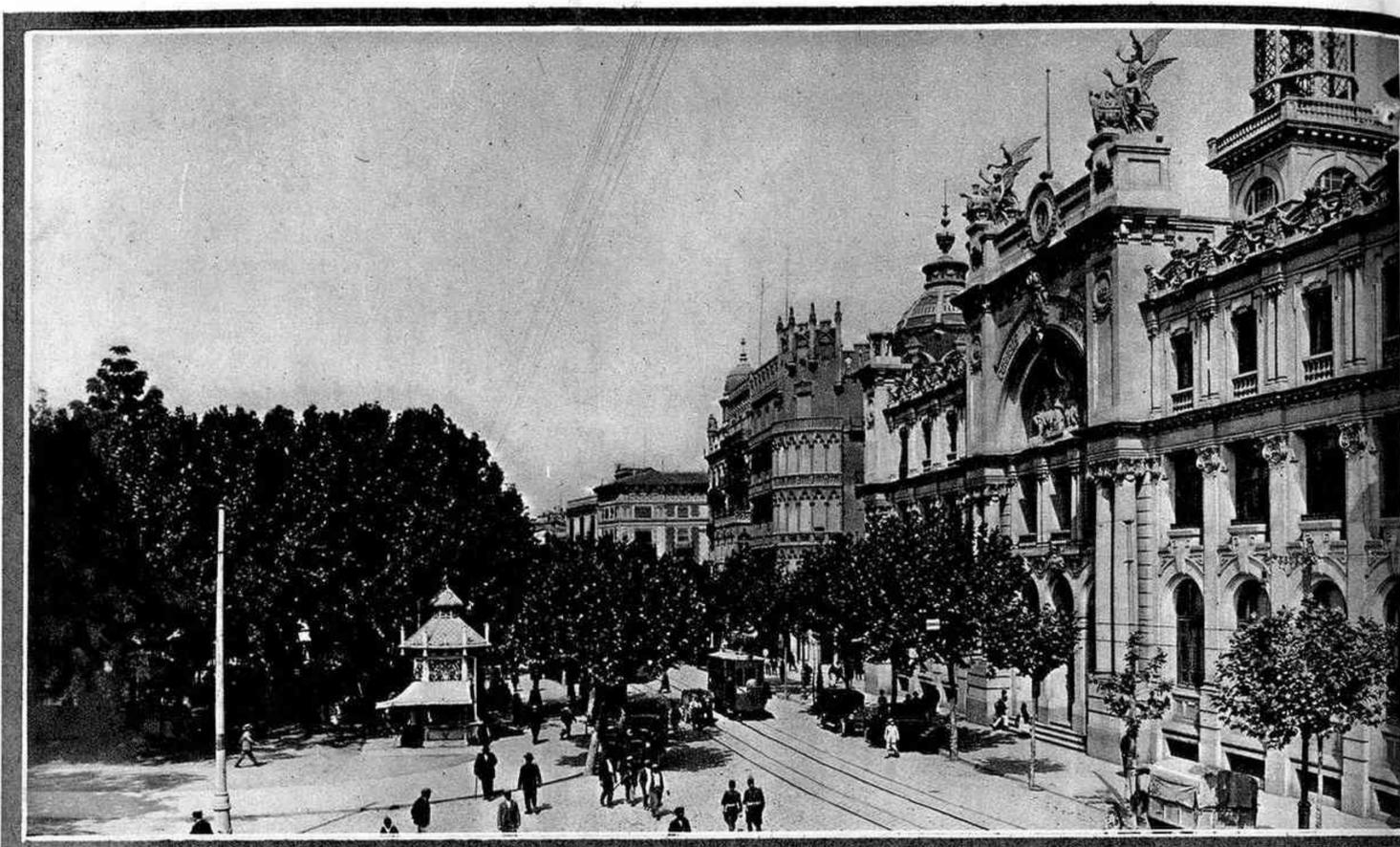
de anteriormente estuvo la torre de Alf-Bufat, cerca de la antigua puerta del Cid.

La capitanía general ocupa lo que fué hace muchos años convento de Santo Domingo.

Hállase instalada la Audiencia en el edificio que fué en otro tiempo palacio de la Diputación del reino.

Aparte de estos y otros edificios públicos, hay

LIBRERIA DE JOSE DE...
DPTO...



Plaza de Emilio Castelar

Calle de Colón



otros particulares de mucho valor arquitectónico. Tales son el palacio del marqués del Campo, el del marqués de Dos-Aguas, el del conde de Parcent, el de Cervellón, que ha sido en diversas ocasiones morada de reyes y magnates...

Entre sus paseos principales merecen citarse el de la Alameda, del Grao, las Alamedas de los Serranos...

El puerto es uno de los mejores y más seguros del Mediterráneo, porque ningún viento puede amenazar a las embarcaciones surtas en él, razón por la cual es visitado anualmente por más de 5.000 barcos de todas las matriculas del mundo.

El Grao de Valencia, en otro tiempo ligera ensenada de playa inmediatamente al N. E. de la antigua boca del Guadalaviar ó río Turia, es donde ahora se halla este importante puerto artificial, cuyas obras, muchas veces interrumpidas, tanto por falta de medios económicos como por exceso de dificultad, se han logrado llevar felizmente á cabo, dotando así de un puerto seguro y espacioso á la rica y populosa ciudad de Valencia.

Tengamos ahora á groso modo unas breves líneas para su historia. Fue fundada por el cónsul Décimo Junio Bruto, el Galisco, un año después de la muerte de Viriato, el año 140 antes de la Era Cristiana.

Arrojaron los vándalos á los romanos de su hermosa colonia, y aquellos á su vez fueron invadidos por los godos en el 413 de nuestra Era.

En 714 se enseñorearon los sarracenos sobre la población y la instituyeron reino en 799.

El famoso guerrero D. Rodrigo Díaz de Vivar, conocido por el Cid Campeador, llegó hasta la ciudad del Turia, combatió á sus puertas y esta-

Calle de Alfredo Calderón

ASPECTOS DE VALENCIA

Plaza de Cajeros y calle de San Vicente





Uno de los más bellos rincones de Valencia, dominado por la silueta airosa de la torre de Santa Catalina, perfilada sobre el claro cielo
(Fot. Barberá Masip)

bleció sitio que duró diez meses. Entró en Valencia. No halló á los habitantes sometidos, y durante los cuatro años que en ella permaneció sostuvo célebres batallas con felicísimo éxito. Murió D. Rodrigo, decayeron las armas cristianas y otra vez la morisma invadió Valencia. La re-

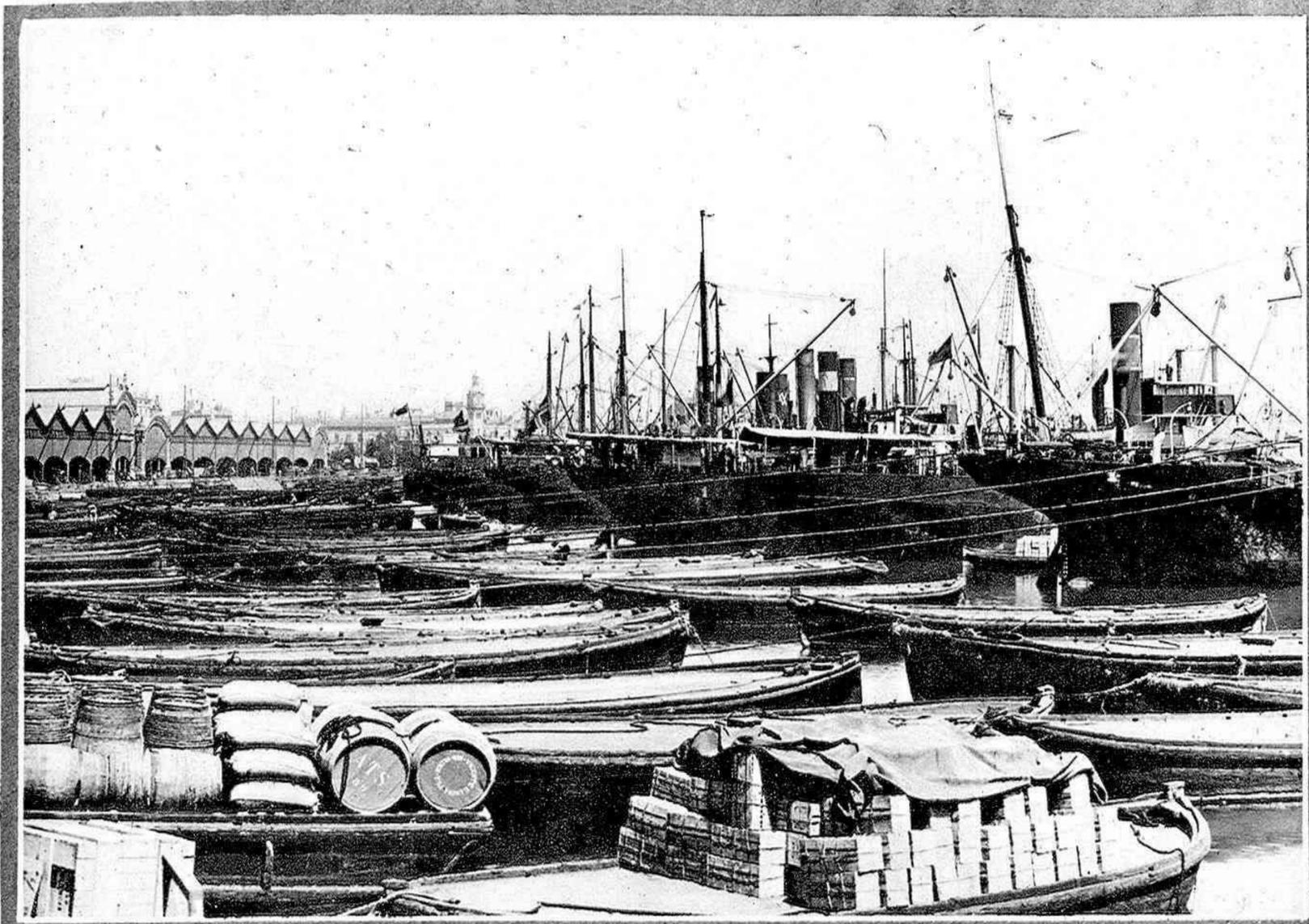
conquistó Don Jaime I, Rey de Aragón en 1238.

En 1520 y 1521 ocurrió la sangrienta guerra conocida por las de las Germanías.

Al tiempo de Felipe II corresponde el apogeo de las Bellas Artes, la Pintura y la Música especialmente.

La violencia que se usó contra los moriscos exigiéndoles su conversión, produjo otra guerra desastrosa en los comienzos del siglo xvii y la expulsión de aquellos desgraciados, que tanta ilustración agrícola dejaron.

En principio del siglo xviii volvió á reducirla



Arriba: el puerto de Valencia.—Abajo: las clásicas barracas del campo valenciano

(Fots. Barberá Masip)

al extremo de la miseria la no menos deplorable guerra de Sucesión. A tantos desastres habían de seguir aún otros muchos en dicho siglo. Citaremos uno para terminar, omitiendo la historia contemporánea de Valencia. En el he-

roico alzamiento nacional de 1808, contra los franceses, Valencia presentó un espectáculo horrorosamente trágico. No parecía sino que la muchedumbre, con sus atentados atroces, quería, no sólo saciar su venganza con los ene-

migos, sino hacer imposible toda transacción. Digamos, para terminar, soslayando, repetimos, los hechos históricos más recientes, que la abnegación demostrada por los hijos del Cid tuvo caracteres epopéyicos...



SONES de pandero, ritmo monocorde
que el baile acompasa de un oso gruñón
—tu danza ridícula, fiel amigo oso,
¡cómo me entristece, créeme, el corazón!—

Voz de melopea que al parche acompaña
como un rito grave de un viejo cantar
—¡la pena que siento, pobre raza errante,
viendo cómo cantas queriendo llorar!—

Cabelleras negras de azabache puro,
pelo con reflejos de un profundo azul
—el ala del cuervo del divino Edgardo
—nunca; nunca; nunca—era igual que tú—.

Crenchas donde brilla la llama simbólica,
prendida al desgaire, de un rojo clavel
—flor que es una alegre copla con que intenta
olvidar un pueblo su éxodo cruel—.

Jornadas sin límite, lentas, despiadadas,
sin yacija, mesa, paz ni fogaril
—polvo del camino que pone en las frentes
la melancolía de su mancha gris—.

Un perro con sarna, receloso, humilde,
de bello husmeante y hundido el ijar

GITANOS

POR

FERNANDO

LÓPEZ

MARTÍN

—sombra que en las noches de luna de plata,
llamando á la muerte, se pone á ulular—.

Una mona tísica, de rala pelambre,
que, impúdica, salta con su faldellín
—añoranza triste bajo un cielo urbano
del árbol del trópico sobre un cielo añil—.

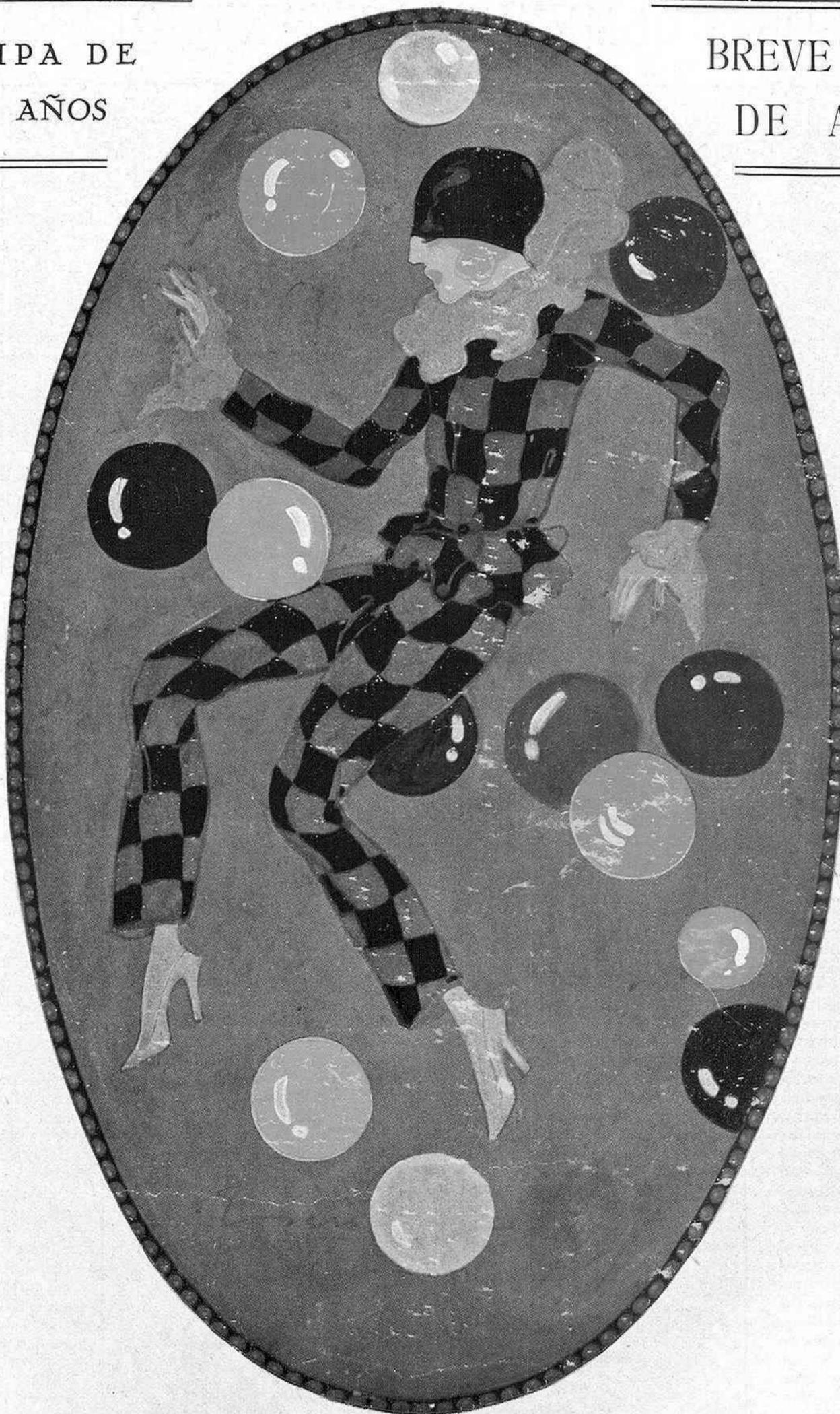
Un rapaz cobrizo, chupando del pecho
de una moza huraña, dentro de un zurrón
—cuna miserable donde un pueblo incubaba,
desesperanzado, su eterno dolor—.

Pupilas de esfinge, raras, misteriosas,
que el mañana escrutan, el hoy y el ayer
—la abracadabrante ciencia de lo ignoto,
que es de nuestra vida la implacable ley—.

Pena de una raza
que es hija de reyes de un país de sol,
y que hoy sólo tiene, como ejecutoria
de su áureo blasón,
con los ademanes, lánguidos y tristes,
que aún muestra, entre harapos, de un grande
[señor,
una mona escuálida, un sordo pandero,
un perro con sarna y un oso gruñón.

LA ESTAMPA DE TODOS LOS AÑOS

BREVE MONÓLOGO DE ARLEQUÍN



ESTOY aquí de nuevo. Me he plantado, como siempre, de un salto sobre el tablado de la actualidad. Sobre los colorines de mi traje, el revolar de las serpentinas y el espolvorear del *confetti* ponía colorines nuevos, y eran como mi anuncio, mi corte, mi sombra y mi estela. He llegado con una pirueta en mis pies ágiles y una burla en mis ojos risueños.

Cerca de mí llega también el fantasmal cortejo de todos los años, mis compañeros de farsa: Pierrot, el pobre, y Colombina, la coqueta... Fantasmal cortejo, sí... Fantasmal, porque sólo espectros somos ya nosotros. Sombras de una leyenda dorada y distante, fantasmas de una remota belleza extinguida...

Yo, el Arlequín aventurero, medio poeta y medio pícaro, vivo sólo de mi aureola. Mi aureola, cimentada sobre bases de aventura y de galantería... ¡Mis días de Roma, de Venecia y de Nápoles! Mientras el pobre Pierrot cantaba inútilmente á la luna para consolarse de su amor infortunado, Colombina desfallecía de temblorosa ilusión entre mis brazos. Me reí de Polichinela en sus propias jorobas. Conocí el sabor de cien bocas femeninas, y mis labios supieron fingir la

emoción precisa en cada mentira de amor. Tras la seda del antifaz, en mis ojos encendía el diablo sus luces de tentación. Como don Juan, yo dejaba á mi paso una estela de escándalos y de amoríos. Pero sin lágrimas, sin muertes, sin dolores. La aventura nunca adquiría en mí derivaciones dramáticas. Su cortejo era sólo de risas y de madrigales...

Pero todo esto es ya únicamente mi aureola. En el Carnaval de hoy—¡aquellas jornadas de Roma, de Venecia y de Nápoles!—todo es vulgar, plebeyo y sucio. No cabe la más leve ilusión de aventura. En las actuales fiestas—pobres

fiestas que son tedio del alma y tristeza de la carne—mi figura saltarina es un anacronismo. Haría el mismo efecto que un viejo mueble señorial en una estancia de cretonas claras. Pasado, pasado, irremediablemente pasado...

En este Carnaval de hoy, nuestras figuras—la de Colombina, la de Pierrot, la mía—son notas agrias, discordantes, extrañas. En nuestra comedieta había un poco de poesía y un poco de aventura, aventura y poesía que hoy cayeron tronchadas por vientos de plebeyo materialismo. Por eso nuestro paso es puramente fantas-

mal: paso silencioso y melancólico de espectros. Nos han desterrado de la realidad, y vivimos sólo en ese otro mundo imaginado del arte. Vivimos en el recuerdo literario y en la estampa frívola. A ellos—la crónica, el cuento, el dibujo—nos asomamos todos los años con nuestros anacrónicos trajes de colorines. Y cuando el Carnaval—inexorablemente desaparecido—sea ya sólo un recuerdo, nosotros continuaremos teniendo una vida irreal y legendaria en los retablos del arte.

GABRIEL ARACELI

(Dibujo de Escribá)

LOS DÓLMENES DE ANTEQUERA



DON ANTONIO VIERA
Uno de los descubridores
de los dólmenes antequeranos

No vamos á ocuparnos detalladamente en estas cuartillas de la famosa Cueva de Menga, situada á poca distancia de Antequera, pues plumas de gran valía en materia arqueológica han sabido hacerlo, y demuestran la importancia de este monumento, estimándolo como templo druida, obra pelágica, enterramiento céltico ó construcción aryoibérica.

Sólo diremos de pasada, para los que no lo conozcan, que es un dolmen, según erudito historiador, encerrando un *tumulus* semiesférico. Lo forman treinta y una piedras, distribuidas veinte en los muros, una en la pared del fondo, cinco en la cubierta, dos en la entrada y tres en los pilares, que forman dos naves. Es una altura de tres metros cuarenta y cinco centímetros; su longitud cubierta de diez y seis metros cincuenta centímetros, y la descubierta de seis metros setenta y cinco centímetros. Su latitud varía, por ser más amplia en el centro.

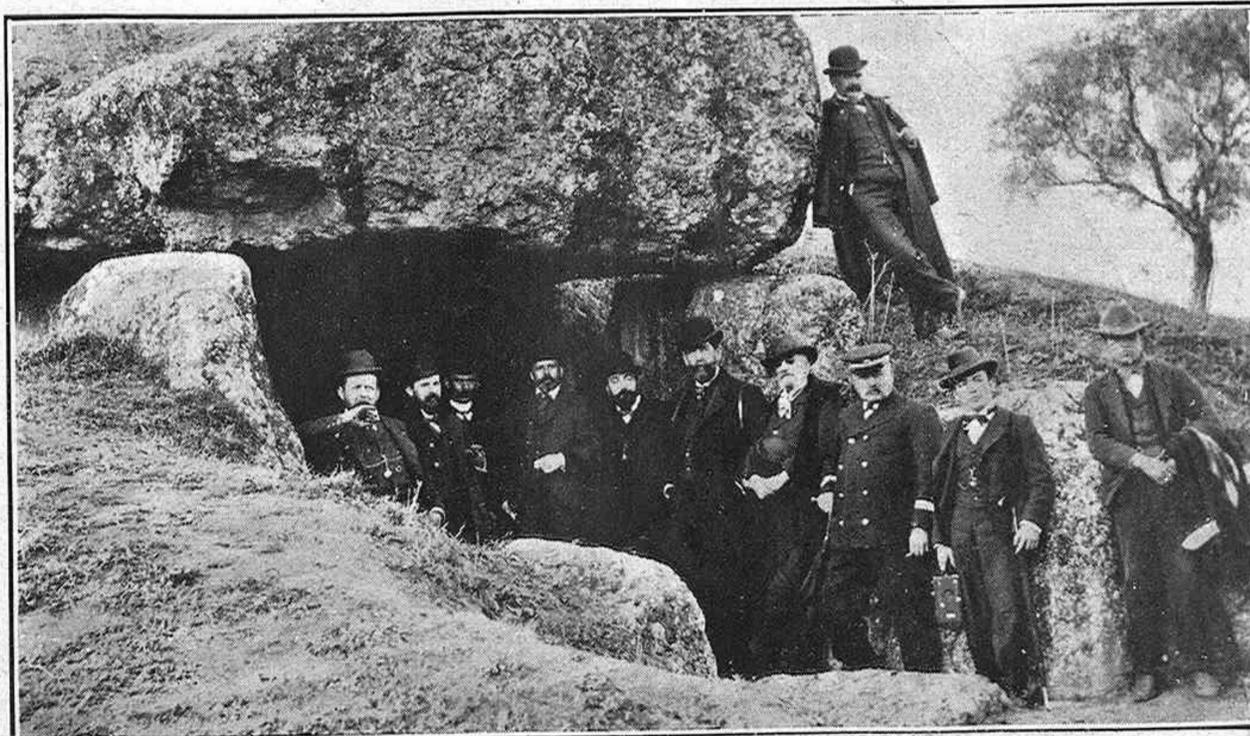
Bajo los muros no hay vestigios de cimientos. Las piedras se mantienen á plomo por efecto de su propia gravedad y por la presión que ejercen las del techo. Los pilares apenas si penetran en el suelo, y uno de ellos no llega á tocar la enorme piedra del techo.

Mas es nuestro pensamiento hoy ocuparnos de los últimos descubrimientos y, sobre todo, del olvido en que estos tesoros arqueológicos yacen, y no, por cierto, por culpa del Ayuntamiento de Antequera ni de la Comisión Provincial de Monumentos.

Nos referimos á las otras cuevas descubiertas no lejos de la famosa de Menga, y que también afectan una importancia trascendental para el estudio del período prehistórico.

Estos descubrimientos se realizaron en los meses de verano de 1903. Dos hermanos, inteligentes obreros, llamados Antonio y José Viera, conservador éste de la citada cueva de Menga, se enteraron de que á juicio de personas de gran cultura era fácil que en señalados montículos existiesen otras cuevas parecidas á la primitiva tan admirada.

Sugestionados por esta idea, con excelente intuición, aventurando ahorros, los dos hermanos comenzaron á ir separando tierra y profundizando poco á poco. Dividieron el cerro objeto del primer trabajo por una zanja que tardaron más de un mes en abrir, y que llegó á alcanzar una profundidad aproximada de veinte metros. Se creían defraudados en sus esperanzas y proyectaban suspender las excavaciones,



El inolvidable autor dramático Vital Aza y otros escritores visitando la cueva de Menga (Antequera)

cuando notaron restos de vieja argamasa y vinieron á sus manos piedras pulimentadas. Nuevos ánimos los llevaron á seguir el trabajo, y á los pocos días dieron con una ancha cúpula de piedra, que perforaron por el centro. Penetraron por aquel hueco, descubriendo una cavidad capaz de contener una docena de personas. Tantearon las paredes, y como sonasen á hueco, se esforzaron en abrir un nuevo agujero que los llevó á una galería. Desde luego estimaron que se trataba de otro dolmen más pequeño que el de Menga y probablemente menos antiguo. No les fué difícil encontrar la entrada.

En el interior hallaron trozos de cerámica, labrada con argamasa muy oscura, casi negra, hecha á mano, algunos huesos al parecer humanos, y otros indiscutiblemente de animales, pedazos de pedernal y piedras pulimentadas. Algunos de estos hallazgos pertenecen hoy al Museo de la Academia de Declamación y Buenas Letras.

Satisfechos quedaron los Vieras de este descubrimiento; pero, hombres, incansables, no desistieron de nuevos esfuerzos, horadando otro montículo cercano, donde presto apareció otro dolmen distinto en su forma, pero

más ó menos relacionadas con los pueblos del Asia Menor, ó al menos recibieron sus tradiciones en la emigración de los fenicios, de los lirios y de los karios.

Manifestó á cuantos le acompañaban, según se hizo público en la Prensa, que se trataba de dos notabilísimas cámaras sepulcrales, tan importantes como las más célebres de la Grecia, y agregó que una de ellas tenía semejanza con los monumentos conocidos por los *Tesoros de Atridas*. Unicamente en la isla de Gozzo y en Micenas se conservan monumentos tan suntuosos como los encontrados en Antequera, y que podía afirmar que en toda la Europa occidental no los había tan dignos de ser conocidos ni que más interés inspirasen.

Visitó también por entonces estas cuevas el señor Amador de los Ríos (D. Rodrigo) y algunos otros académicos de la Historia, escribiendo el primero un detallado trabajo para su obra, aún no publicada, sobre los objetos arqueológicos y artísticos de la provincia.

Justo es ahora expresar nuestra extrañeza por que hasta la fecha ni la Cueva de Menga ni las otras dos conocidas como por las de Viera y la otra por la del Romeral, hayan sido declaradas Monumentos Nacionales.

Después del erudito trabajo que dió á la publicidad el arquitecto Sr. Velázquez de las comunicaciones mediadas entre el Municipio antequerano y las autoridades académicas y de la solicitud de la Comisión Provincial de Monumentos, es raro ese olvido.

Si estas líneas llegan á ser leídas por el activo ministro de Instrucción y por el celoso director general de Bellas Artes, señor conde de las Infantas, es de esperar que se tramite nuevo expediente y no se retarde la declaración de Monumento Nacional.

Bueno es también consignar que la opinión del Sr. Velázquez fué la de no ser difícil descubrir en aquellos lugares, bajo los montículos que aparecen diseminados, algunas otras cámaras sepulcrales.

¿Por qué no se acuerdan esas excavaciones, que poco dinero habrían de costar?

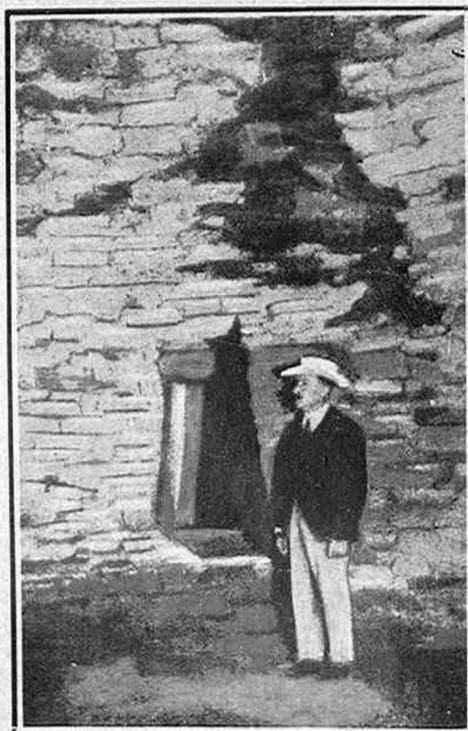
NARCISO DIAZ DE ESCOVAR



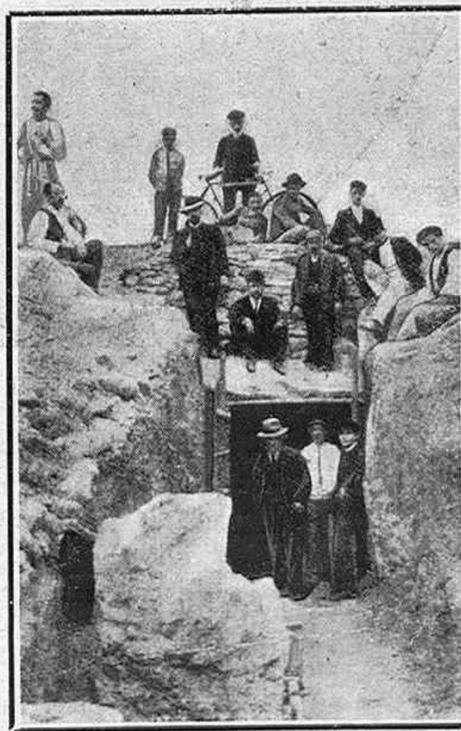
DON JOSÉ VIERA
Que con su hermano descubrió las cuevas prehistóricas de Antequera

no menos interesante.

Las gestiones hechas en Madrid lograron que el erudito académico de la Historia y notable arquitecto don Ricardo Velázquez, por indicación del Gobierno, visitase las excavaciones, y opinó que la construcción de esos monumentos, como el de la Cueva de Menga, se debió á tribus que estuvieron



Interior de la cueva de Viera



Entrada á la cueva de Viera

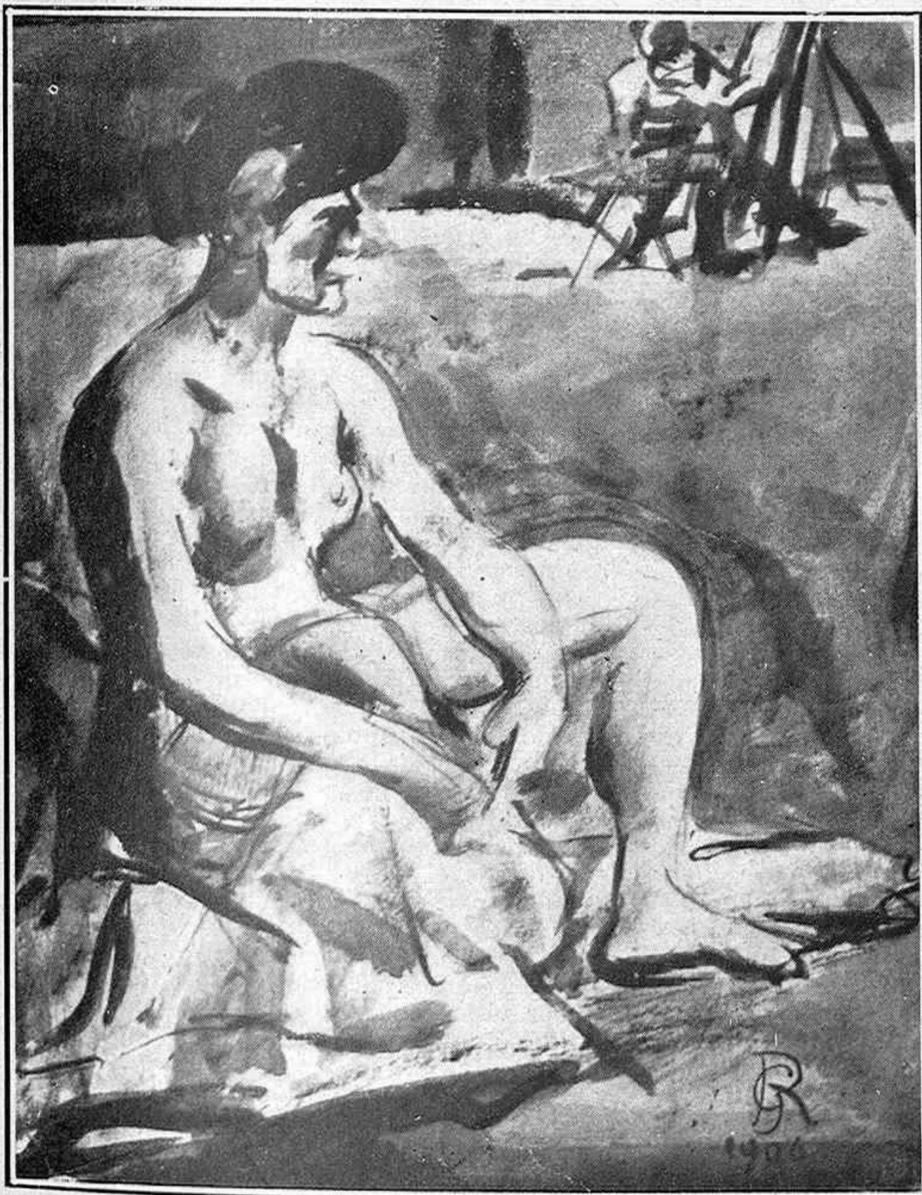
SENSACIONES DE ARTE

ROUAULT, MÍSTICO FERROZ

UN pintor nacido en una cueva parisiense durante los acontecimientos de la Commune, el año 1871, no podía ser más que un pintor de horrores. Así es Georges Rouault, este maestro sin discípulos de la actual juventud artística y rebelde. Sus rojos vinosos, su azules metálicos, sus verdes putrefactos destilan un veneno de indignación que sobrecoge; sus crudelísimos desnudos—mujeres maltratadas por la crápula—, sus payasos lúgubres—¡oh, la tristeza de los circos de feria!—, sus jueces en caricatura—, ¡recordáis aquellos otros jueces de Daumier?—, constituyen un museo social, donde no se perdona á nadie, donde no se respeta nada. Y, negándose á las concesiones todas, fustigando todas las terrenas debilidades, después de escarnecerle todos los necios insensibles, ha triunfado al cabo.

No cabría, sin embargo, presumir por sus comienzos el gran arte azotador en que hubo de cuajarse su manera. Rouault, alumno predilecto de Gustave Moreau, pintaba asuntos sacros entonces, y aun cuando no se dignen admitirlo los entusiastas ciegos, sus primeros cuadros se asemejan mucho á los del exquisito acuarelista. Murió Gustave Moreau, y su alumno adquirió en seguida personalidad, una personalidad distinta á la vez que inesperada: dejándose de preciosismos, su pincel supo embeber las hieles de la vida, fea y triste, de modo que acabó por describir cosas muy tristes y muy feas; pero, ¡cómo las interpreta, con qué profunda fuerza de expresión angustiada!... Los antiguos santos se convirtieron en abortos de nuestra época y sus rostros extáticos en bestiales facies; el artista da un brinco desde el cielo al infierno.

A pesar de ello, Rouault no ha renegado de las pristinas enseñanzas recibidas, y venera siempre al incomprendido y un tanto incomprensible taunaturgo de Helenas y de Salomés, en cuyo museo desempeña á maravilla las funciones de conservador. Tampoco ha renegado de sus principios ideológicos; la sorprendente voltereta de su arte resulta más evolutiva de lo que parece, y no contraviene su temperamento. El jovencuelo que desarrollara un día plácidos motivos religiosos sigue manifestándose místico al desarrollar convulsos motivos profanos, aunque hoy se identifica con Savonarola y ayer con Francisco de Asís... Apenas se concibe, no obstante, por qué medios un solo individuo, sin cesar de mantenerse el propio



«La modelo»



«Clown»

individuo, ha conseguido trasponer la sima que separa cumbres tan opuestas.

Es la extraña ferocidad de su misticismo, no el misticismo en sí, lo que empezó á conmover el entendimiento de la crítica y conmueve ahora al público. Dice Salmon, tras de consignar con qué dureza flagela á los abogados embusteros y á los defensores de causas injustas: «Le complace reproducir sobre porcelana sus composiciones, á fin de que los malos pierdan el apetito según disciernen hacia el fondo de sus platos, igual que devueltos por un espejo, sus semblantes monstruosos...» Y el violento Coquiote observa: «Si Rouault retrata á una mujer, lo hace para escabecharla bajo vinagres y diversos ácidos, para afilarla cual un huso ó inflarla cual una vejiga.» Por su parte, define Michel Puy: «Los objetos, los personajes, los paisajes que ha visto se le adhieren á la memoria, concentrándose, sublimándose luego la impresión dejada, y de ella se sirve para crear un universo que le pertenece, locamente imaginario, apasionado, subrayado, grotesco, adonde, dentro de una atmósfera trágica, afluyen, alucinantes é irreales, elementos cogidos á la realidad.» ¿No traslucen tamañas concepciones un numen de monje, un genio animador de pesadillas análogas á las que exhiben infinitos capiteles de iglesia?...

Diversos pensamientos espigados de escritos suyos nos revelan el mismo sentido litúrgico de su alma. He aquí dos: «La grandeza humana es la negación de lo que, por lo general, los hombres conceptúan grande y admirable.» «Transcurre una existencia descifrando, con método imperfecto, á la par que con espíritu de humildad y de amor, la Humanidad y la Naturaleza.» ¿Kempis, San Agustín?... No, Rouault, autor de obras espantables por su aspecto diabólico.

El caso único de tales lienzos, que castigan y maldicen en nombre de los bíblicos dogmas, nos induce á imaginar un Georges Rouault despiadado por paradójica piedad entre las impiedades del tiempo presente, como un inquisidor, como un fanático verdugo...

GERMÁN GOMEZ DE LA MATA

EL HOMBRE QUE CARGO CON EL DIABLO

(LA LEYENDA DEL «FORATO DE MANATUERO»)

ESTE *Forato de Manatuero*, la famosa cueva de Buerba, aldea de Fanlo, lugar altoaragonés, tiene, como todas las de esta comarca, su leyenda.

Tal vez haya dicho mal al afirmarle una sola; por lo común, todas las cuevas y todas las ruinas de castillos de este alto Aragón tienen más, porque en una sola no cabrían todas las ocurrencias que la imaginación popular les atribuye.

Pues, señor, cuéntase que se era un campesino, entreverado de labrador, carpintero y aspirante á ganadero, á quien por mal nombre llamaban sus convecinos, y cuantos le conocían personalmente ó de oídas, *el Garlopo*. Renegador sempiterno, mala lengua como un escorpión, tozudo y aficionado á cazar zorras, que es como por aquella tierra llaman á las borracheras—que le gustaban de anís, por más señas, y para que fuesen más impo- nentes—, y tozudo como una mula, por lo demás era un sujeto muy apreciable.

Con toda su tozudez habíase opuesto á la boda de su hijo con una moza, la de mejores prendas de la comarca, partido ventajoso que la sensatez de su hijo, mozo de valía cumplida, se había buscado, con el asentimiento de todos los hombres de más seso, y aun de todas las mujeres que la conocían y la estimaban.

Y todo por la tozudez de su amor propio: se había emperrado en no pagar una deuda que, aunque legítima, se le había indigestado y no había manera de tratar del casorio sin antes liquidar la cuenta. Cuenta, además, de una insignificancia irrisoria.

En vano los casamenteros más experimentados le abordaron para convencerle de la conveniencia moral y material de aquella boda. Con cuatro maldiciones horribles sacudíase los importunos y se quedaba tan fresco, aunque en una ocasión la maldición fué contra sí mismo, y de este calibre:

—Si yo pago esa cuenta y consiento en esa boda, ¡permítame Dios que cargue con el diablo!...

Claro está que al proferirla lo hizo con la intención de poner un puntal de miedo á la fortaleza de su terquedad, que empezaba á resquebrajarse, atacada á diario por los extraños y por su esposa, carácter tan terco como el suyo—oveja digna de tal pareja—, á la cual le parecía de perlas la nuera propuesta por su hijo.

Pero no le valieron altiveces ni terquedades. Pudieron más las astucias de su costilla, aliada con otros ingenios lugareños.

De pronto, en vez de los disgustos que á diario tenía que tragar, vió trocarse su hogar en una deliciosa mansión, donde toda complacencia para él parecía poca.

—¡Lo mesmo que si me las mereciera!— pensaba él, sorprendido del agradable cambio operado en su hogar.

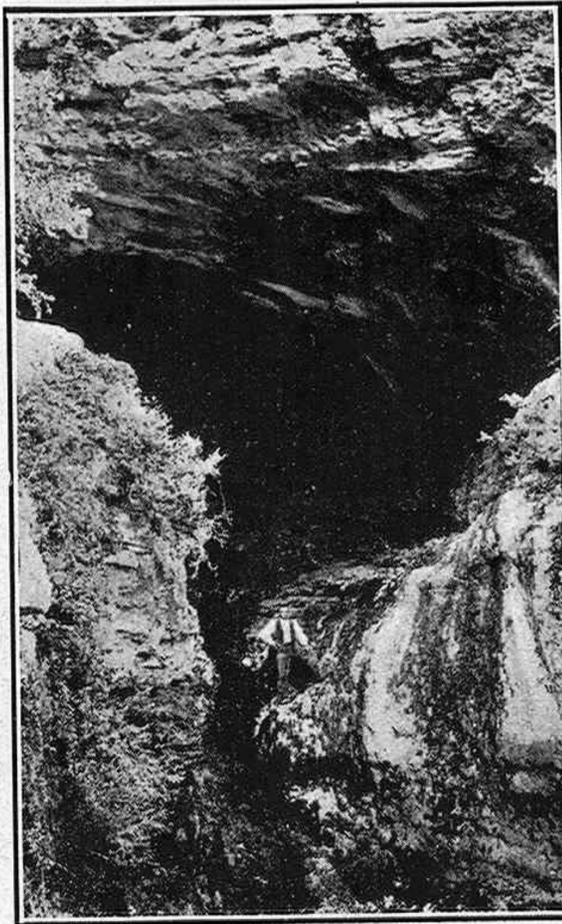
Y cada vez más asombrado, veíase y dejábase regalar con las mejores pizcas de la cocina y los mejores vinos y, lo que le llenaba de estupor, con los anisetes de las mejores marcas comarcales y «de fuera», como decía él tartamudeando y cayéndose de sueño, después de repetidas y copiosas libaciones, debatiéndose las últimas luces de su razón con los vapores del alcohol; estado psicopatológico en el cual dábase por ser todo lo contrario de como lúcido era su carácter: bienhablado, condescendiente, amable, desviviéndose por complacer á todo el mundo y, sobre todo, á su esposa, que le había soportado—decía él—tantas genialidades y el desfogue de sus malhumores.

Todos los conjurados contra su tozudez aprovecharon aquella ebria y feliz disposición un día para llevarlo á casa del notario á firmar las capitulaciones, y, naturalmente, la base de ellas el reconocimiento de la deu-

da indigesta, y otro, para llevarlo á la abadía, á dar ante Mosén, el cura, el paso indispensable para la celebración de la boda por él rechazada en su cabal juicio.

Y cada vez más asombrado de que se le regalase con el mejor anís, acostumbrado como estaba antes á que se lo escondiesen para impedirle embriagarse, se pasó la mejor y más grata temporada de su vida.

Pero, ¡Cristo!, así que pasó la boda y se concluyeron las condescendencias familiares, y limpio de alcohol, que se le negaba implacablemente, se vió en casa la «joven»—como se llama allí á la nuera—, que tan obstinadamente había rehusado, había que oírle. Su venganza consistió en embriagarse fue-



El «Forato de Manatuero» (Cueva de Buerba), en el Alto Aragón

ra de su casa en cuanto salía la ocasión, poco frecuente, porque los convecinos, interesados por la tranquilidad de su familia, merecedora de todas las consideraciones, se negaban á facilitarle ni vino aguado siquiera, ni aun cuando pedía:

—¿Un trago tan siquiera de vinada no tendréis?...

Si quiso regalarse con anís, hubo de darse á asistir á las fiestas de lugares próximos, en donde precisamente por lo gracioso que resultaba el cambio brusco de su carácter de erizo en dulzura angelical, toda bondades, divertíanse sus amigos en dárselo hasta llenarle el cuerpo de modo que le rebasase.

Con una «poderosa» de las suyas volvía de una fiesta, en una noche oscura, cuando se perdió, dando traspiés, y fué á pasar por el famoso «Forato de Manatuero», la enorme y tenebrosa cueva. A la misma boca halló una hermosa cabra de dulce y manso aspecto y de pelo muy lucido, prometedor de una buena carne, y, desde luego, una buena hembra para cría, una «craba» de esas que largan tres «crabitos» en cada alumbramiento.

No pudo resistir á la tentación de apropiársela, y se la cargó al cuello. Y anda que andarás como puedas, unas veces á gatas y otras rodando con su carga, se encaminó á su pueblo. Pero la carga se hacía cada vez más pesada. Al pronto atribuyó aquella pe-

sadez á la debilidad producida en su organismo por el exceso de alcohol, pues empezaba á recobrar la lucidez y el mal carácter, naturalmente, y, naturalmente también, volvía á renegar y á blasfemar más espantosamente por momentos. Y á cada reniego suyo parecía como si la cabra aumentase de peso una arroba.

—¡Rediez!—exclamaba airado, cada vez más de mal talante, dirigiéndose á la cabra sin mirarla—¡Ni que te cebases en mis costillas aumentarías más de peso! ¡Así te cebases en mis pelos!—gruñó, limpiándose los chorros de sudor.

Aun no había acabado de proferir esta maldición, soltó un ¡ay! seguido de un taco rabioso, al sentir que la cabra se le llevaba de un bocado un mechón de sus escasos cabellos, á pesar de llevarlos cubiertos por el pañuelo anudado á la cabeza, al estilo del país.

—¡Recrista!—rugió, volviendo la cabeza hacia arriba, para mirar la cabra, que llevaba sobre los hombros—¡Qué modo de olfatear es ese?—Mas, al fijarse en la traza que iba tomando la bestia, añadió, sorprendido: —Pues, ¿no y que se le pone cara de presona á este animal?

Pero socarrón, y más por miedo de hallarse con una visión fantástica horripilante, que por verdadera socarronería ni descreimiento de lo sobrenatural, pues habría dejado antes de ser montañés, lo que equivale á supersticioso, añadió, para quitarse el pavor, que empezaba á dominarle:

—¡Bah! ¡No volveré á beber anís en todos los días de mi vida si estas cosas hi de ver!...

Pero lo que había de ver era peor. No precisamente de persona era la cara que se le iba poniendo al animal. Otro mordisco en los pelos hizole al *Garlopo* volver la cabeza hacia arriba, y ver que á su carga se le alargaba la faz, le crecían los cuernos, echaba lumbré por los ojos y le hacía unas muecas como para dejarlo tieso del susto. Y tieso iba á quedarse cuando el monstruo que llevaba áuestas le gritó con voz cavernosa:

—No te pares, que tengo prisa de llegar á tu pueblo. Me urge llevarme al *Garlopo*.

—¡Válgame Cristo!—exclamó espantado el aludido.

Pero rehaciéndose en seguida y dejándose llevar de su mal carácter, que recobraba conforme se desvanecía su embriaguez, añadió, soltando su carga y gritando como un energúmeno:

—Desde ahora s'han acabau las fatezas. ¡No t'aguanto ni una más! Y eso de que vienes por *el Garlopo* te lo vas á pensar y te se va á quedar en pienso... Pues no hay más que decir voy por un cristiano, si él no quiere dejarse llevar...

No pudo acabar, porque el monstruo la emprendió á cornadas con él hasta hacerle rodar. Y era verdaderamente tragicómica la escena: el diablo, empujándole á cornada limpia, y *el Garlopo*, furioso de verse así zarandeado y firme en su tozudez, gritando siempre:

—¡Pues no te llevarás al *Garlopo*! Y no te lo llevarás...

Y así llegaron hasta la entrada de su lugar, donde el diablo desapareció.

Cuentan que desde aquel día *el Garlopo* no volvió á beber anís, ni aun más vino que el indispensable para su sustento. Y que mucha gente cree que todo lo referido no pasó de ser visión fantástica de embriaguez.

Pero también que el cura del lugar afirmaba que podía haber sido suceso verídico y real. Y que cuando al Mosén le argüían que cómo el diablo no se había llevado al *Garlopo*, contestaba muy convencido:

—El diablo no puede llevarse á un cristiano que no quiera dejarse llevar por él... Y tenía razón.

ENRIQUE GONZALEZ FIOLE

Indiscreciones

JULIO Castro, «Castrito, el del Cómico», se lo debe todo á D. Enrique Chicote. A la paciencia, al tesón del ilustre catedrático de Declamación, debe el popularísimo Castro ser hoy un gran cómico.

—Yo era cajista de imprenta—nos dice el estupendo Pocholo de *Chárleston*—la comedia del año, con sus doscientas cincuenta representaciones—; cajista de imprenta, como el Julián de *La Verbena*... Trabajaba en los talleres de *La Epoca*, que dirigía D. Eduardo Gómez de Baquero. Mi padre había sido actor, y yo tenía una afición *colosal* al teatro, siendo uno de los más *formidables* admiradores de Loreto, esa cómica tan grande, y de D. Enrique Chicote. Al fin, pudo más mi afición que mi timidez, y *me atreví* á pedirle al crítico de *La Epoca*, el señor Fernández Villegas (*Zeda*), una recomendación para D. Enrique, quien me admitió como *crista*, trabajando en el teatro Romea, hace veintiocho años. Yo era muy torpe, y además muy miedoso, y sufrí mucho; pero gracias á la paciencia de D. Enrique unas veces; á sus gritos y reproches otras y al ejemplo de afición y entusiasmo que siempre daba Loreto, la grande; gracias á ellos dos, créame usted, he llegado á ser cómico.

—Y á su afición y á «lo que llevaba usted dentro»—interrumpimos.

—Sí; pero tan *adentro* lo llevaba que no se veía por ninguna parte. Si en vez de dar con Chicote tropiezo con otro director, á estas horas sigo de cajista de imprenta.

Arturo La Riva es un actor que tiene mucho de *mascoto*, por los grandes éxitos que durante sus actuaciones le han tocado en suerte á muchos teatros y Compañías de *tournée*. En Madrid—su cuna—, el inteligente intérprete de Marcos Zapata en *La muerte del ruiñeñor*, acudió al teatro Español, quizá por primera vez en su vida, siendo muy niño. Desde el aspecto de la sala, la vista de la embocadura, arca secreta de regocijos posteriores, todos los detalles externos y accesorios del teatro le cautivaron. Luego la aparición de la escena le deslumbró, y ya sus sueños de chico se redujeron á un deseo fuerte, casi violento, de ser cómico.

Muy pocas semanas habían pasado cuando logró entrar á formar parte de una Sociedad de aficionados que organizaba en Madrid, con cierta periodicidad, veladas teatrales. Y, por fin, un día, acaso sin haber cumplido los diez años, vió realizado su primer anhelo: salir á un escenario delante de un público. Fué en una función celebrada en el teatro Martín de la Villa y Corte, en que se representaba el drama de Rodríguez Rubí *Isabel la Católica*, en que le fué repartido á La Riva el «Paje Pimentel».

La fortuna de esta primera salida y los éxitos de aficionado le animaron á



Julio Castro, «Castrito», á la izquierda (en la fotografía) de su

director y maestro Enrique Chicote, en una escena de «Chárleston»



ARTURO LA RIVA



JULITA LAJOS

¿Por qué se dedicó usted al teatro?

ser cómico de por vida, y á tal objeto dió principio á la tarea de convencer á su madre para que no pusiese obstáculos á su deseo. La madre accedió; pero hasta los diez y siete años no logró Arturo La Riva ser contratado en serio.

Lo llevó á su Compañía el viejo actor Jáuregui «de» galán joven, y debutó en el Rojas, de Toledo, con gran suerte y con honra, pues su *début* se verificó en *terribles* circunstancias que relataremos en otro lugar...

INTERMEDIO

¿Por qué los actores—y, sobre todo, las lindas actrices—se alarman al hacerles con la mejor buena fe y la mayor seriedad del mundo la pregunta: «¿Por qué se dedicó usted al teatro?»... Casi todos ellos nos miran con recelo; muchos arrugan la frente con fruncimiento del entrecejo, y unos se excusan, mientras los más, entonándose un poquito, murmuran:

—Verá usted...

Y lo primero que nos dicen es que les animó una gran vocación. Pero ni al lector ni á nosotros importa gran cosa la vocación del artista teatral, pues sucede con ella como con el valor del soldado: que se le supone.

Tal recelo les causa nuestra interrogación, que hemos pensado—en interés de los lectores—si sería más conveniente hacer esta sección con plena autonomía imaginativa, como otras parecidas que salieron de nuestra pluma: «Cómo escriben nuestros literatos». «La pluma de los periodistas». «Cómo estudian nuestros cómicos». «La mujer ante el espejo», etc., etc.

Esperaremos aún, confiados por la declaración sincera que nos hace *Julia Lajos*, para quien el teatro constituyó ante todo un recurso económico.

—Entonces—viene á decir refiriéndose á sus primeras andanzas escénicas—la mujer no tenía los medios de ganarse el pan, que hoy, afortunadamente, posee. No había taquí-mecas, ni contables, dependientas, señoritas en Correos, Telégrafos, Hacienda y otras oficinas del Estado. No se le ofrecía el horizonte de independencia y dignidad de nuestros tiempos de ahora; y como la bella señorita Lajos tenía que ganar su pan y el de los suyos..., se hizo cómica.

Agradecemos á Julia, admirable actriz, su oportuna, franca y noble contestación.

Con *Santiago Artigas* nos enfadamos, decididamente, por intento de burla.

Después de una mirada casi retadora, nos ha dicho:

—Me he dedicado al teatro por vocación... y por llevarle la contraria á un tío que me ha salido en Almagro.

Eso dice Santiago Artigas. Pero nosotros sabemos que en su decisión influyeron mucho los bellos ojos de su esposa, Josefina Díaz, la actriz de moda.

EDUARDO M. DEL PORTILLO

LAS GESTAS DE ESPAÑA EN AFRICA

El teniente coronel Varela y sus Regulares de Ceuta



El teniente coronel Varela, jefe del grupo de Regulares de Ceuta, con su escolta y los moritos que asisten a la escuela de árabe-español

EN la gesta gloriosa de los ejércitos de España en Africa, el Tercio y los Regulares han sido siempre, en las avanzadas de las columnas, el valor denodado, el arrojo continuo, el riego generoso de sangre sobre los suelos hostiles. Aún viven en la memoria de todos, aquellos días azarosos que siguieron a 1921, en las primeras jornadas de la Reconquista, cuando los Regulares y los Legionarios dieron con su heroísmo las primeras notas de reconfortadora esperanza.

En homenaje a las admirables tropas indígenas, queremos recoger hoy en esta información algunas noticias referentes al grupo de Regulares de Ceuta número 3 mandado hoy por el ilustre teniente coronel D. José Varela Iglesias,

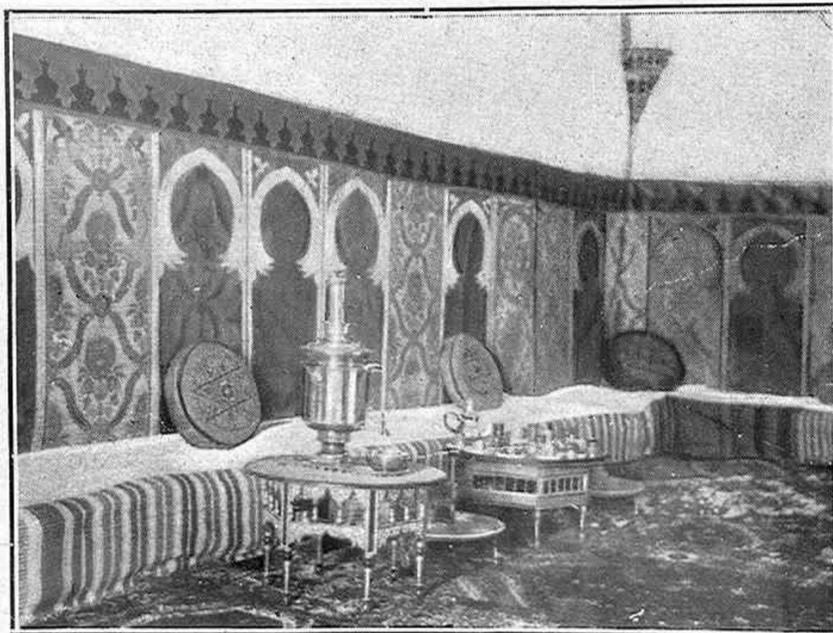


El teniente coronel Varela despachando los asuntos del grupo. A los extremos, el comandante Lagarde y el Fakir

tan heroicamente destacado antes en el mando de las jarkas.

Este grupo de Regulares se fundó en 1914. Su primer jefe fue el entonces teniente coronel don José Sanjurjo, hoy Alto Comisario de España en Africa. Tuvieron estas tropas su bautizo de sangre aquel mismo año, en el mes de Junio, en el combate del Bintz, donde tomó parte con todos los tabores aquel eminente militar. Sucedió en el mando a Sanjurjo los tenientes coroneles Canis, González Tablas, Ayuso, Alvarez Arenas, y ahora Varela.

Las iniciativas y las obras de este nuevo jefe, que manda el grupo desde Marzo de 1926, han sido, en favor de sus Regulares, numerosas y acertadísimas. A él se debe la edificación del almacén y del



Cuarto moro, propiedad del grupo



Los Regulares de Varela tomando el rancho

depósito de armamento, la adquisición de un gran autobús para los oficiales, la creación del gabinete fotográfico, la redacción del historial del grupo, la reorganización del depósito de víveres, las reformas en el cuartel y otras muchas y valiosas iniciativas.

Los Regulares quieren á su jefe con verdadera idolatría. Ha sido herido cuatro veces, y este ejemplo de heroísmo tiene los más generosos ecos en el valor decidido de sus oficiales y de sus soldados. Los Regulares de Ceuta, desde que están bajo el mando de Varela, han librado veintisiete combates en los territorios de Alhucemas, Larache y Xauen. Varela tiene ya dos laureadas, y con su valor y su inteligencia corre parejas su bondad, que le lleva á tender generosamente su mano á cuantos necesitados se acercan á él. Sus aficiones predilectas son el montar á caballo la lectura y el conocer las típicas costumbres árabes. Su escolta la forman diez negros que le siguen desde que estuvo en la jarka. Su ayudante, su «mano derecha», es el capitán Morandeira. Los encargados del reclutamiento de indígenas son el capitán D. Manuel Carrasco Verde, inteligente auxiliar del teniente coronel, y el suboficial, muy antiguo en el grupo, D. Guillermo Raga, que conoce perfectamente el árabe, y es muy querido por las familias indígenas.

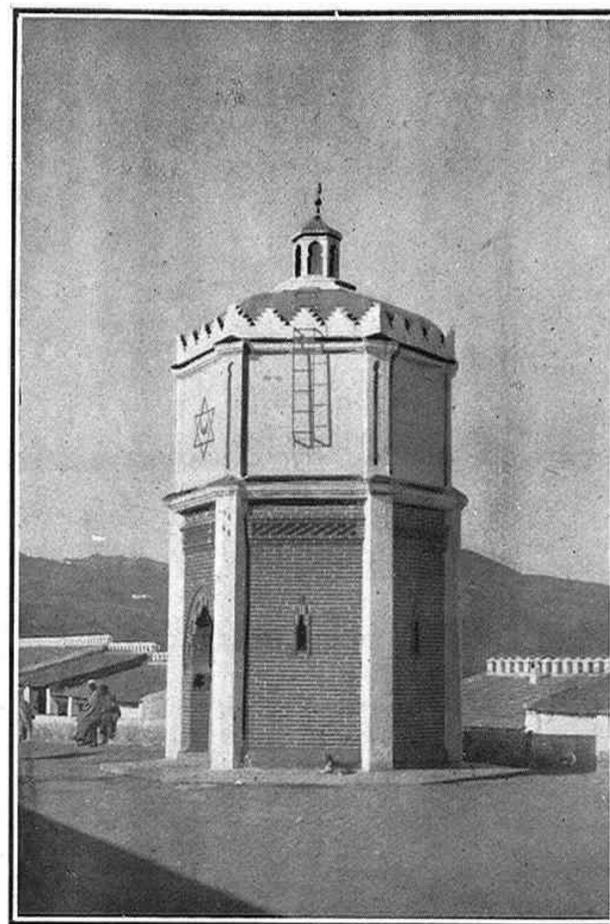
Desde la fundación del grupo, en el año 1914, hasta hoy, el número de bajas en los Regulares de Ceuta es el siguiente:

Oficiales: muertos, 85; heridos, 170. Total, 255.

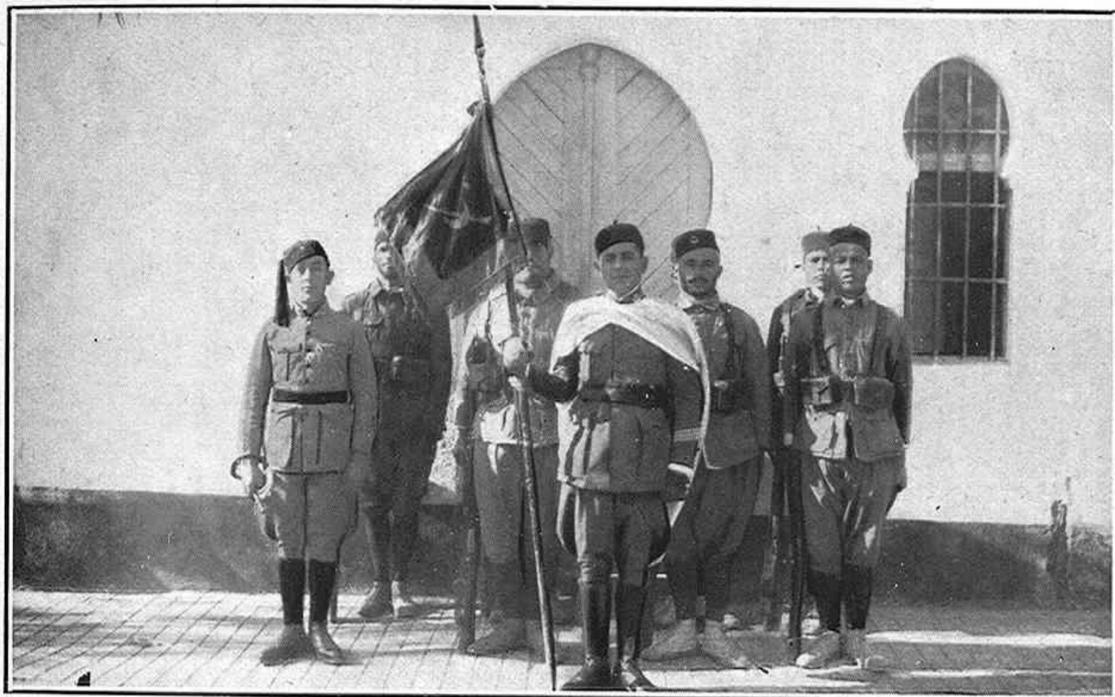
Tropa: muertos, 879; heridos, 3.105. Total, 3.984.

Estas cifras son el mejor homenaje de respeto y admiración hacia este grupo de soldados heroicos que hoy guía con su gran inteligencia el teniente coronel Varela.

Otro dato que confirma este heroísmo de las tropas de Varela, es el detalle de los ofi-



Magnífico depósito para el agua, existente en el Cuartel de Jadú

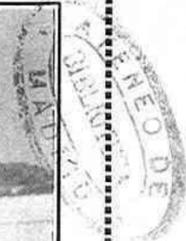


El «guión» de mando donado al grupo por el Duque del Infantado

ciales gloriosamente heridos en campaña. Ya dijimos que Varela lo había sido cuatro veces. Han sido heridos también los comandantes Pereda y Utrilla; los capitanes Sánchez Fiol, que, gravemente herido en el pecho, no consintió ser retirado de la línea de fuego; Esponera Valero, herido en la jarka Varela, que al enterarse que su jefe mandaba á los Regulares, solicitó ser destinado á este grupo; D. Venancio Tutor Gil, don Julián García Menéndez, D. Rafael Tejero Saurina y otros... También fueron heridos los tenientes Moreno Torres, hijo de los duques de Santa Marta; Martínez Conde y otros muchos.



Dos moritas haciendo acopio de agua en la plazuela central del barrio moro



UNA PÁGINA MÍSTICA EN CARNAVAL

La conversión de «La Caramba»

ENTRE las muchas y curiosísimas estampas que ilustran la interesante «Exposición del Madrid antiguo», hay una sencillísima y tosca, que pasa casi inadvertida para el curioso visitante que recorre aquellos amplios salones sin emoción ni interés por cuanto es huella de la vieja vida matritense. Es un grabado que representa á una beata triste y casi haraposa.

Tal imagen no es hija de la fantasía de un artista mediocre, poco hábil en su menester, sino traslado real de una persona que brilló en el siglo con los encantos de la belleza y la maestría de su arte escénico, que congregó devotos en su torno y galanes que la rindieran pleitesía.

Fué aquella famosa comedianta llamada María Antonia Fernández, y por donoso remoquete (como entonces solía ser uso entre la gente farandulera), *La Caramba*.

Era natural de Motril, en donde nació en 1751, y desde que llegó á Madrid, por los años de 1776, fué el deleitoso anzuelo con que el Enemigo pescó almas para, luego de bien rebozadas en el pecado, zambullirlas en las hirvientes calderas de maese Pedro Botero.

Su bizarra persona y exquisito arte para representar sainetes y cantar tonadillas picarescas, trájole siempre á la zaga cuantos aficionados



á la «carne de falda» eran en la Corte espanto y suplicio de buenas mozas.

Porque fuera María Antoñuela más codiciada de los amigos de la fruta ajena y prohibida, dióle el diablo un maridillo de poca monta, á uso de *vaudeville* francés, apellidado Saumique, con el cual emparejóse en secreto por aquella tara que á la sazón tenían los comediantes para ingresar en el seno de las familias que no tenían nada que ver con el Teatro.

Como era de esperar, dado el carácter desenvuelto y desaprensivo de la gentilísima comedianta, no fué duradera la ventura en aquel matrimonio, y antes del año echó cada cual por su lado, encaminándose la buena moza por aquel en que más zarzas había, para irse dejando la honra á puros jirones; pero que en más cortas tornadas llevábale también á la cumbre de la fama y de la popularidad.

La silla de manos en que diariamente iba y venía al coliseo del «Príncipe», en donde mostraba al público la bizzarria de su persona y el garbo de su donaire desgarrado y manolesco, no solía verse por las calles menos rodeada de pretendientes que la de una princesa de la sangre, y todos, á porfía, desvivíanse por hacer con ella oficios de lacayos, que todo era escabel para subir á más altos y codiciados «empleos».

Viérais allí los primeros figurones de nuestra nobleza, hombres ya maduros algunos de ellos y entrados en edad, que intentaban orearse de la ranciedad de sus estiradas consortes con aque-



llas deliciosas brisas de mocedad y de picardía; graves consejeros de Castilla y señores de la Junta de Espectáculos que entraban de incógnito en el coliseo por la puerta de la calle del Lobo, para embocar en el cuarto de la adorada prenda y seguirla luego hasta su casa, en donde, pública y reservadamente, recibía los homenajes que más á su buen trapío que á su arte le eran ofrendados, aunque esto no quiere decir que, como suele acaecer en muchas de su oficio, fuese la belleza el único y suficiente anzuelo en que sus múltiples golosos se prendían.

Como en todo era vistosa y llamativa por todo extremo, para llamar hacia su bizarra persona la atención del público dió en adornarse la espléndida cabellera con un magnífico lazo muy parecido al que usan las alsacianas, que bien pronto constituyó moda entre petimetras y aun damas de aquellas cuyos maridos gustaban de perderse por las deleitosas veredas del pecado mortal, llevados de la mano de la gentilísima y apicarada cómica.

Ella misma, que tenía certeza de la influencia y autoridad que ejercía entre sus satélites, cantaba como dictadora esta especie de bando, que era recibido por las «lunetas», los «aposentos», el «degolladero» y la «cazuela» entre atronadores vítores y aplausos:

Denantes las escofieteras
diferenciaban
á la usía y petimetra
de la remaja;
pero en el día,
La Caramba ha hecho iguales
majas y usías.
Y pues hice un compuesto
de dos contrarios,
soy la reformadora
del barrio bajo...

Pero, súbitamente, aquella vida desenvuelta y escandalosa, imán de todos los siete pecados capitales, múdase completamente hacia los senderos de la penitencia más austera y miserable.

¿Fue un acto sincero de contrición ó ramalazo histérico, que la trastornó por completo, hasta el punto de hacerla ser tan otra distinta de lo que fué hasta aquel punto y hora, como si en todos los días de su lozana vida no hubiera sido tan famosa y codiciada?

Esta fué la causa inicial, según la contaron en romances y en coplas, propalándola por calles y plazuelas los ciegos de la Villa.

El martes de Carnaval de 1786, la buena moza, emperatriz de la tonadilla y gran señora del sainete manolesco, congregó su cohorte de admiradores y galanes; decidió pasar agradablemente la tarde en el Prado de San Fermín, lugar que,

hasta hace muy pocos años, era, como si dijéramos, la meca de las carnestolendas matritenses.

Bajaba la baraúnda de comediantillas, majas, petimetres y algún que otro abate hacia el coso de las máscaras, cuando el cielo, que con hartas nubes, enemigas del sol, había amanecido, acabó de cerrarse del todo, y comenzó á llover con tal ímpetu, que no parecía haberlo hecho desde los bíblicos días del Diluvio...

Los alborotados alegres que por aquella parte bajaban desde los barrios bajos al sitio que pensaban en hacer teatro de sus locuras, comenzaron á guarecerse en los portales y tiendas que hallaban al paso, y en bien poco espacio vióse la calle limpia de gente de buen humor que se les trocaba en agrio al ver cómo se les aguaba la fiesta.

María Antonia y su cohorte llegaron corriendo, animándose con descompasados gritos y grotescas canciones, hasta la iglesia de San Antonio del Prado, que estaba en la plaza de Santa Catalina, dando vuelta á la calle de San Agustín, y formaba parte del vastísimo palacio de los duques de Medinaceli, que ha llegado hasta los postreros días del pasado siglo.

Como por puntos crecía el ímpetu del aguacero, no hubieron más remedio los enmascarados, bien en contra de su voluntad, que acogerse á iglesia, como los que antaño eran perseguidos



por la Justicia, hasta tanto que pasara el chubasco.

El templo estaba lleno de gentes, que habían acudido, unas, por devoción, y otras, por la misma causa que obligara á la desenvuelta cómica y á sus amigos á meterse bajo techado, si no querían sufrir en medio de la calle las inclemencias del cielo.

Sus mercedes no pudieron pasar de la primera capilla, y á la verdad que no hicieron mucho en pasar adelante, por estar más cerca de la puerta, y seguir con su locura tan pronto como amainase el temporal.

Acaeció que estaba encaramado en el púlpito un fraile mercedario como Tirso de Molina, el cual, no con aquel adocenamiento y chabacanería que de ordinario era uso en los más de los religiosos de su época, que dieron motivos sobrados para que el ingenio del P. Isla sacase á la plaza del mundo las simplicidades de «Fray Gerundio de Campazas», sino que poseía la elocuencia arrebatadora y suave de un P. Cabrera, y hablaba á sus oyentes con el amor de un padre á sus hijos, para apartarles los ojos de la tierra, que tan desenfadadamente se entregaba al pecado, y pusieran el pensamiento y el corazón en el amor á Cristo, que trae por cabo las inefables y eternas bienaventuranzas del Cielo.

La Caramba, que entró con el ánimo tan poco dispuesto para escuchar sermones, por aquella

voz enérgica y apacible á un mismo tiempo, llena de ternuras y amenazas, fué alejándose de sus camaradas; y cuando éstos quisieron darse cuenta, estaba la hermosa comedianta arrodillada ante un retablo de la Magdalena, con los ojos llenos de lágrimas y toda la angustia que puede haber en un espíritu atormentado que ve próxima la hora de la muerte, exclamando:

—¡¡¡Misericordia, Señor, misericordia!!!

•••••

De allí adelante ya no se volvió á ver á La Caramba triunfando en la vida, con su incitante belleza, y en el teatro, con su arte manolesco y apicarado.

Retiróse á su casa, en donde ya no entraron galanes, ni siquiera camaradas de su menester. Vendió cuantas alhajas, ropas y muebles tenía, y dió el dinero á los pobres, quedándose ella en la más espantosa miseria.

Vistióse de estameña burda; aceró su cuerpo con desgarradores cilicios y ásperas disciplinas; tocóse con un luengo manto, que es como la representa el retrato de que en las primeras líneas queda hecha mención, y mostróse como astrosa mendiga ante aquellos entre quienes poco antes había triunfado como soberana.

Tales fueron las mortificaciones y penitencias á que se sometió, que el 10 de Julio de 1787 moría con la ejemplaridad de una santa en su humildísimo cuarto de la calle del Amor de Dios.

Presto corrió el mal suceso por todo el barrio de los cómicos y de los poetas, que era el que formaban las calles de las Huertas, Santa María, San Juan, Cantarranas y Francos, y cuantas á ellas afluyen, y todo el vecindario acudió á rendir el último tributo á la piadosa mujer, que no más de un año antes había sido escandaloso deleite de la Corte.

Veinte frailes capuchinos del convento de San Antonio del Prado, en donde se obró su portentosa conversión, acompañaron el cadáver de María Antonia hasta la capilla de la Virgen de la Novena, en cuyo recinto estuvo enterrada hasta hace pocos años.

Y entonces sí que pudieron sus infinitos devotos y galanes entonar justamente aquella letra que el actor Manuel Garrido cantaba cuando la *malograda*, por causa de su desdichado casamiento, desapareció, aunque por breve tiempo, de la escena:

«¡ Alma, sintamos!...
¡ Ojos, llorad
á mi «Caramba»,
que ha muerto ya!...»

DIEGO SAN JOSE

(Dibujos de Marín)



Elegancias

YA han sido lanzados los nuevos modelos de sombreros para la próxima temporada de primavera y estío, y en ellos no queda nada de la uniformidad que hasta aquí nos ha dominado. La mujer y la moda ganan, pues, de una manera considerable, y aquella, sobre todo, podía tener de nuevo en su tocado una inconfundible personalidad.

Al modelo, casi único, de fieltro con pliegues profundos y guarnecido con un sencillo adorno de cinta, le suceden, en la futura temporada, tiaras caprichosas, *cloches* muy ceñidas al casco y con poquita ala; bonetes estilo Renacimiento, tocas mefistofélicas, turbantes turcos, y, por último, los casquetes *haut forme*, rusos, y los que, en un todo, recuerdan al castizo y bello sombrero cordobés.

Desde luego, quedan totalmente descartados los sombreros de forma masculina, pues ni aun bajo el aspecto deportivo se toleran dentro de la moda próxima.

El fieltro sigue siendo el triunfador sobre las demás materias que se emplean en la confección de sombreros. Pero ¡qué fieltros los que se admiran en las colecciones más renombradas! Algunos son de calidad tan fina y brillante, que se confunden fácilmente con el terciopelo *chiffon*. Hay en estos fieltros una nota inédita, y es la de que se han conseguido de dos caras como las telas reversibles de los abrigos de *sport*; nada más bello y que nos subyuga tanto como el fieltro negro con el revés verde, azulina, naranja, rosa vieja, gris, violeta, morado, blanco...

Sin embargo de esta novedad, también impera el fieltro de un solo tono, y los más predilectos son el negro (éste el que más); el



Sombrero de paja y seda en caprichosa combinación. Está hecho en dos tonos marrón, siendo del mismo color la cinta de seda que lo guarnece

(Modelo Camille Roger)

Sombrero de paja con un filete de cuero brillante, formando caprichosos dibujos

(Modelo Alphonsine)



Sombrero de paja en color azul marino, muy alto de copa y con una cinta de «gros grain» anudada en la parte delantera

(Modelo Agnés)



Fieltro color «beige» perforado, con un lazo del mismo material

(Modelo Cora Marson)



Sombrero de fieltro con adorno de cinta de seda

(Mod. Camille Roger)



Toca de seda azul Prusia con una linda fantasía de piedras preciosas

beige en toda su variada gama; el gris perla y ceniza; el rojo en sus múltiples y modernos aspectos, y el blanco y rosa muy tostado. El amarillo, verde violeta y *chaudron* gozan de menos favor en la futura temporada; si acaso, se ven estos tonos en modelos dedicados exclusivamente para la playa.

La paja y la seda se adoptan combinadas en caprichosos trabajos, que luego dan por resultado un grueso tejido, y también, como en uno de los modelos que ilustra estas planas, colocadas una y otra materia de manera que formen anchas bandas, una de paja brillante y otra de seda mate.

El *gros grain* sólo se lleva como cinta de adorno; en ningún caso como única materia de confección.

Los adornos de pedrería fina ó bisutería, metales preciosos y *galalit* se llevan en todos los modelos de fantasía: en los de *sport*, los motivos son de madera ó esmalte, extrañamente concebidos en cuanto á sus formas y coloridos, pues algunos representan animales exóticos, flores tratadas primitivamente ó dibujos de un cubismo exagerado.

A fuerza de ser extravagantes resultan graciosos estos detalles puestos en el sombrero deportivo, y son una nota alegre sobre la austeridad de las formas y los tonos que imperan en esta clase de modelos:

En general, la moda futura, la que ya se admira en todos los países *du Midi*, es bella, graciosa, original y práctica.

La uniformidad no existe, puesto que además de que triunfan al unísono todas las tendencias, los modistos crean muchos de sus modelos conforme á las exigencias de sus clientes y en sus mismas cabezas.

Cada sombrero de estos es un modelo inédito que lleva el sello inconfundible de la mano que lo ha creado. En cuanto á los tejidos y colores, si éstos carecen de novedad, no es por culpa de los modistos, es que el horizonte de la moda es limitadamente reducido.

CRISTALINA



Vestido de noche en lamé verde y plata, el cuerpo, y en lamé liso del mismo tono, la falda

(Modelo Philippe et Gaston)

Los bolsillos de moda

LA elección de bolsillo exige el más depurado gusto, y lo mismo los *nécessaires* de viaje, tan precisos y tan cómodos. El saco de mano es uno de los atributos de la *toilette* femenina que mejor revelan el *chic* de la mujer que lo lleva.

El arte de estas bellas creaciones reside no solamente en su forma, en sus proporciones ó en su adorno, sino en la clase y colorido de los materiales que se utilicen para su confección, que han de estar en todo conformes con las exigencias y tendencias de la moda.



Los bolsillos de hoy no han de ser sólo bellos y elegantes; han de ser también prácticos. Y puede decirse que algunas de estas creaciones parecen hechas por manos de orfebres más que por las de oficiales tafileros. Se usan mucho para las *toilettes* de noche unos bolsitos pequeños de piel de reno, guarnecidos por diminutos motivos decorativos en piel de otro tono; así como las carteras de ante, totalmente recamadas de aceritos muy brillantes; de *lamé*, de tonos muy luminosos, casi estridentes, y de seda bordadas en cuentas de oro ó de plata.

El interior de estos delicados modelos es una cosa verdaderamente encantadora; todas cuantas cosas pueden proveer el mejor tocador femenino se albergan en ellos: el espejo, la barrita para los labios en un tubito de esmalte ó nácar, el colorete, los polvos, el *kool*, un diminuto peinecito, el frasco de sales, un tarrito de esencia, la cajita con el esmalte para las uñas y el estuche de cigarrillos orientales, acompañados de un mechero de oro ó platino extraplano, guarnecido de pedrería ó perlas.

Bien puede decirse que el bolso femenino es un mundo...

Pero durante el día el saco de mano es mucho más complicado, porque la mujer lleva, como los hombres, su pluma estilográfica, su librito de apuntaciones, su monedero, el talonario para el consumo de gasolina de su *voiturette*, etc., etc.

Las proporciones de los bolsillos, por consiguiente, han de ser mucho más grandes, y la piel es el único material indicado para estas creaciones. La foca, el cerdo, el cocodrilo, el leopardo, el lagarto y la serpiente son las que están más en boga.

El color *beige* es el tono preferido por las mujeres elegantes, porque es el único color que armoniza con todos los colores: con el negro, con el rojo, con el verde, con el azul, con el palo de rosa, tan preferidos hoy en las *toilettes*.

La moda de las grandes iniciales va cediendo el paso á los motivos de joyería fina superpuestos en un lado del bolsillo.

Las boquillas, ó son de metales preciosos ó de la misma piel del bolso. La concha ó el celuloide, tan en boga durante la pasada estación, han caído por completo. Ahora se usan estas materias para remate de los utensilios del *nécessaire* de viaje.

También se emplean mucho en la confección de los minúsculos peines que se llevan en las carteras *plat*, adoptadas para los trajes-sastre.

ANGELITA NARDI



Margarita de la Motte en la deliciosa interpretación de su papel en «La última frontera», producción de la «Producers Distributing Corporation»

CINEMA- TOGRAFÍA

El horizonte del «film» español.—El primer Museo de Arte Cinematográfico.—El ex Kronprinz, pelicularo.—Un consejo de Cecil B. de Mille.—El ejemplo de «La mal casada».—Un momento interesante en la producción extranjera.

SE inicia en la Prensa española un noble y sincero reconocimiento de las deficiencias de nuestra producción cinematográfica. Esa confesión, que hace tiempo debió haber sido hecha, en evitación de posteriores desaciertos, llega por parte de la prensa que pudiéramos lla-

mar *no profesional*. Y se comprende. Para juzgar una cosa nada mejor que una serenidad absoluta que permita apreciar claramente lo mismo los defectos que las cualidades. Esa serenidad deben tenerla los interesados directamente en el tema, los apasionados de él. Y esto venía ocurriendo en la cinematografía española. Los que de ella se ocupaban estaban, de un modo ó de otro, interesados en la producción. No podían juzgarla con la independencia necesaria.

De esto se originó un falso estado de cosas. Se ensalzó hiperbólicamente nuestro naciente



Los Príncipes de Murat, durante su visita a la Metro-Goldwin-Mayer en Los Angeles, acompañados por las «estrellas» de la pantalla. De izquierda a derecha: la Princesa de Murat, el Príncipe, la famosa «star» Marion Davies, y la pequeña actriz Little Joyce

arte cinematográfico. Se creyó que sus figuras eran ya *star*. Se imaginó que nuestros directores y nuestros operadores eran irreprochables. Se alzó un coro general de alabanzas. El capital y el público—los dos elementos necesarios para que la producción avanzara triunfalmente—parecían bien dispuestos...

Pero la realidad se impuso pronto. Todos vie-

ron claramente lo injustificado de aquel coro de alabanzas. Pasó el momento de curiosidad y de esperanza... El capital se alejó, y el público se desorientó, ambos defraudados... Y hoy el horizonte de nuestra producción cinematográfica tiene muy poco de halagüeño...

Todo esto empieza a ser reconocido serenamente, crudamente, por parte de los elementos

cinematográficos menos interesados, de un modo material, en la producción. Los otros elementos, los más directamente unidos a nuestro arte cinematográfico, juzgan excesiva y descarnada esa confesión.

¿Excesiva? ¿Descarnada? No... Justa y leal... Esa es la verdad—poco halagadora, es cierto—de nuestra perspectiva cinematográfica. Y aca-

so, de haber sido reconocida y declarada antes con la misma sinceridad y la misma valentía con que ahora lo es, se hubiesen evitado muchos lamentables pasos y muchas desdichadas orientaciones á la cinematografía española.

El cinematógrafo—nadie le discute ya su categoría de arte con propia personalidad—va á tener su primer museo. Se recogerá en él lo más interesante, lo más bello, lo más original que en la pantalla vaya creándose.

Se construirá este museo en Hollywood, la ciudad del cinema. En él se conservarán las obras clásicas de la pantalla, ó las que dentro de algún tiempo podrán ser consideradas como obras maestras.

Presidirá este museo cinematográfico el popularísimo Douglas Fairbanks; Donald Crisp es el vicepresidente, cuyo cargo compartirá con Carey Wilson.

Fué, precisamente, Donald Crisp el que expuso las razones en que se basaban para fundar el museo. «La literatura—dijo—, la música, la escultura, la pintura y el teatro tienen sus clásicos. Así es que no veo la razón de por qué todo lo hecho hasta hoy en cinematografía no ha de interesar á las futuras generaciones.»

Desde hace algún tiempo viene hablándose en la prensa cinematográfica de que el ex Kronprinz iba á dedicarse á la pantalla. La importante noticia no había hallado aún confirmación... Pero, en fecha muy reciente, *Le Petit Parisien* daba ya como seguro el hecho. Según este diario, el primogénito del Emperador Guillermo II ha decidido dedicarse al cinematógrafo, y ha aceptado las proposiciones que le habían sido hechas por una importante Casa cinematográfica de Norteamérica.

El ex Kronprinz desempeñará el papel de protagonista en una película basada en una novela de Steinitz: *El Príncipe de Wieringen*.

Por su labor cinematográfica recibirá el hijo del ex Kaiser la cantidad de 200.000 marcos en oro.

Según el citado diario parisino, ya está firmado el contrato entre la Casa peliculara y el nuevo actor. Este deberá encontrarse á finales de Febrero en Wieringen, para comenzar á filmar las primeras escenas, acompañado de sus antiguos amigos de aquella ciudad.

Una idea muy extendida en los ambientes nuestros de cinematógrafo era la de que los artistas de la pantalla nacían de la improvisación, sin preparación artística de ninguna clase. «Nada—se decía—de aprendizaje en el teatro. El trabajo de la escena no tiene nada que ver con el trabajo de la pantalla. A veces incluso puede ser perjudicial...»

Y he aquí que una de las más eminentes personalidades cinematográficas, el gran director Cecil B. de Mille, cuya autoridad es unánimemente reconocida, declara que los artistas del *film*, antes de dedicarse á éste, debieran trabajar dos ó tres años en los escenarios teatrales...

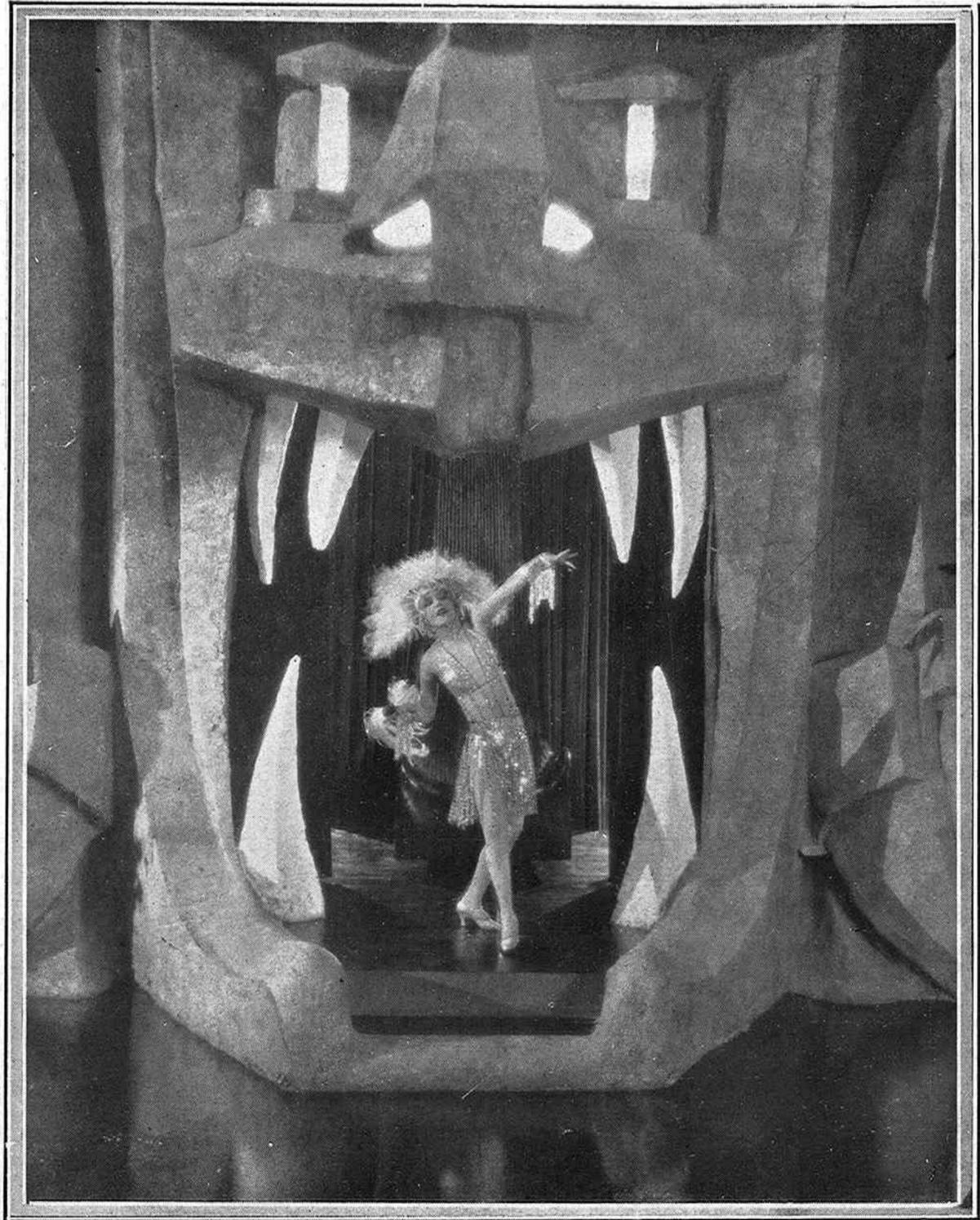
Estas palabras, ¿tendrán valor de lección y consejo en nuestros ambientes de *film*?

Parece que *La mal casada*, la película que dirigió Gómez Hidalgo, ha dado ejemplo. Se proyecta también ahora una película en la que intervendrán, con sus verdaderas personalidades, actrices, cancionistas, escritores, periodistas, toreros... Una nueva galería de rostros y vidas que la popularidad ha ido llevando por España...

En cuanto á nuevas películas españolas, el panorama cinematográfico apenas presenta otras novedades que las reseñadas en nuestra crónica del número anterior.

Contrastando con el ímpetu escaso de la producción española, las películas extranjeras alcanzan ahora una magnífica perfección. Y además buscan nuevas orientaciones, marcan nuevos rumbos al arte cinematográfico. El *film* está ahora en un momento interesantísimo, que es, seguramente, fin de un período é iniciación de otra etapa.

De la producción alemana son un admirabilísimo exponente: *Variété*, *Fausto* y *Metrópolis*.



Mae Murray en su admirable interpretación de «La novia fingida», magnífica producción

cinematográfica cuyo estreno se anuncia en Madrid para el próximo día 28



Un sugestivo retrato de Mae Murray, la ru-

bia y luminosa «star» de la Metro-Goldwin



Ramón Navarro y Alice Terry preparan un «beso cinematográfico», al filmar la adaptación de «El Gran Galeoto»

Hay en ellas un poderoso sello de novedad. Son la vanguardia del nuevo arte cinematográfico.

Rusia ha editado también una película que, á juzgar por los que la conocen, es un interesantísimo documento para la historia del *film*.

Un amor contra otro VIENDO UN BESO DE "CINE"

MIENTRAS estos muchachos se besan y confunden sus perfiles en un choque anhelante, dos fantasmas emergen para mí en la misma pantalla en que la dulce rubia cierra los ojos, asustada de ver el pecado, y él la contempla con la codicia ancestral de un cazador que logra su presa: dos fantasmas que me hacen daño siempre, que no viven en la Naturaleza, que salieron de mis lecturas, que se alimentan del terrible alimento del razonar. Los fantasmas de los dos amores, uno contra otro, que el análisis ha conseguido separar y disecar, estableciendo —también en esto!— la eterna dualidad de la vida.

El uno es el Amor tal como lo creía Miguel Angel: «ala que Dios ha dado al hombre para subir hasta él y verle de más cerca». El otro es el Amor tal como le describe Anatole France: «El amor es una pasión abyecta. Obscurece la inteligencia, tuerce los designios generosos y cambia los más altos pensamientos por los deseos más viles. En un espíritu sabio, el amor no podría vivir. Y, además, ¿para qué sirve, si las almas humanas son impenetrables una para otra?»

¡El beso de esos dos muchachos! Puede ser divinización ó enlodamiento, según qué filosofía arroja su luz sobre el hecho. Porque como caballeros de un alto ideal, salen á defender y exaltar el amor unos pensadores, mientras que otros le abominan y se alejan de él con amargura.

«La falta de amor—dice Rabindranath Tagore—es un grado de imbecilidad, porque el amor es perfección de la conciencia. No amamos porque no comprendemos, ó más bien no comprendemos porque no amamos. Pues el amor es el último sentido de cuanto nos rodea: es la verdad, es el gozo que está en la raíz misma de toda creación.» Una extraordinaria mujer, Santa Teresa, también diviniza esa pasión: «Si Satanás pudiese amar—exclama—, dejaría de ser malo.» Otra mujer, Jorge Sand, vota con muestra ma-

ravillosa escritora: «El amor emprende grandes cosas—dice la adorada por Musset—, os conduce al camino de la virtud y no os permite ninguna debilidad.» Oigamos la voz de una tercera mujer, la delicada y sutil madame Stael: «¡Amor—canta—, supremo poder del corazón, misterioso entusiasmo que entraña en sí la poesía, el heroísmo y la religión!» Madame La Roche agrega: «Lo que se hace por amor se hace siempre más allá del Bien y del Mal.» Esas mujeres encuentran en muchos escritores correspondencia con sus sentimientos: «El amor, y no la filosofía alemana, es la verdadera explicación de este mundo, cualesquiera que pueda ser la del próximo», dice Oscar Wilde. «¡Conservémonos castos para amar mejor!», grita Jules Bois. «Adonde no hay amor, pon amor y sacarás amor», es la voz divina de San Juan de la Cruz. Y otra divina voz, la de Platón, se deja oír: «El Amor pide inmortalidad.»

Oigamos á los que ven en el Amor un perjuicio, una asechanza contra los mortales. Hay quien le ridiculiza, encontrándole contradictorio, absurdo. Tal doña María de Zayas en su célebre soneto:

Amar el día, aborrecer el día,
llamar la noche y despreciarla luego,
temer el fuego y acercarse al fuego,
tener á un tiempo pena y alegría;
estar juntos valor y cobardía,
el desprecio cruel y el blando ruego,
tener valiente entendimiento y ciego,
atada la razón, libre osadía.
Buscar lugar en que alterar los males,
y no querer del mal hacer mudanza,
desear, sin saber qué se desea;
tener el gusto y el disgusto iguales,
y todo el bien librado en la esperanza:
si aquesto no es amor, no sé qué sea.

El cuadro es mordaz. Ya en el siglo xvii, un fraile normando, el padre franciscano Dubose, definía así el amor en su obra *La mujer honrada*: «El amor es un no sé qué, que viene de no sé dónde, se forma no sé cómo y nos encanta por no sé qué efecto.»

Pero los satíricos y los humorísticos toleran el amor, aunque de él se burlen levemente. No así espíritus superiores que exclaman, como Napoleón: «El Amor hace más daño que beneficio. La sola victoria, en Amor, es la huida.» Ninón de Lenclos, amorosa que escribió contra la pasión de amor un libro—*las Cartas*—, que es la más delicada obra de arte de una generación artística, pone siempre en guardia contra el amor y defiende la galantería, ó lo que Sthendal llama-

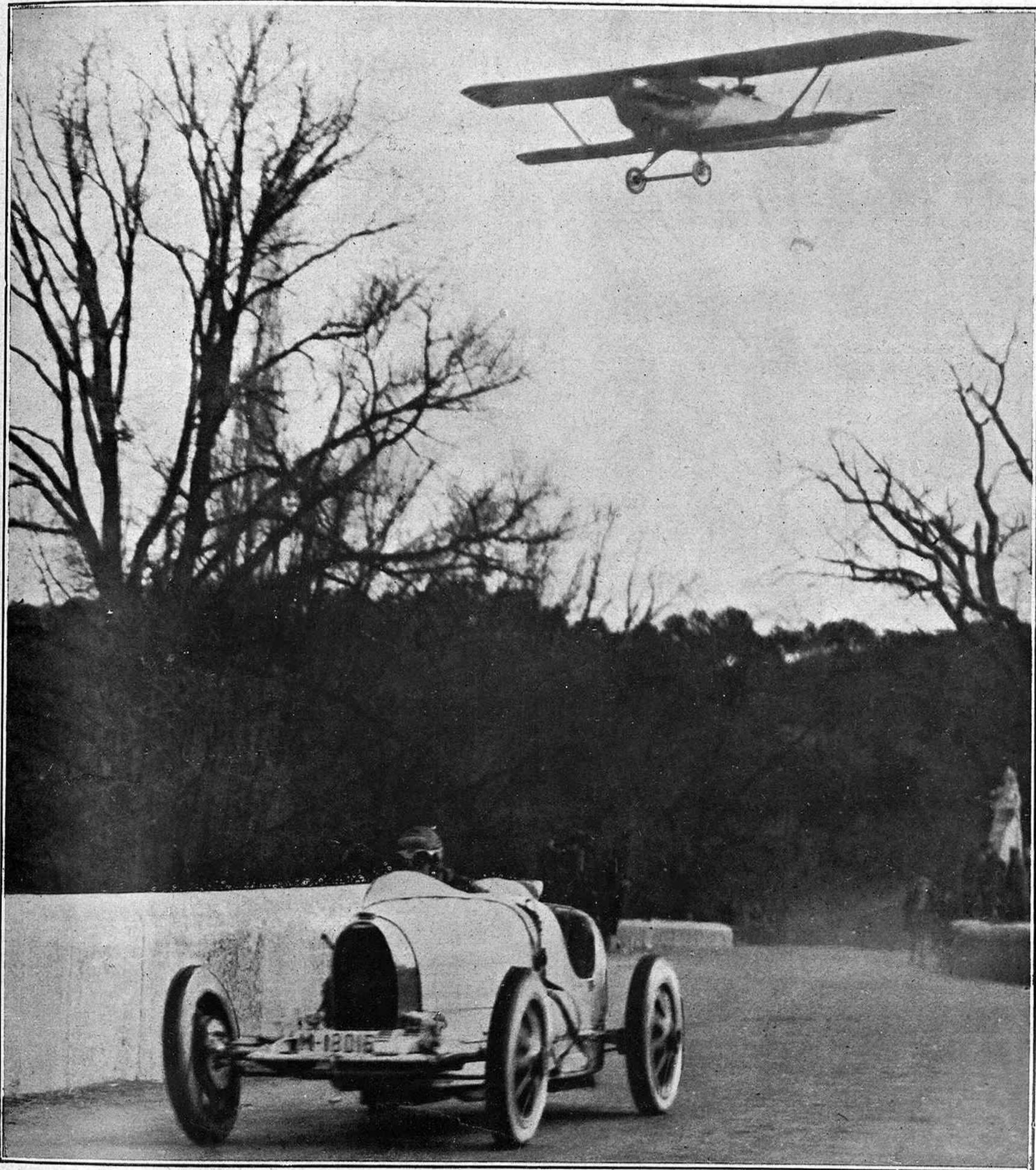
ría «amor gusto». Pues el amor, según Ninón de Lenclos, «es un capricho involuntario para el mismo que lo experimenta». Margarita de Navarra tampoco veía en él más que un mote de la sensualidad y la cortesanía: «Si los hombres creyesen á las damas sin amor—escribe—, las damas quisieran perder la vida.»

Ese célebre y saqueado tratadista Sthendal no veía tampoco en el amor, no obstante la afición que le tenía, más que una forma del instinto, lo mismo que Schopenhauer. Poco conocida, menos que su clasificación de los amores, es esta definición definitiva de su teoría: «El amor es el milagro del progreso que para apartarse de la atracción meramente grosera—por sexual—de los pueblos bárbaros, necesitó el socorro de la fantasía y la ha espoleado con estos dos acicates: el pudor y el pecado.» De esto á la amargura y el escepticismo de la opinión de Anatole France no hay mucha distancia.

A los espectadores del *cine*, que presencian el largo y saboreado beso de los muchachos, ¿se les habrán aparecido también esos fantasmas del Amor dual que pide inmortalidad con Platón ó es simplemente una química del organismo? ¿Acaso el Amor es un monstruo con apariencia divina y una realidad repugnante? ¿Cómo, si fuese así, iba á regir el mundo interior, el complicado espíritu humano, é iba á ser la ley del universo, mover el sol, la luna, las otras estrellas—alto verso de Petrarca—, ese universo arrastrado en su totalidad, según Einstein, hacia un destino concreto?

Por mi parte sé que todos los que vituperan el Amor ó le encomiendan á la mecánica fisiológica, lo hacen después de que el Amor los deja ó cuando no lo han sentido; sé que no intentar explicárselo, pero dejarse poseer por él, es la única compensación verdadera en esta vida; que el amor no es sólo ese beso del *cine*—roce labial de hombres y mujeres—, sino que centellea en todo lo que podemos abarcar con el más extenso pensamiento; y que el que dijo la verdad, entre todos los poetas, fué el persa Omar Khallay, que se quejaba delicadamente de que el Amor deseara el bien absoluto sin poderlo conseguir: «¡Ay, Amor! Si nosotros pudiéramos cambiar todas las cosas, ¿verdad que no volvería á aparecer el mal sobre la Tierra?» Ese desear el bien es el verdadero Amor, la divinización del mundo.

TOMÁS BORRAS



El vencedor de la carrera en la Cuesta de las Perdices iniciando la rápida escalada de la pendiente clásica, mientras sobre él rasga el aire, siguiendo en el azul la paralela carretera imaginaria, el avión que sienta con sus evoluciones magníficas el imperio absoluto de la velocidad

(Fot. Díaz Casariego)

LOS DEPORTES

CRÓNICA DEL «SPORT» UNIVERSAL

La prueba nacional de carrera á través del campo

No hay en nuestro calendario, aparte el *match* decisivo del torneo de fútbol, ninguna prueba popular que despierte tanta expectación como el campeonato de España de *cross-country*, verdadera revisión anual de valores que pone al descubierto la situación atlética española.

Lejana aquella primera época que vió en Madrid la iniciación de estos esfuerzos deportivos, los que al cabo cristalizaron en la clásica competición que cada año tiene por escenario una capital distinta, no se puede afirmar que el mejoramiento de nuestros atletas haya marchado á compás del tiempo, ni siquiera siguiendo un camino paralelo al de otros países, para los que la guerra abrió un paréntesis desdichado duran-

te el que se ausentaron para siempre muchos millares de hombres en quienes estaban vinculadas las esperanzas más firmes.

Concluída la tragedia europea, repuestos los pueblos, restaurada la vida deportiva, nuestra juventud no había aprovechado el plazo, y un año y otro los concursos atléticos señalaban tan escasas diferencias favorables, como pobreza de entusiasmos organizadores. Y el reducido mundillo de este sector deportivo se entretenía en polemizar de continuo, mostrando á veces sucios trapos que sólo importaban á los que cuestionaban, mientras el atletismo languidecía.

¿Habremos llegado al momento decisivo, reservado exclusivamente para preparar á los fu-

LAS TRAVESÍAS MARÍTIMAS CLÁSICAS

No se resignan los norteamericanos á carecer de una travesía clásica en la que sus nadadores puedan probar la preparación excepcional y su clase notabilísima.

Es el viejo pleito de la rivalidad intercontinental, avivado á este respecto desde que la distancia de las costas de Francia á las de Inglaterra ha pretendido ser salvada con distinto éxito por hombres y mujeres de todas partes.

Un pródigo *sportman* del áureo país del dólar ha encontrado, sin embargo, la fórmula para que las gentes de Yanquilandia se desinteresen de cuanto en lo sucesivo pueda acaecer en las turbias aguas del Canal de la Mancha, y tan generosa ha sido la solución hallada, que no es probable que tornen á embarcar para Europa nadadores que vengan á emular los triunfos de la *girl* olímpica Gertrudis Ederlé y cuantos tras ella abreviaron el tiempo del europeo estrecho más frecuentado.

William Wrigley, uno de tantos magnates de la industria, pensó que el canal de Santa Catalina podía ser la distancia ideal para organizar una gran prueba clásica de natación, y como unos miles de dólares más ó menos no tienen importancia, instauró el premio de 25.000 para el vencedor de la travesía desde la isla de Santa Catalina hasta la costa de California.

Ciertamente que el amateurismo sale otra vez malparado de la empresa, porque el dinero tentador habrá clasificado como profesionales á muchos de los pretendientes al trofeo (el cheque se entrega encerrado en una magnífica copa que cubre la mercancía deportiva), los que habrán

abandonado definitivamente el campo del *sport* puro.

Pero el intento de Wrigley ha tenido pleno



Barcelona.—Los atletas que disputaron el campeonato de Cataluña á través del campo, atravesando el bosque de Cal-feu, uno de los trozos más pintorescos del recorrido

turos atletas, sin nuevas estériles discusiones?

El campeonato nacional de *cross-country*, en Valencia, estará precedido de asamblea, que debe fijar una nueva orientación sobre la base del más amplio programa: divulgación y concursos.

Realidades son únicamente las que pueden alumbrar durante el año que falta, hasta los Juegos Olímpicos de Amsterdam, el grupo que sepa llevar dignamente la representación española.

•••••

Nuevamente, en la prueba de selección para designar á los muchachos que representarán á la Federación Castellana en el *cross* nacional, obtuvo un brillante triunfo Fructuoso del Río, que formará en el grupo de los que en Valencia luchan por el campeonato, y de modo especial por el éxito de los colores regionales.

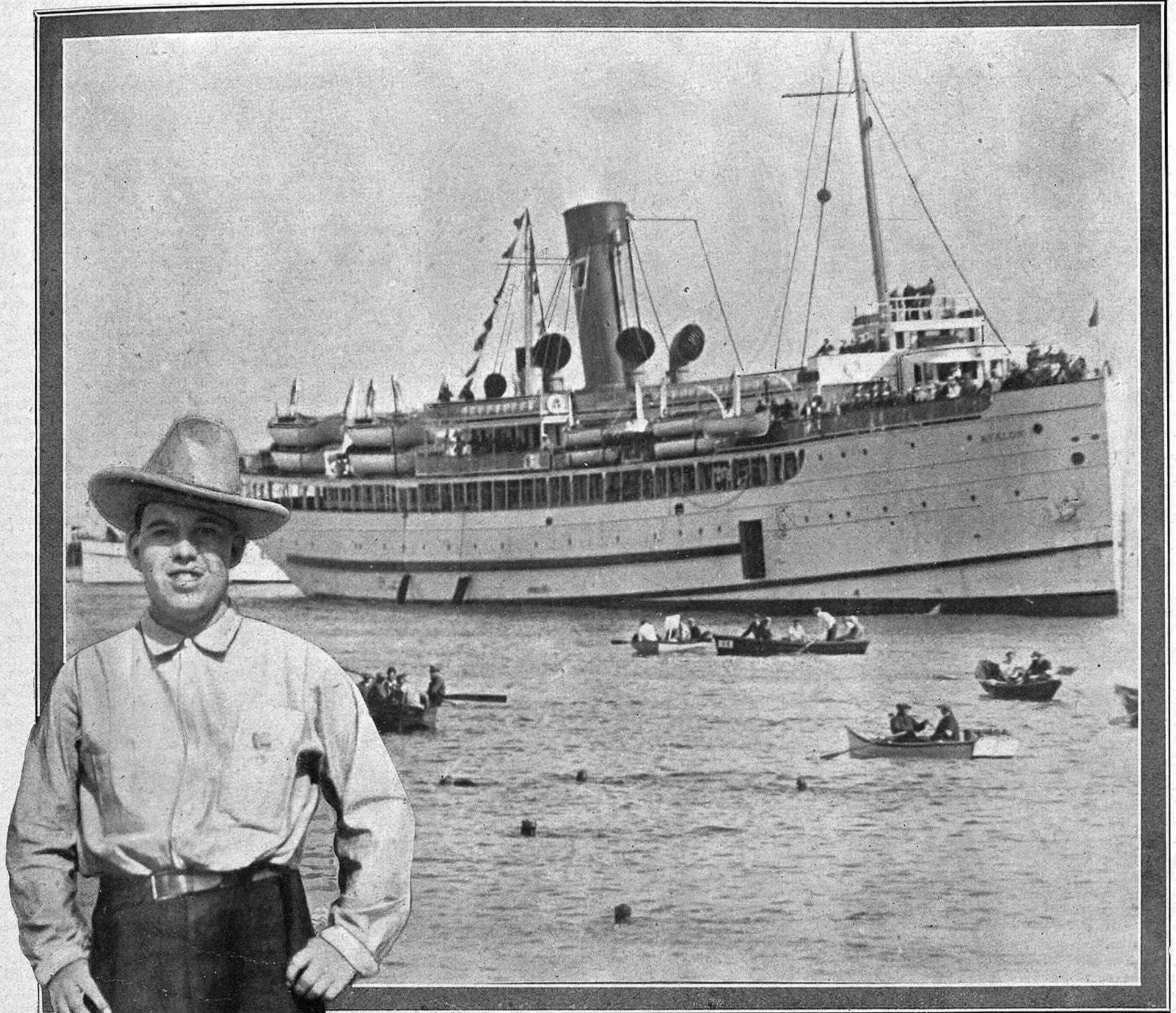


Madrid.—El corredor Fructuoso del Río, vencedor de la última prueba de selección atlética regional (preparatoria del «cross» nacional), en un momento del recorrido, despedido de los rivales ferroviarios

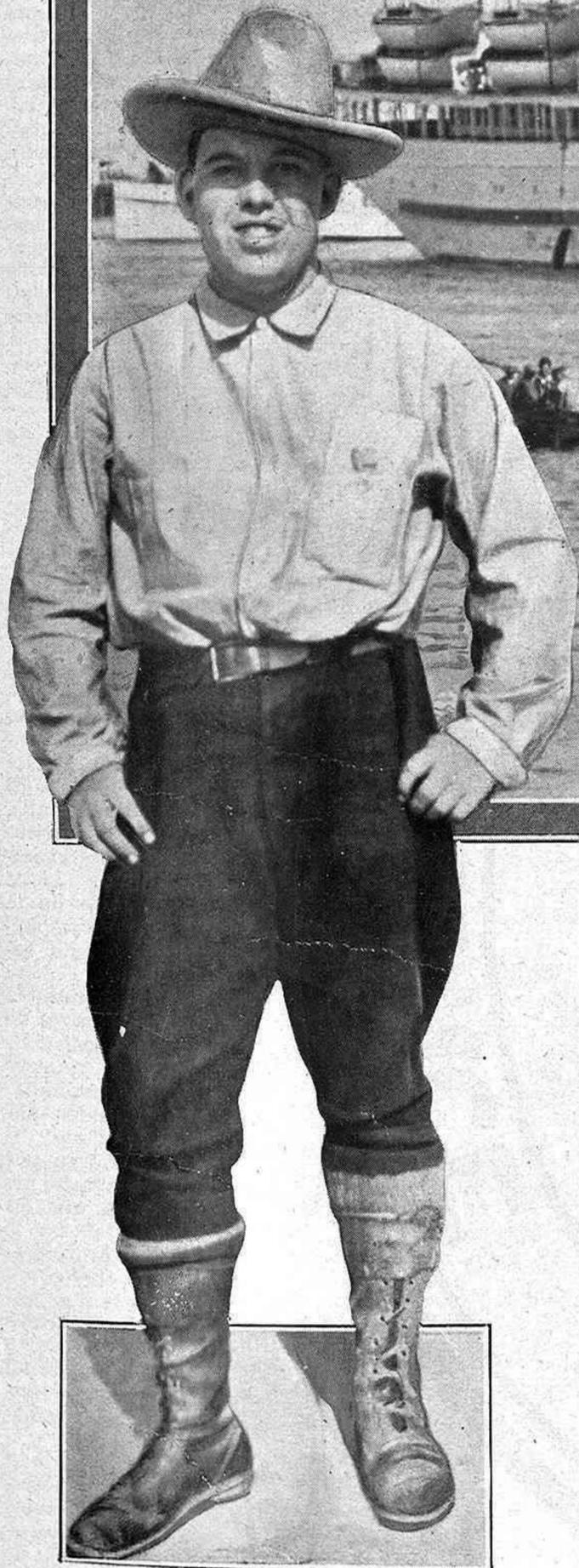
(Fots. Sport

y

Díaz Casariego)



El navío «Avará» vigilando la salida de los nadadores que tomaron parte en la travesía del Canal de Santa Catalina, cuyos fabulosos premios en metálico obligaron á intentar la prueba á numerosos tritones



éxito. Más de cien nadadores se alistaron para intentar la travesía del canal de Santa Catalina tras los 25.000 dólares tentadores. Desde la isla, que en adelante será meta renombrada de salida, hasta las costas de California, las aguas heladas vigiladas por el *Avará* fueron escenario de la lucha afanosa entre profesionales caracterizados de la natación y aficionados que en tal ocasión renunciaron á sus títulos para intentar la consecución del premio.

De entre estos últimos surgió el vencedor, Jorge Young, un muchacho de diez y ocho años, entrenado metódicamente con miras olímpicas, y al que la travesía del canal de Santa Catalina

habrá hecho cambiar de destino, aunque éste ahora será más fácil con la ayuda de ese dinero tan duramente ganado.

Aunque el éxito de la prueba norteamericana sea indiscutible, no es probable que las figuras internacionales que buscaron lauros y mencio-

nes honoríficas atravesando el Canal de la Mancha disminuyan en número tan pronto como la temperatura lo permita. En todo caso, lo que habrá logrado el millonario creador de la otra travesía será orientar á los *peces* preparados para largas distancias: hacia Europa, en busca del reclamo extraordinario que acrecienta la fama, aunque no dé provechosos resultados; camino de América cuando se trate de procurarse una compensación amplia en relación con el esfuerzo, aunque el mérito deportivo disminuya en relación con la materialidad del hecho mismo.

LOS ASES DEL FÚTBOL RUGBY

Han sido desposeídos los ingleses del cetro que conservaban en Europa como invencibles reyes del rugby.

Fueron los maorís, duros atletas neozelandeses, que parecen educados para pelearse por la posesión del balón oval, quienes en sus visitas reiteradas á los campos de Francia é Inglaterra batieron incontestablemente á los maestros británicos, desposeídos de los títulos catedráticos por sus mismos alumnos.—JUAN DEPORTISTA

Jorge Young, el vencedor de la arriesgada travesía del Canal, por un mar helado, ganador del premio de los 25.000 dólares ofrecidos por un promotor norteamericano generoso

(Fots. Agencia Gráfica)

Una visita á la Casa exportadora Vda. de Miguel Estades

COMO en la misma época de años anteriores, hemos hecho una visita á la región valenciana.

Son momentos en que la campaña de exportación de naranja alcanza la cumbre de su desenvolvimiento. En los fértiles campos, llanos, fecundos y alegres de la ribera, vamos posando nuestra atención durante el viaje. Cuajados los naranjos del dorado fruto, manifiestan su riqueza con cierta vanidad coqueta.

El fruto que ellos producen es ansiado en todos los ámbitos del mundo. La excelstitud de su paladar, de su color, de su aroma, consigue la atracción de los mercados extranjeros.

Entramos en el centro exportador de la naranja: *Carcagente*.

Continuamente vemos discurrir por sus calles carros y camiones cargados de cajas con etiquetas de colorines muy alegres; y por los intersticios de sus maderas muéstrase caprichosamente, envuelta en papel blanco y rosa, la deliciosa fruta valenciana, que como en traje de fiesta va á hacer su presentación á países extranjeros.

•••••

Preguntamos por un centro exportador importante para poder sacar una impresión de este curioso negocio. Nos indican la Casa Viuda de Miguel Estades. Nos dirigimos á ella, y somos amablemente recibidos en su despacho por el apoderado de la Casa, D. Lucas Estades, quien con su amena charla va informándonos de su negocio. La amplitud y complicación de éste nos hacen difícil un detallado estudio. Sólo observamos á grandes rasgos.

Esta Casa, fundada el año 1898 por su propietario, antecesor de la razón social que actualmente gira, fué cimentada sobre una organización de negocio que la ha hecho acreedora al consolidado prestigio en que está situada.

Al mismo tiempo que la Casa central de Carcagente, fueron restablecidas las sucursales de Villareal (Castellón) y Sóller (Mallorca). Esta, para la confección de higos de Mallorca y albaricoques secos, cuya confección se hace en cajas y empaquetados.

Siguiendo los principios de su fundador, en el orden del transporte, la Casa Viuda de Miguel Estades cuenta con cinco veleros á motor,



DON MIGUEL ESTADES
Fundador de la Casa

que hacen regularmente la travesía de Gandía á Marsella-Niza, con cuyo propio elemento de embarcación es razón suficiente para considerar la suma importancia de su comercio. No obstante, y cuando las necesidades ó destinos lo exigen, hace el transporte por vía terrestre.

La firma Viuda de Miguel Estades tiene esparcido su negocio por todos los países de Europa, intensificando más la atención en Francia, Bélgica, Suiza y Alemania, donde tiene corresponsales en sus principales puntos.

Abarcando esta razón social con gran amplitud todo el ramo de frutas, con especialidad las naranjas, mandarinas y limones, y haciendo remesas á diario cuantiosas, pudimos observar con gran extrañeza que, dada la pericia de sus obreros de ambos sexos y la táctica inteligente de su apoderado, D. Lucas Estades, que constantemente vigila por el prestigio inquebrantado de la Casa que dirige, ni un solo fruto, en el

presente año, ha llegado á sus largos destinos en condiciones reprochables. Así es de admirar la aceptación que en el mercado está obteniendo el fruto que lleva la marca especialmente recomendada «M. E.».

El despacho de D. Lucas Estades, moderna y lujosamente instalado, da la sensación de todo lo que su negocio representa. Su admirable organización administrativa; sus empleados, especializados en los distintos trabajos; su información amplia y documentada de todos los centros comerciales, y su continuo movimiento de oficinas, entretienen nuestra atención. El más nimio detalle, al parecer, constituye un negociado imprescindible. Lleva todo el sello de la experiencia y espíritu ordenador del señor Estades.

Seguimos nuestra visita á las naves de sus almacenes, donde su gran número de obreros, estimulados é influidos por la personalidad directora, laboran por el progreso total de la industria que les protege.

Nos fué grato presenciar la confección de unas cajas de naranjas y mandarinas que con gran arte entonan la delicia del fruto con una presentación lujosa y esmerada.

Y no cabe duda que D. Lucas Estades posee el secreto, claramente, del aventurado negocio naranjero.

MARCO

